

CARLOS DICKENS

OLIVERIO TWIST

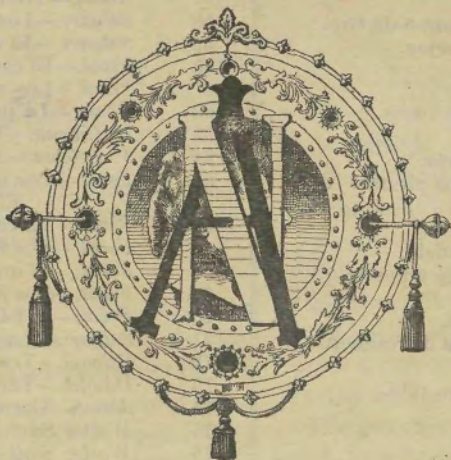
NOVELA PICARESCA ORIGINAL TRADUCIDA DEL INGLÉS

POR

JOSÉ MENÉNDEZ NOVELLA

ILUSTRACIONES DE L. PALAO

29



10 JUN 1908

MADRID

LA NOVELA DE AHORA

ADMINISTRACIÓN: CASA EDITORIAL DE SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ

CALLE DE VALENCIA, NÚMERO 28.

Es propiedad.

Ayuntamiento de Madrid

Obras publicadas en LA NOVELA DE AHORA. (Segunda época.)

- | | | |
|--|--|---|
| 1 <i>Salgari.</i> —La perla roja (agotada). | 12 <i>Salgari.</i> —La venganza (agotada). | 22 <i>Salgari.</i> —Morgan (agotada). |
| 2 <i>Salgari.</i> —Los pescadores de perlas (agotada). | 13 <i>Belot.</i> —El parricida (agotada). | 23 <i>Sienkiewicz.</i> —Quo vadis...? T. 1.º |
| 3 <i>About.</i> —Germana. | 14 <i>Belot.</i> —Lubin y Dacolard (agotada). | 24 <i>Sienkiewicz.</i> —Quo vadis...? T. 2.º |
| 4 <i>Daudet.</i> —Tartarin de Tarascón. | 15 <i>Mael.</i> —Caridad (agotada). | 25 <i>Ciurana.</i> —El debut de un juez. |
| 5 <i>Walter Scott.</i> —Guy Mannering. | 16 <i>Salgari.</i> —La Reina de los caribes (agotada). | 26 <i>Salgari.</i> —La capitana del Yucatán |
| 6 <i>Walter Scott.</i> —Enrique Beltrán de Ellangoban. | 17 <i>Salgari.</i> —Honorata de Wan-Guld (agotada). | 27 <i>Conan Doyle.</i> —La sombra grandeiosa. |
| 7 <i>Mael.</i> —El torpedero 29. | 18 <i>Feval.</i> —El lunar rojo (agotada). | 28 <i>Mael.</i> —Siempre tuya. |
| 8 <i>Chavette.</i> —La bella Aliette. | 19 <i>Feval.</i> —El fantasma (agotada). | 29 <i>Dickens.</i> —Oliverio Twist. |
| 9 <i>Cardona.</i> —El primo. | 20 <i>Mael.</i> —Soledad. | |
| 10 <i>Ciurana.</i> —Una penitencia. | 21 <i>Salgari.</i> —Yolanda, la hija del Corsario Negro (agotada). | |

Las obras que aparecen como agotadas pueden hallarse en las ediciones de lujo de la *Biblioteca Calleja*.

BIBLIOTECA CALLEJA. Obras literarias de autores célebres.

La **Biblioteca Calleja** publica novelas interesantes que jamás ofenderán las buenas costumbres, formando tomos en 8.º mayor de 300 páginas próximamente (175 X 144 milímetros), con láminas finas impresas con la mayor delicadeza sobre papel satinado para su mayor belleza y menor volumen. Precio de cada tomo en rústica con cromos **una peseta y una peseta veinticinco céntimos** en pasta sólida y elegante con cromos.

Para quien compre todos los tomos publicados se conserva el precio de suscripción, que era 80 céntimos en pasta y 60 en rústica.

Los siguientes tomos publicados han merecido grandes elogios.

- | | |
|---|--|
| 1 <i>Jaccoliot.</i> —El crimen del molino de Usor. | 46 <i>Cherbuliez.</i> —Miss Rovel. |
| 1 bis. <i>Souvestre.</i> —Memorial de familia. | 47 <i>Salgari.</i> —La hija de los Faraones. |
| 2 <i>Bouvier.</i> —Colette ó la Cayenita. | 48 <i>Salgari.</i> —El sacerdote de Phtah. |
| 2 bis. <i>H. de Saint-Aubin.</i> —La heredera de Birague. | 49 <i>Dickens.</i> —El hilo de oro. |
| 3 <i>Noir.</i> —La Reina de los gitanos. | 50 <i>Dickens.</i> —El eco de la tormenta. |
| 3 bis. <i>Mael.</i> —Lo que canta el amor. | 51 <i>Davidson.</i> —El misterio de la calle Harley. |
| 4 <i>Salgari.</i> —Los Pescadores de ballenas. | 52 <i>Gaboriau.</i> —El legajo núm. 113. |
| 4 bis. <i>Salgari.</i> —Invierno en el Polo Norte. | 53 <i>Gaboriau.</i> —El hijo falso. |
| 5 <i>Feval.</i> —Juramento de Lagardère. | 54 <i>Monteil.</i> —Juan de las Cadenas. |
| 6 <i>Feval.</i> —Aurora de Nevers. | 55 <i>H. de Saint-Aubin.</i> —El cura de aldea. |
| 7 <i>Feuillet.</i> —Novela de un joven pobre. | 56 <i>Pradels.</i> —Agencia matrimonial. |
| 8 <i>Toudouze.</i> —Las pesadillas. | 57 <i>About.</i> —Treinta y cuarenta. |
| 9 <i>Salgari.</i> —La Soberana del Campo de Oro. | 58 <i>Salgari.</i> —Los solitarios del Océano. |
| 10 <i>Salgari.</i> —El Rey de los cangrejos. | 59 <i>Salgari.</i> —El estrecho de Torres. |
| 11 <i>Belot.</i> —El parricida. | 60 <i>Feval.</i> —El castillo maldito. 1.ª parte. |
| 12 <i>Belot.</i> —Lubin y Dacolard. | 61 <i>Feval.</i> —Los vampiros. 2.ª id. |
| 13 <i>Mael.</i> —La Gaviota. | 62 <i>Opale.</i> —La princesa Helga. |
| 14 <i>Canivet.</i> —Hijo del mar. | 63 <i>P. Lebrun.</i> —Un tío á pedir de boca. |
| 15 <i>Salgari.</i> —Náufragos del Liguria. | 64 <i>P. Lebrun.</i> —El simpático Cascarrabias. |
| 16 <i>Salgari.</i> —Devastaciones de los piratas. | 65 <i>Feval.</i> —Los mercaderes de plata. 3.ª parte de El castillo maldito. |
| 17 <i>Silvestre.</i> —Rosa de Mayo. | 66 <i>Feval.</i> —La casa de Geldberg. 4.ª id. |
| 17 bis. <i>Mael.</i> —La mujer del capitán. | 67 <i>Feval.</i> —Los tres hombres rojos. 5.ª id. |
| 18 <i>Pont-Jest.</i> —De princesa á modelo. | 68 <i>Feval.</i> —El misterio de la Trinidad. 6.ª id. |
| 19 <i>Ricouard.</i> —Conflicto entre dos amores. | 69 <i>Feval.</i> —Los bastardos de Bluthaup. 7.ª id. |
| 20 <i>Salgari.</i> —Sandokan. | 70 <i>Feval.</i> —El barón de Rodach. 8.ª y última. |
| 21 <i>Salgari.</i> —La mujer del pirata. | 71 <i>Salgari.</i> —La perla roja. |
| 22 <i>Enne et Delisle.</i> —Aventureros del crimen. | 72 <i>Salgari.</i> —Los pescadores de perlas. |
| 23 <i>Bernard.</i> —La piel del león. | 73 <i>Daudet.</i> —Tartarin de Tarascón. |
| 24 <i>About.</i> —El hombre de la oreja rota. | 74 <i>About.</i> —Germana. |
| 25 <i>Tony-Revillon.</i> —El proscrito. | 75 <i>Walter Scott.</i> —Guy Mannering. |
| 26 <i>Busnach.</i> —Yerros policíacos. | 76 <i>Walter Scott.</i> —Enrique Bertrán. |
| 27 <i>Potter.</i> —Malambó. | 77 <i>Chavette.</i> —La bella Aliette. |
| 28 <i>Ponson du Terrail.</i> —Diana de Lancy. | 78 <i>Cardona.</i> —El primo. |
| 29 <i>Vialon.</i> —El hombre del perro mudo. | 79 <i>Ciurana.</i> —Una penitencia. |
| 30 <i>Salgari.</i> —Los estranguladores. | 80 <i>Salgari.</i> —El Corsario Negro. |
| 31 <i>Salgari.</i> —Los dos rivales. | 81 <i>Salgari.</i> —La venganza. |
| 32 y 33 <i>Walter Scott.</i> —Quintín Durward. | 82 <i>Davidson.</i> —Dorina. |
| 34 <i>Ponson du Terrail.</i> —El capitán Coquelicot. | 83 <i>Feval.</i> —El lunar rojo. |
| 35 <i>Mael.</i> —El torpedero 29. | 84 <i>Feval.</i> —El fantasma. |
| 36 <i>Salgari.</i> —Los tigres de la Malasia. | 85 <i>Mael.</i> —Caridad. |
| 37 <i>Salgari.</i> —El Rey del Mar. | 86 <i>Salgari.</i> —La Reina de los caribes. |
| 38 <i>Gautier.</i> —La novela de la momia. | 87 <i>Salgari.</i> —Honorata de Wan-Guld. |
| 39 <i>Barbey D'Aurevilly.</i> —La virgen viuda. | 88 <i>Mael.</i> —Soledad. |
| 40 <i>Salgari.</i> —El capitán Tormenta. | 89 <i>Salgari.</i> —Yolanda, la hija del Corsario Negro. |
| 41 <i>Salgari.</i> —El león de Damasco. | 90 <i>Salgari.</i> —Morgan. |
| 42 <i>Collins.</i> —La muerta viva. | 91 y 92 <i>Sienkiewicz.</i> —Quo vadis...? |
| 43 <i>Champol.</i> —La hermana Alejandrina. | 93 <i>Ciurana.</i> —El debut de un juez. |
| 44 <i>Champol.</i> —Las que vuelven. | 94 <i>Salgari.</i> —La capitana del Yucatán. |
| 45 <i>Assolant.</i> —Dos amigos en 1792. | |



10 JUN 1908

OLIVERIO TWIST

CAPÍTULO PRIMERO

EN QUE SE DESIGNA EL LUGAR DEL NACIMIENTO DE OLIVERIO TWIST Y SE REFIEREN LAS CIRCUNSTANCIAS QUE EN ÉL CONCURRIERON.

Entre otros edificios públicos de cierta población cuyo nombre, por muchas razones, conviene omitir, y á la que no quiero asignar ninguno imaginario, había un establecimiento, común á la mayoría de las ciudades grandes ó chicas: un asilo de mendigos; y en esta casa nació, en día y fecha que no creo interese tanto al lector que deba yo quebrarme la cabeza en recordarlo, el mortal cuyo nombre se indica en el epígrafe del presente capítulo.

Algún tiempo después de ser sacado por el médico de la Hermandad á este mundo de pesares y molestias, dudábase aún si aquella criatura llegaría á llevar un nombre, y en este caso considere el lector como lo más probable que estas Memorias no habrían sido publicadas, á menos de reducirse á un par de páginas y constituir la muestra más concisa y fiel de las biografías existentes en edad y país algunos.

No se crea que estoy dispuesto á sostener que el haber nacido en un Refugio constituye la circunstancia más venturosa y envidiable que pueda recaer en una criatura humana; pero permítaseme afirmar que, en este caso concreto, esta circunstancia fué lo mejor entre todas las cosas posibles que podían haberle ocurrido á Oliverio Twist.

El hecho es que hubo grandes dificultades para inducir á Oliverio á que respirase por sí mismo—operación sumamente molesta, pero que se ha hecho indispensable para nuestra dichosa existencia terrenal,—y más de una vez le abandonaron sobre un jergón desigualmente colocado entre esta vida y la otra, porque la balanza se inclinaba decididamente hacia la otra.

Pues bien; si durante este breve período Oliverio hubiera estado rodeado de cariñosas abuelas, solícitas tías, experimentadas ayas y doctores de profunda ciencia, lo más inevitable é indudable es que hubiera muerto en poco tiempo.

Pero no teniendo más que una pobre vieja por asistenta, vieja que había hecho estrecha alianza con la cerveza, y un médico-cirujano que ejercía su profesión en la casa mediante un contrato ó iguala, Oli-

verio y la Naturaleza lucharon frente á frente sin intermediarios ni auxiliares. El resultado fué que después de varios combates Oliverio estornudó, respiró y procedió á noticiar á los inquilinos del asilo el hecho de que una nueva carga había caído sobre la Parroquia ó Hermandad, lanzando un lamento de que no hubiera creído nadie capaz á un varoncito que poseía el uso de la voz sólo desde hacia tres minutos y cuarto.

En cuanto Oliverio dió la primera gallarda prueba del uso expedito de sus pulmones, la colcha de mosaico tendida descuidadamente sobre la cama de hierro próxima se agitó levemente, una cara pálida de mujer joven se alzó un tanto de la almohada, y una voz débil articuló:

— ¡Permítaseme ver al niño antes de morir!

El médico estaba sentado junto al fuego, dando á sus manos un calentón y un frote alternativamente. Cuando la joven habló se levantó, acercóse á la cabecera de la cama, y con más bondad de la que parecía poder esperarse de él exclamó:

— No hable usted aún de morirse.

— ¡Oh, no; bendito sea Dios! ¡No; no hay que hablar aún de morirse!—añadió la enfermera ó asistente metiendo apresuradamente en su bolsillo una botella de vidrio verde, cuyo contenido había estado saboreando aparte con evidente satisfacción.— ¡Bendito sea Dios! Cuando haya usted vivido tanto como yo, y haya usted tenido trece hijos, y todos hayan muerto, excepto dos que están conmigo en el Asilo, sabrá lo que es bueno. Piense usted que es madre y que tiene que amamantar á ese tierno corderito.

Aparentemente, este consuelo no produjo efecto. La paciente meneó la cabeza y sacó fuera del embozo los brazos para coger la criatura, que depositó en ellos el médico parroquial; imprimió sus amoratados y yertos labios en la frente del nene, acarició el rostro infantil con ambas manos, miró tristemente en derredor, inclinó la cabeza y murió.

—Esto se acabó, Sra. Thingummy—dijo el cirujano.

— ¡Ah! ¡Pobre muchacha; así es!—corroboró la asistente cogiendo el tapón del botellín verde, que se había caído en la cama al inclinarse ella para coger el niño.— ¡Pobre mujer!

—No necesita usted mandarme aviso si el niño llora—dijo el médico con tono resuelto poniéndose los guantes.—Es muy posible que sienta algunos dolores y molestias; pero le da usted una sémola clara, y nada más.—Luego, mientras se dirigía pausadamente hacia la puerta, añadió:—Era una mujer muy agradable. ¿De dónde venía?

—La trajeron anoche por orden del inspector—respondió la vieja.—Estaba acostada en la calle. Pa-

rece que había caminado mucho, pues sus botas estaban despedazadas; pero de dónde venía y adónde iba, nadie lo sabe.

El médico se inclinó sobre el cadáver, levantó la mano izquierda, y meneando la cabeza murmuró:

— ¡La historia de siempre! Veo que no estaba casada... ¡Buenas noches!

El cirujano se fué á cenar, y la asistente, después de aplicar de nuevo á sus labios la botella verde, se sentó cerca del fuego y procedió á fajar á la criatura.

¡Qué excelente muestra del mágico poder del vestido presentó el joven Oliverio! Envuelto en la cubierta que fué su único traje hasta entonces, podía haber sido hijo de un noble ó de un pelgar: el más avisado de los extraños no hubiera podido fácilmente asignarle su verdadera posición social; pero luego, envuelto en aquellos pañales, amarillentos por el uso, estaba clasificado y marcado: era el hospiciano, el huérfano nacido en un asilo de mendigos, el humilde ganapán despreciado por todos y por nadie compadecido.

Oliverio lloró fuertemente. Si hubiera sabido que era huérfano y que estaba destinado á ser criado de caridad por gentes extrañas é indiferentes, acaso hubiera chillado más.

CAPÍTULO II

CRECIMIENTO Y EDUCACIÓN DE OLIVERIO TWIST

Durante los primeros ocho ó diez meses, Oliverio fué la víctima incruenta de la superchería y del dolor: criado con biberón, el muchacho estaba por demás hambriento. La inverosímil situación del huerfanito fué puesta en conocimiento de las autoridades de la parroquia por las autoridades del Asilo. Aquéllas inquirieron de éstas con dignidad si no había en la «casa» alguna mujer que pudiera sustentar convenientemente á la criatura. Las autoridades del Refugio contestaron negativamente á la Comisión ejecutiva de la Hermandad, y ésta, magnánima y humanitariamente, resolvió que Oliverio fuese «pensionado», ó, en otras palabras, destinado á una especie de sucursal situada á unas tres millas de distancia, en la cual veinte ó treinta transgresores de la ley de mendicidad se revolcaban por el suelo todo el día, sin los inconvenientes de demasiado vestido y demasiado alimento, bajo el maternal cuidado de una respetable señora que recibía pupilos infantiles á razón de siete peniques y medio por cabeza y por semana.

Setenta y cinco céntimos de peseta semanales es una bonita pensión para un nene: gran alimento puede proporcionárseles por esos tres reales; quizás

bastante para recargar su estómago é indigestarle. La anciana era una mujer de sabiduría y experiencia. Sabía lo que convenía á los niños y tenía agudísima percepción de lo que era bueno para ella; así, pues, apropiábase la mayor parte del estipendio semanal para sí propia, reduciendo á la pequeña generación parroquial á un régimen alimenticio más frugal aún que aquel á que había estado sometido Oliverio. La buena mujer obraba como un consumado filósofo.

Todos conocen la historia de aquel filósofo experimental que quiso probar al mundo que un caballo es susceptible de vivir sin comer, y, para acostumbrarlo, le reducía la ración todos los días. Indudablemente se hubiese convertido en el animal más ágil y ligero, á no haberse muerto, cuando menos podía suponerlo el amo, veinticuatro horas después de haber probado la primera ración de aire. Desgraciadamente para la filosofía experimental de la mujer á cuyos protectores cuidados fué entregado Oliverio Twist, algo semejante era la consecuencia natural de su sistema. Precisamente en el momento en que un niño llegaba á poder vivir alimentado con la ración mínima posible, acaecía ocho veces y media de diez que sucumbía al frío y al hambre, ó se caía al fuego por descuido, ó se ahogaba por accidente; y en cualquiera de estos casos, los pobrecitos iban al otro mundo, para encontrar en él á sus padres, que nunca tuvieron á su lado en éste.

Á veces los accidentes daban lugar á sumarias interesantes, bien por hallarse un chiquillo ahogado entre las ropas del lecho, ó por haber caído otro en la lejía hirviendo de la colada; aunque este último caso era muy raro, pues no solía hacerse colada en la casa sino de higos á brevas. Entonces tomaba cartas el Juzgado, ó los vecinos protestaban audazmente suscribiendo una reclamación; pero en uno y otro caso las impertinentes intrusiones eran pronto reprimidas por el informe del médico y el testimonio del muñidor. El primero verificaba la autopsia, y declaraba no haber encontrado nada en el cuerpo del difunto—y puede que, en efecto, no lo hallara,—y el segundo daba testimonio jurado, con loable desinterés, de acuerdo con el deseo de la Comisión parroquial.

Además, de vez en cuando, algunos cofrades visitaban la casa como inspectores, mandando al muñidor el día antes para anunciar solemnemente la visita de inspección, y siempre lo hallaban todo en excelente orden. Otras veces enviaban al muñidor, y el resultado era el mismo.

Semejante sistema administrativo no podía producir extraordinarios y saludables frutos. Su noveno cumpleaños sorprendió á Oliverio pálido y delgado, pequeño de estatura y encanijado; pero la Na-

turalaleza ó la herencia habían dotado al chiquillo de un espíritu bien templado, y quizás á esa circunstancia deba atribuirse el que ni privaciones ni inanición le impidieran cumplir el noveno año de su existencia. Precisamente el día que los cumplía hallábase por la mañana encerrado en la carbonera, cueva húmeda y fría, en la agradable y selecta compañía de dos jóvenes caballeretes que habían compartido con él pescozones, chillidos y lamentos, castigados por haber tenido la audacia de decir que tenían hambre. Sermoneándoles estaba la directora, la excelente Sra. Mann, cuando fué sorprendida por la visita del muñidor, Sr. Bumble, que trataba de entrar por la puerta del jardín.

—¡Bondad divina! ¿Es usted, Sr. Bumble?—preguntó sacando la cabeza por la ventana y fingiendo gran alegría.—(¡Susana, coge á Oliverio y á esos dos rapaces, sube con ellos y lávalos bien, en seguida!—¡Cuánto me alegró de ver á usted bien, Sr. Bumble!

Este Sr. Bumble era un hombre gordo y gruñón; así, en vez de contestar afectuosamente á la franca y cariñosa bienvenida, dió al postigo cerrado un vigoroso empujón, y luego una coz que sólo las piernas de un muñidor podían ser capaces de soltar.

—¡Señor, Señor!—exclamó la Sra. Mann corriendo al jardín para descorrer el cerrojo del portón.—¿Cómo habré podido olvidar que la puerta estaba cerrada á causa de esos benditos niños? Dígnese usted entrar. Entre usted, Sr. Bumble; se lo ruego.

Esta invitación fué acompañada de una reverencia capaz de ablandar el corazón de un pertiguero, pero que dejó insensible al muñidor.

—¿Cree usted que esa conducta es respetable y digna, Sra. Mann? ¿Es así cómo se recibe á los funcionarios de la Parroquia en funciones profesionales?—preguntó el Sr. Bumble apretando con fuerza su bastón y blandiéndolo.—¿No se da usted cuenta, Sra. Mann, de que es usted, como *puedo serlo yo*, un delegado parroquial á sueldo?

—Esté usted seguro, Sr. Bumble, de que sólo me había retrasado un instante para decir á dos ó tres de esos queridos niños que tanto le aman que iba usted á venir—repuso con humildad la Sra. Mann.

El Sr. Bumble concibió una gran idea acerca del poder de su oratoria y de su importancia como funcionario; había desplegado la una y reivindicado la otra. Se apaciguó.

—¡Bueno, bueno, señora!—respondió con tono tranquilo.—Acaso sea como usted dice. Condúzcame adentro, porque vengo oficialmente. Tenemos que hablar.

La Sra. Mann introdujo al muñidor en un pequeño locutorio, le acercó una silla, y oficiosamente colocó su sombrero de tres picos y su bastón en una mesa ante Bumble, el cual se limpió el sudor que co-

ría por su frente y que había hecho brotar la larga caminata, miró complacido su tricornio galoneado, y sonrió. Sí; sonrió: aunque muñidor, no dejaba de ser hombre.

—Ahora no se ofenda usted por lo que voy á decirle—dijo ella con felina suavidad.—Ha hecho usted una larga caminata, y por eso me atrevo á hablar de esto. ¿No querrá usted tomar un sorbo de algo, Sr. Bumble?



—Haz una reverencia al señor, Oliverio—ordenó su introductora.

—¡Ni un sorbo, ni medio!—repuso él rehusando con la mano derecha en actitud digna, pero satisfecho.

—¡Vamos, acceda usted!—dijo la dama, convencida por el tono y el gesto del muñidor de que debía insistir:—solamente un sorbo, con un poco de agua fresca y un terrón de azúcar.

El Sr. Bumble tosió. Ella insistió otra vez.

—Estoy obligada á tener siempre algo para esos benditos muchachos—dijo abriendo una alacena de donde sacó una botella y un vaso.—¡Como es tan estomacal! ¡Ginebra, ginebra legítima! Puede usted estar seguro, Sr. Bumble.

—¿Y da usted eso á los chicos, Sra. Mann?—pre-

guntó el muñidor mientras seguía con mirada codiciosa el interesante proceso de la mezcla.

—Sí; se lo doy en las gachas, cuando están enfermos, aunque la fécula de maranta cuesta muy cara. ¡Adoradas criaturas! Ya sabe usted que no puedo verlas padecer.

—No, no puede usted—afirmó el funcionario.—Es usted una mujer humanitaria.—(Ella le presentó el vaso.) Ya tendré oportunidad de comunicárselo á la Comisión.—(Accionando con el vaso.)—Tiene usted los sentimientos de una verdadera madre.—(Preparándose á beber.)—Ahora hablemos de cosas serias.—(Vacando el vaso hasta la mitad.)—¡Á su salud!—(Sacando una cartera de cuero del bolsillo, y de ella un papel doblado.)—El niño que fué medio bautizado con el nombre de Oliverio Twist, cumple hoy nueve años de edad.

—¡Dios le bendiga!—exclamó la Sra. Mann.

—Y sin embargo de haber ofrecido una recompensa de diez libras esterlinas, que fué más tarde aumentada hasta veinte, y á pesar de las superlativas y bien puedo yo decirlo—sobrenaturales pesquisas hechas por la Hermandad, no hemos logrado descubrir aún quién sea su padre, ni cuáles eran el nombre y la condición de su madre.

La Sra. Mann alzó las manos con asombro; pero después de un momento de reflexión, preguntó:

—Pero entonces... ¿cómo tiene apellido?...

—Yo le inventé uno—respondió el muñidor ingeniéndose envanecido.

—¿Usted, Sr. Bumble?...

—Sí, yo, Sra. Mann. Nombramos á nuestros protegidos por orden alfabético; el último chiquillo inscrito estaba en la S: le llamé Swubbele; á éste le correspondía la T, y le llamé Twist; al próximo le corresponde la U: será Unwin; el otro, Vilkins. Tengo ya nombres discurridos hasta la Z, y todo un alfabeto más, volviendo á principiar por la A.

—¡Oh! ¡Es que tiene usted aptitudes literarias!

—¡Bueno, bueno!—repuso el hombre, evidentemente ufano con el cumplido. Acaso sea así; quizás es así, Sra. Mann.—Concluyó de tomarse la ginebra con agua y azúcar, y prosiguió:—Bueno; pues la Comisión, considerando que Oliverio tiene ya demasiada edad para permanecer aquí, ha resuelto volverlo al Asilo. Vengo expreso para llevármelo. Hágame usted el favor de traerle.

—Voy inmediatamente.—Y volvió á poco con el muchacho, que había tenido tiempo de ser limpiado en lo posible.

—Haz una reverencia al señor, Oliverio—ordenó su introductora.

El chico obedeció á medias, pues compartieron la reverencia por igual el muñidor en la silla y el sombrero de tres picos en la mesa.

—¿Quieres venirte conmigo, Oliverio?—preguntó Bumble con énfasis que creía majestuoso.

Oliverio iba á decir que sí, que se iría de buena gana con cualquiera, cuando, alzando los ojos, sorprendió una iracunda mirada de la Sra. Mann, que se hallaba de pie tras la silla del muñidor, y bajo el recuerdo de otras semejantes, precursoras de inmediatas impresiones que perduraban en su cuerpo durante muchos días, contestó preguntando:

—¿Vendrá ella conmigo?

—No; no puede—contestó el Sr. Bumble.—Pero alguna vez irá á verte.

No era esto un gran consuelo para el niño: sin embargo, á pesar de su temprana edad, comprendió que debía fingir un gran sentimiento por irse. Poca dificultad tenía para él llorar; su costumbre de verter lágrimas era tal, que lloró y gimió tan naturalmente, que la Sra. Mann le hizo mil arrumacos y caricias y le dió un buen pedazo de pan con manteca, para que al salir no fuera tan hambriento como al entrar.

Con el pedazo de pan en la mano y la obscura gorra de uniforme en la cabeza, siguió á su conductor y abandonó aquella casa, en la que nunca una palabra bondadosa ni una mirada de amor habían alegrado sus infantiles horas. Sin embargo, al cerrarse la puerta tras él, experimentó un momento de verdadera pena. Dejaba tras sí á sus camaradas, los únicos amigos que había tenido en el mundo, y una intuición de su soledad y aislamiento invadió su tierno corazón.

Bumble andaba á largos pasos; el pequeño trotaba á su lado, cogido firmemente á los lazos dorados que colgaban de la manga del muñidor, y preguntando á cada cuarto de milla si se hallaban ya cerca. El grave conductor respondía breve y secamente, pues la dulzura del agua con ginebra habíase extinguido en su paladar y había recobrado su alta personalidad de muñidor.

Al cuarto de hora escaso de hallarse en el Asilo, y cuando no había concluido Oliverio de engullir su segundo pedazo de pan, volvió el señor Bumble á su lado, y le comunicó que la Comisión quería que compareciese ante ella.

No teniendo muy clara noción de lo que tal Junta significaba, sorprendióse Oliverio con la noticia, ignorando si debía reírse ó llorar. No tuvo tiempo de pensar en ello, sin embargo, porque su amable interlocutor le dió un bastonazo en la cabeza para indicarle la dirección y otro golpe en la espalda para que avivara el paso, y lo introdujo pronto en una estancia de paredes blanqueadas, donde ocho ó diez caballeros gordos y graves estaban sentados en derredor de una gran mesa. Á la cabecera, en un sillón de brazos más alto que los demás asientos, hallábase un caballero carirredondo y colorado.

—¡Saluda á la Comisión!—ordenó Bumble.

Oliverio reprimió dos ó tres lágrimas que brotaban de sus ojos, é ignorando lo que era la Comisión, y no viendo al pronto más que la mesa, obedeció inclinandose reverente ante el mueble, sin saber fijamente si era aquello lo que le mandaban.

—¿Cómo te llamas, muchacho?—preguntó el caballero de la silla más alta.

Oliverio quedó deslumbrado á la vista de tantos señores y se echó á temblar; el muñidor le dió disimuladamente, un puñetazo en la espalda, y la concurrencia de ambas causas hizo que el pobre chico contestara en voz baja y tartamudeando, de lo cual dedujo un caballero de chaleco blanco que el muchacho era tonto. Manifestación que, naturalmente, era el mejor medio de animar y tranquilizar á Oliverio.

—¡Chiquillo—continuó el caballero de la cabecera,—atiéndeme! Supongo que sabrás que eres huérfano.

—¿Y qué es eso, señor?—preguntó Oliverio.

—¡Ya lo suponía yo! ¡Este chico es tonto!—repitió el del chaleco blanco.

—¡Chist!—prosiguió el que había hablado primero.—Tú sabes que no alcanzaste la dicha de tener padre ni madre, y que eres atendido y sostenido por la Parroquia; ¿no es así?

—Sí, señor—repuso Oliverio llorando amargamente.

—Pero ¿por qué lloras?—interrogó sorprendido el del chaleco blanco.

El caso, indudablemente, era de lo más extraordinario. ¿Por qué lloraría el muchacho?

—Espero que, como buen cristiano—dijo otro cofrade dando un gruñido,—rezarás todas las noches pidiendo á Dios por la gente que te mantiene.

—Sí, señor—balbuceó Oliverio.

Inconscientemente tenía razón el cofrade que había hablado últimamente: habría obrado muy como cristiano, y hasta como un cristiano ejemplar, si hubiera rogado por los que le mantenían; pero había un pequeño inconveniente: no le habían enseñado á rezar.

—Bueno; has venido aquí—dijo el carirrojo—para que te eduquen y te enseñen un oficio.

—Así, pues, desde mañana á las seis de la mañana—añadió el cofrade del chaleco blanco—comenzarás á cardar estopa.

Comunicada la resolución de aquellos benditos, Oliverio hizo una reverencia profunda bajo la dirección del muñidor, y fué luego á una vasta celda, donde en un duro y tosco lecho estuvo sollozando hasta dormirse. ¡Qué nobles y filantrópicas las leyes de Inglaterra! ¡Permiten dormir á los más miserables!

¡Pobre Oliverio! Durmiendo con venturosa inconsciencia, poco reflexionó en lo que con la Comisión le había sucedido y en su resolución, que tanto había de influir en su futuro destino. Pero los cofrades habían reflexionado.

Los miembros de la Comisión eran profundos y avisados filósofos, y cuando fijaron su atención en el Asilo de mendigos, vieron inmediatamente lo que la gente vulgar no hubiera jamás descubierto—¡es tan ligero y superficial el vulgo!—descubrieron, digo, que los mendigos se divertían allí demasiado; que era el depósito, más que un correccional ó refugio, una especie de taberna donde no se pagaba el gasto; un comedor público, unos Elíseos de cal y canto para no trabajar y divertirse agradablemente.

—¡Oh!—se dijeron moviendo sus sesudas cabezas.—Es preciso poner esto en orden, y nosotros somos los llamados á hacerlo.

Y establecieron su gobierno, poniendo á los recogidos y asilados en la alternativa (porque no quisieron obligar á nadie... ¡eso no!) de perecer poco á poco en la casa, ó salir de ella. Con este propósito contrataron con el proveedor de agua un aumento en la provisión del líquido, y con un molinero el suministro de la harina necesaria, regulando la comida á tres ranchos de sémola por cabeza cada día, cebolla de suplemento dos veces por semana, y los domingos una ración de medio pan por barba.

Establecieron otras varias y acertadas medidas, sobre todo en lo referente á las mujeres, é implantaron bondadosa y humanitariamente el divorcio. Así, en vez de compeler y persuadir á un marido á soportar á su familia con paciencia y resignación, le separaban radicalmente de ella, convirtiéndole en soltero.

Calcúlese cuántas personas de todas las clases sociales hubieran querido aprovecharse de tales beneficios; pero los administradores eran hombres de gran previsión y habían logrado obviar la dificultad. Para gozar de las ventajas de ese divorcio era preciso vivir en el Asilo y mantenerse de sémola: esto asustaba á la gente.

El sistema estaba en pleno apogeo seis meses después de la llegada de Oliverio Twist al Depósito, y con ello el número de asilados disminuía rápidamente.

El lugar en que recibían su alimento los muchachos era un vasto zaguán empedrado. Á un extremo había una gran caldera, de la cual el encargado, asistido por una ó dos mujeres, sacaba la sémola para repartirla. Cada chico recibía una escudilla y no más, salvo en casos excepcionales de público regocijo. Las vasijas no necesitaban nunca lavarse; los muchachos las pulimentaban con las cucharas: tenían buen apetito, como todos los chicos en general.

Oliverio y sus compañeros sufrieron las torturas de aquel régimen durante tres meses, y llegaron á estar tan voraces y hambrientos, que uno de ellos, acostumbrado á la media dieta, pues su padre había estado al frente de una pequeña casa de comidas, los incitó á rebelarse, persuadiéndolos de que, en caso contrario, alguna noche, á causa del hambre, se vería en la precisión de comerse al compañero de cama más próximo. Era más alto y fuerte que los demás, y dirigiales miradas tan feroces, que todos le creyeron. Celebróse un Consejo, echaron suertes, y le tocó á Oliverio pedir otra ración después de cenar.

Llegó la noche. Los muchachos se alinearon como de costumbre tras el encargado de racionarlos, de pie junto á la caldera. Se sirvió la sopa y produjo un largo silencio mientras se vaciaban las escudillas: los chicos miraban á Oliverio, y le guiñaban los ojos incitándole á cumplir su cometido. Niño como era, estaba desesperado por el hambre; así, pues, acercándose, cacharro y cuchara en mano, al funcionario que cubierto con su blanco mandil hallábase en su puesto, le dijo, algo asombrado de su propia temeridad:

—Hágame el favor de volver á echarme: yo necesito más.

El encargado era un hombre gordo y sano. Al oírle se puso pálido; miró al pequeño rebelde estupefacto por algunos segundos, y se acercó á la caldera como para protegerla. Las asistentas estaban paralizadas de asombro; los muchachos, de miedo.

—¿Qué?—preguntó al fin con voz alterada.

—Que me haga usted el favor de volver á echarme, que quiero más—repitió Oliverio.

El hombre amenazó al chico con darle un cazazo en la cabeza, con ademán mudo y elocuente; luego le cogió, le sujetó los brazos y corrió llamando á voces al muñidor.

La Hermandad estaba reunida en solemne junta, cuando el Sr. Bumble penetró en la estancia y, dirigiéndose muy excitado al caballero de la silla alta, le dijo:

—Sr. Limbkins, ruego á usted que me dispense; pero Oliverio Twist pide otra ración más.

Estupefacción general. El horror se pintó en todos los rostros.

—¿Más?—exclamó el Sr. Limbkins.—Repóngase usted, Bumble, y conteste terminantemente á mis preguntas. ¿Ha dicho usted que pidió más comida después de comer su ración correspondiente?

—Así es, señor.

—¡Ese chico será un hambrón!—dijo el del chaleco blanco.—Opino que ese chico será siempre un hambrón.

Nadie refutó la profunda opinión profética del avisado caballero. Como medida de urgencia decre-

tóse su inmediato encierro en un calabozo, y al día siguiente se publicó un bando ofreciendo veinticinco duros al que quisiera hacerse cargo del muchacho para mantenerle y enseñarle un oficio.

—En mi vida he tenido ni tendré un convencimiento más profundo y arraigado que éste—dijo el del chaleco blanco al leer el bando á la siguiente mañana.—Ese chico es y será siempre un hambrón.

Como me propongo en el curso de esta verídica historia demostrar si el cofrade del chaleco blanco tuvo razón ó no en sus profecías, perjudicaría el interés de la narración (en el supuesto de que tenga algún interés) si adelantase desde luego los acontecimientos.

CAPÍTULO III

DONDE SE VERÁ QUE OLIVERIO TWIST ESTUVO Á PUNTO DE LOGRAR UNA PLAZA, QUE NO ERA PRECISAMENTE UNA CANONJÍA.

Una semana después de haber cometido la incalificable profanación de pedir más sémola, Oliverio permanecía encerrado en el sombrío calabozo que los sabios y misericordiosos caballeros de la Comisión le habían destinado.

No es irracional suponer que, de haber penetrado el alcance del profético aserto del cofrade del chaleco blanco, Oliverio le hubiera dado la razón acabando de hambrear de una vez para siempre, sin más que anudar una punta de su pañuelo de bolsillo á un garfio del muro, y colgarse del cuello; pero había un pequeño inconveniente: la Comisión había decidido por unanimidad que esa prenda constituía un artículo de lujo, y la había puesto, en consecuencia, lejos del alcance de las narices de los pobres del Asilo.

Otro obstáculo aún mayor era la edad infantil de Oliverio; así, pues, se contentaba con pasarse llorando y berreando el día entero, y cuando la triste noche llegaba se tapaba los ojos con sus manitas y se metía en un rincón, tratando de dormirse, nervioso, temblando de miedo y de frío en el lúgubre calabozo, y apretándose contra las húmedas paredes como demandándoles protección y apoyo.

No supondrán ni siquiera los enemigos decididos del sistema de gobierno adoptado por la Comisión administradora del Asilo que por el hecho de estar encarcelado se negaban á Oliverio los beneficios saludables del ejercicio, el agradable placer de la sociedad y las eficaces ventajas del consuelo religioso. ¡No!... Como ejercicio, permitíasele ir todos los días en mangas de camisa, hiciera frío ó calor, á hacer sus abluciones en la fuente situada en un patio empedrado, vigilándole el muñidor Sr. Bumble, quien cuidaba de restablecer en su cuerpecito la circulación

de la sangre haciéndole con su bastón afectuosas caricias; como sociedad, un día sin otro era llevado al comedor del zaguán ante sus compañeros, y azotado concienzudamente para público y ejemplar escarmiento; y como consuelo religioso, se le permitía escuchar cada tarde la oración á coro de sus compañeros, en la cual habían intercalado los señores de la Comisión una cláusula por la que pedían á Dios los hiciese buenos, virtuosos, obedientes y dóciles, preservándolos de contraer los vicios y cometer los pecados de Oliverio, quien se hallaba condenado sin remisión al Infierno, constituyendo desde entonces y definitivamente un artículo de propiedad exclusiva del mismo Satanás.

Así las cosas, quiso la suerte que el Sr. Gamfield, deshollinador de chimeneas, llegase montado en su burro á la calle Mayor, muy preocupado con la manera de conseguir veinticinco duros para el pago de alquileres atrasados, pago que le apremiaba, cuando acertó á fijarse en el bando de las autoridades parroquiales.

—¡Soo!—dijo al asno, el cual se asombró muchísimo de no recibir al mismo tiempo el correspondiente trancazo, por lo cual continuó su camino hasta oír un tremendo juramento.

Inmediatamente el Sr. Gamfield se dirigió en busca de la Comisión, y tropezando con el del chaleco blanco,

—¿Está aquí ese muchacho que la Parroquia quiere meter de aprendiz?—preguntó.

—Sí, buen hombre—respondió el caballero con sonrisa condescendiente.—¿Qué hay?

—Si la Parroquia quiere que aprenda un oficio bueno y práctico y no difícil, el de limpiachimeneas, yo necesito un aprendiz, y me lo llevaría—repuso el Sr. Gamfield.

—Pase—dijo el caballero del chaleco blanco.

Antes de pasar el Sr. Gamfield, ató cuidadosamente su asno para que no pudiera irse. Luego expuso ante la Comisión lo que pretendía.

—Es una ocupación muy cochina—dijo el señor Limbkins.

—Varios jóvenes han sido antes de ahora sofocados por el humo en las chimeneas—añadió el del chaleco blanco.

—Son imprudencias; por meterse antes de tiempo ó equivocarse de chimenea—contestó Gamfield, explicando las quebras del oficio.

La Comisión deliberó, y tras largo debate acordó rebajar la recompensa á diez y siete duros; el hombre, obligado por el pago que tenía que hacer, accedió.

—¡Venga! Yo supliré lo que falta—exclamó.

—¡Oh! No tendrá que suplir nada—dijo el del chaleco blanco.—El muchacho es una alhaja, y aun

gratis puede tomarse. Está acostumbrado á comer poco, es dócil y trabajador. De vez en cuando necesita algún azote...

El Sr. Gamfield paseó su mirada por los rostros de los respetables miembros de la Comisión y, viendo que sonreían, sonrió.

Á consecuencia de este contrato llevaron á Oliverio camisa limpia, y apenas se la había puesto, muy asombrado, cuando el mismo Sr. Bumble en persona le llevó una cumplida escudilla de sémola y, adelantando el domingo, dos onzas y cuarto de pan. Á la vista de esto Oliverio rompió á llorar á gritos creyendo que la Comisión se proponía matarle con algún fin oculto y por eso le cebaba ó, mejor dicho, principiaba á cebarle.

—No llores, que se te pondrán los ojos feos, Oliverio; come tu ración y sé agradecido—dijo el muñidor grave y pomposamente.—Vas á convertirte en un aprendiz, Oliverio.

—¿Aprendiz?—preguntó el muchacho estremeciéndose ante lo desconocido.

—Sí, Oliverio—prosiguió Bumble.—Estos bondadosos y caritativos caballeros, que son todos tus padres, Oliverio, ya que no tienes ninguno por ti mismo, van á ponerte de aprendiz para que entres en la vida y te prepares para ella, haciéndote todo un hombre. ¡Y no creas que de bóbilis-bóbilis! La Parroquia paga para ello diez y siete duros. ¡Diez y siete duros, Oliverio! ¡Ochenta y cinco pesetas; trescientos cuarenta reales!... ¡Ochocientas cincuenta perras gordas, Oliverio! ¡Pásmate!... ¡Y todo por un pillete de huérfano á quien nadie podrá querer!

Cuando el muñidor se detuvo para tomar aliento después de decir con tremenda y cavernosa voz las últimas palabras, las lágrimas rodaron por el rostro del pobre niño, que sollozó amargamente. El muñidor, altamente satisfecho del efecto que producía su oratoria, prosiguió menos pomposamente:

—¡Vamos, vamos, Oliverio! Limpia tus lágrimas con la manga de la chaqueta para que no caigan dentro de la sémola, lo cual resultaría tonto.

En efecto, ya tenía demasiada agua la sopa.

Cuando bajó ante la Comisión, vió al Sr. Gamfield y oyó á todos aquellos caballeros hablarle tan dulce y afectuosamente, quedó por un momento extático de asombro; luego rompió á llorar, y cayendo de rodillas y juntando las manos les rogó que le hicieran volver al cuarto oscuro, que le dejaran perecer de hambre, que le mataran, pero que no le entregasen á aquel hombre terrible.

—¡Muy bien!—exclamó Bumble levantando manos y ojos al cielo con la mayor solemnidad.—¡De todos los miserables huérfanos que he visto en mi vida, Oliverio, eres tú el más desvergonzado!

—¡Échese usted un nudo á la lengua, Bumble!—

dijo el caballero que seguía en edad y jerarquía al presidente.

—Dispense vuestra señoría—dijo el reprendido atónito y sin poder dar crédito á sus oídos.—¿Se dirige á mí vuestra señoría?

—Sí: hable cuando le den licencia, y mientras tanto, échese un nudo á la lengua—repitió el consejero.

Bumble quedó extático de asombro. ¡Un muñidor con la lengua atada! ¡Era toda una revolución social!

Después de cambiar impresiones con dos ó tres de sus colegas, el presidente exclamó:

—Rehusamos sancionar ese convenio.

—Creo—tartamudeó el Sr. Limbkins—que eso no implicará un voto de censura á la Comisión ejecutiva de parte de la consultiva, basado en el inadmisable testimonio de un chiquillo...

—Los magistrados no son llamados á pronunciarse en este punto—dijo brevemente el presidente.—Mientras tanto, vuelva el muchacho á la casa, y trátesele con cariño, lo que parece necesitar mucho.

El del blanco chaleco profetizó que Oliverio sólo sería ahorcado, sino descuartizado también.

Y á la mañana siguiente volvió á ponerse el bando ofreciendo los veinticinco duros al que quisiera llevarse como aprendiz.

CAPÍTULO IV

DONDE SE VE CÓMO OLIVERIO HIZO SU ENTRADA EN LA VIDA PÚBLICA

En las familias numerosas, cuando no encuentran una colocación conveniente y de porvenir para los adolescentes, es costumbre general enviarlos al mar; la Comisión parroquial tomó este ejemplo sano y saludable con respecto á Oliverio, y resolvió colocarle en un barco chico destinado á un insalubre puerto. Esto era lo mejor que se podía hacer con él, desde el punto de vista de aquellos graves caballeros: por lo tanto, enviaron como embajador ante la viuda del patrón al respetable Bumble, encargándole que antes hiciera averiguaciones cerca de otros individuos para ver de colocar al rapaz.

El Sr. Bumble, muy orgulloso de su comisión, cuya gran importancia traslucía su despejado ingenio, salió, y al salir tropezó nada menos que con el Sr. Sowerberry, agente funerario de la Parroquia (1).

En consonancia con su profesión, era un hombre grave, vestido de negro de pies á cabeza, correcto

(1) Estos funcionarios, que llaman los ingleses *undertakers*, tienen á su cargo en la Gran Bretaña y Estados Unidos la dirección y orden de los funerales, además de proporcionar ataúd, sepultura, etc.

casi tétrico de aspecto, aunque en el fondo inclinado á la jocosidad.

—Acabo de tomar la medida de las dos mujeres que murieron anoche, Sr. Bumble—dijo el funcionario fúnebre.

—Usted hará fortuna, Sr. Sowerberry—dijo el muñidor, tratándole con confianza y metiendo los dedos en la caja de rapé, que semejaba un pequeño modelo de ataúd, invento por el cual no había obtenido patente;—usted hará fortuna.

Y al repetirlo, tomándose más confianza, pegó con su bastón en las rodillas del agente funerario.

—¿Lo cree usted?—preguntó éste en tono de duda.—Los precios que paga la Comisión son muy reducidos.

—También los ataúdes son pequeños—dijo el muñidor riendo.

El otro se puso á sacar cuentas, condoliéndose de lo malo que se había puesto el negocio. En medio de su lamentación, interrumpida á veces por profundas observaciones del muñidor, á éste pareció bien cambiar de tema.

—¿Y á propósito!—dijo.—¿No sabe usted de alguien que necesite un chico para aprendiz? Un muchacho de la Parroquia, una verdadera ganga...

Y delectó más que silabeó la recompensa: veinticinco duros. Pero el director funerario siguió hablando de los ataúdes inventados por él. El muñidor se quitó su respetable sombrero galoneado, sacó de él un pañuelo, enjugó el sudor de su frente, y volvió á colocarse con gravedad el tricornio. Luego dijo con voz más tranquila:

—Bueno. ¿Qué hay de lo del muchacho?

—¡Oh!—repuso el otro.—Ya sabe usted, Sr. Bumble, que yo pago bastante de derechos parroquiales.

—¿Y qué?...

—¿Y qué?... Nada; que estoy pensando que, si yo pago tanto á la Parroquia, debo percibir algo de ella cuando la ocasión se presente; así, pues, decido tomar el muchacho para mí, Sr. Bumble. Le enseñaré á hacer ataúdes.

El muñidor le cogió del brazo y le introdujo en el cuarto de la Comisión. El agente de pompas fúnebres conferenció con aquellos caballeros gordos cinco minutos y quedó convenido que le enviarían á Oliverio aquella misma tarde «como ensayo»; frase que significaba que, en el caso de que el aprendiz le conviniera, dispondría de él á su antojo por un número determinado de años.

Compareció el chico ante el «caballero» á quien iba á pertenecer. Los de la Comisión le dijeron que aquella misma noche sería llevado á la funeraria, y, en caso de que aquel señor le devolviera á la Parroquia, sería enviado á servir en un barco: el muchacho no manifestó gran sentimiento, lo que sorpren-

dió á las autoridades parroquiales, que le calificaron de insensible y desagradecido, cuando era más bien demasiado sensible.

Poco después, con la gorra embutida hasta los ojos y agarrado, como la otra vez, á las cintas de las mangas de Bumble, púsose en camino hacia casa del Sr. Sowerberry. Durante un rato caminaron en silencio. El muñidor marchaba con la cabeza erguida, como funcionario que se estima, y no podía ver la cara del muchacho; sin embargo, cuando llegaban cerca de su destino le pareció conveniente mirarle, y vió que el niño iba correctamente vestido y que podía sufrir la inspección de su nuevo amo.

—¡Oliverio!...

—Mande usted—repuso el llamado, con trémula voz.

—¡Alza un poco la gorra de los ojos y yergue la cabeza!

Cuando Oliverio hubo hecho lo que le mandaron, se pasó el dorso de una mano por los ojos, y aun quedó en ellos una lágrima. El muñidor se puso en cucullas para verle la cara: las lágrimas acudieron á los ojos del rapaz, que se tapó el rostro con las manitas para ocultarlas, como si los sollozos no le vendieran.

—Bueno—dijo el muñidor, echando al niño una mirada de intensa malignidad;—de todos los muchachos ingratos y de peores inclinaciones que he visto, tú eres el más...

—No, no, señor—repuso el chico, suspendiendo sus sollozos;—yo seré bueno, seré bueno; ya lo verá usted; es que soy muy pequeño y estoy tan... tan...

—Tan... ¿qué?—preguntó Bumble atónito.

—Tan... solo, señor; muy solo, completamente solo—gimió el niño.—Todos me odian... ¡Oh, señor! ¡No se enoje usted conmigo!

Y el chico se llevó la mano al corazón y miró al rostro de su compañero con lágrimas de verdadera agonía.

Bumble miró al muchacho compasivamente durante algunos minutos, y, cogiéndole de la mano, reemprendieron ambos su camino.

El de las pompas fúnebres, que había cubierto ya las vidrieras de la tienda, estaba haciendo algunos asientos en el libro Diario cuando llegó Bumble.

—¡Hola!—dijo mirando por encima del libro y haciendo una pausa en la mitad de la palabra.—¿Es usted, Sr. Bumble?

—Y no solo—contestó el muñidor;—aquí le traigo al chico.

Oliverio saludó con la cabeza.

—¡Oh! ¿Es éste?—preguntó el otro, bajando la luz á la altura de la cabeza del muchacho para verle mejor.—Querida esposa, ¿quieres tener la bondad de venir un momento?

La Sra. Sowerberry, que estaba en la trastienda, se presentó.

Era una mujer pequeña, flaca, avejentada y de aspecto colérico.

—Querida—exclamó el esposo con deferencia,—éste es el muchacho de la Parroquia, que te dije.

Oliverio hizo otra reverencia.

—Es muy pequeño, querido—contestó la esposa.

—Porque es pequeño—replicó el muñidor mirando á Oliverio como si el chico tuviera la culpa de su estatura.—Pero aunque sea pequeño, no hay que negarlo, crecerá, señora Sowerberry; crecerá, crecerá.

—¡Ah! No dudo que crezca—dijo la minúscula señora.—Crecerá comiendo y bebiendo en casa; lo apuesto: no somos aquí con los niños tan frugales como en la Parroquia. Pero los chicos cuestan más que la utilidad que dan. Sin embargo, los hombres siempre creen que saben mejor que nosotras lo que conviene, y hacen... ¡Vamos! ¡Por ahí, pequeño costal de huesos! ¡Baja esas escaleras!

La menuda dama había abierto una puerta; empujó por ella al chico, haciéndole bajar unas escaleras, y le introdujo en una celda húmeda y oscura, llamada cocina, donde hallábase sentada una muchacha desgredada, en chancletas, y vestida con un traje azul que necesitaba muchas composturas.

—Oye, Carlota—dijo la señora cuando llegó en seguimiento del muchacho:—dale á este chico algunas de esas piltrafas que habíamos dejado para Trip. No ha vuelto á casa desde esta mañana, y no necesitamos guardárselas. Me atrevo á decir que ni el muchacho las querrá ya. ¿Las quieres?

Oliverio, cuyos ojos habían centelleado al oír hablar de comida y que se estremecía por el ansia de devorarla, contestó afirmativamente. Colocaron, pues, ante él un plato lleno de residuos y rebañaduras.

Quisiera que uno de esos filósofos bien alimentados y satisfechos, pero de sangre helada y corazón de acero, hubiera contemplado la horrible avidez con que Oliverio, impulsado por el hambre, devoró aquellos fríos manjares despreciados por un perro; y, aun más que eso, hubiera querido yo ver al filósofo en la misma situación que al muchacho ante aquellos restos de comida.

—¡Bueno!—exclamó la señora, que había mirado con repugnancia el manjar y con miedo el apetito mostrado por el chico.—¿Estás ya listo?

No viendo más que comer en la mesa, contestó Oliverio afirmativamente.

—Ahora vamos—añadió volviendo á la tienda.—Tú no pensarías dormir entre cajas de muerto, ¿eh? Pues poco importa que pensaras ó no. Ahí tienes que dormir. ¡Buenas noches!

Oliverio se acostó en un rincón, obedeciendo mansamente á su nueva dueña.

CAPÍTULO V

OLIVERIO SE REÚNE CON NUEVOS COMPAÑEROS: ASISTE Á UN FUNERAL, Y FORMA DESFAVORABLE CONCEPTO DE LA OCUPACIÓN DE SU AMO.

Un vivísimo sentimiento de terror y espanto invadió el ánimo de Oliverio, como hubiera acaecido á muchos otros, aun de bastante más edad que él, al quedarse solo en la tienda con el quinqué á media luz colocado sobre un banco de carpintero que había en un lado.

Una caja no terminada, galoneada de negro y que se hallaba en medio de la tienda, atraía sus miradas produciéndole pavorosa sensación, que se manifestaba por repetidos escalofríos: esperaba á cada instante ver surgir de ella algún ser fabuloso y horrible que con su presencia acabara de enloquecerle de terror. Á los lados, muchos ataúdes de diferentes formas y tamaños estaban apilados contra las paredes.

La tienda estaba cerrada y caliente; la atmósfera saturada del olor peculiar de las cajas de muerto; le pareció que se hallaba en una tumba.

No era el miedo el único sentimiento que embargaba á Oliverio al hallarse solo, en casa extraña y en tan tétrico lugar; acababa de ser trasladado de un sitio que había llegado á serle familiar, y los rostros de sus apreciados camaradas y los de las personas no queridas, pero bien recordadas, le perseguían haciéndole sentir en el corazón el peso de la ausencia. Así, entre la tristeza y el terror, Oliverio llegó á desear que su estrecho lecho fuera su ataúd y reposar tranquilo y en paz, de una vez para siempre, en el cementerio de la Parroquia, con los altos tallos de hierba balanceándose gentilmente sobre su cabeza, y las viejas y graves campanas arrullando su eterno sueño.

Oliverio fué despertado á la mañana siguiente por una fuerte patada dada en la puerta de la tienda. Antes de darle tiempo para ponerse sus vestidos, el de afuera repitió el llamamiento dando unas veinticinco coces seguidas á la puerta. Cuando principió á quitar la cadena, las piernas del impaciente descansaron y la lengua se desató.

—¡Abre la puerta!... ¿La abrirás al fin?...—dijo la voz perteneciente al hombre cuyas piernas habían acoceado la puerta.

—¡Voy en seguida, señor!—dijo Oliverio, quitando la cadena y dando vuelta á la llave.

—¿Eres tú el nuevo aprendiz, verdad?—preguntó la voz.

—Sí, señor—contestó Oliverio desde dentro.

—¿Cuántos años tienes?

—Diez, señor.

—Bueno; pues recibirás diez pescozones en cuanto estés á mi alcance, para enseñarte á moverte y á trabajar.

Tantas veces había sido sujeto á este tratamiento Oliverio, que la simple referencia bastó para recordarle el sabor de los golpes, asaltándole únicamente la pequeña duda de si los prometidos por el desconocido serían más recios, á juzgar por la voz. Tiró hacia dentro con temblorosa mano y abrió la puerta.

Durante un largo rato miró arriba y abajo de la calle, á todas partes, buscando al propietario de aquella voz amenazadora; pero no había nadie sino un muchacho inclusero, alto, sentado en un poste, enfrente de la casa y comiendo pan con manteca. Mordía un bocado, cortábalo con la navaja á raíz de la boca y comía con gran ligereza.

—Dispense usted—dijo Oliverio, viendo que no aparecía ninguna otra persona.—¿Fué usted el que llamó con el pie?

—Sí—contestó el inclusero.

—¿Quiere usted alguna caja de muerto?—preguntó Oliverio inocentemente.

El inclusero le miró con orgullo y le contestó que Oliverio tendría su ataúd antes de mucho, si se permitía gastar bromas con sus superiores.

—¿Tú no sabes quién soy yo, huérfano?

Y, mientras hablaba, bajóse del poste con magnífica dignidad.

—No, señor—repuso el chico.

—Yo soy el señor Noé Claypole—dijo el inclusero,—y tú estás bajo mis órdenes. ¡Quita los postigos, rufián!

Hablando así, el Sr. Noé Claypole administró un puntapié á Oliverio y entró en la tienda con edificante gravedad que, á su entender, le daba gran respetabilidad.

El inclusero era alto, cabezudo, de pequeños ojos que miraban con viveza juvenil, y de corpulenta armazón; añadiendo á estos personales atractivos un cutis amarillo y una nariz rojiza.

Al quitar los postigos Oliverio, rompió un vidrio; no podía manejar bien aquellos pesados tableros. Se dirigió muy afligido al sitio que debía ocupar en la tienda, durante el día, según la orden de Noé. Éste lo consoló dándole la seguridad de que «ya estaba roto». Poco después llegó el Sr. Sowerberry, y no tardó mucho más en llegar la señora. Oliverio siguió al joven Noé á la cocina para almorzar.

—Ponte cerca del fuego, Noé—dijo Carlota.—Te he guardado un pedazo de tocino del almuerzo del amo... Oliverio, cierra esa puerta á espaldas del señor Noé y coge esos pedazos de pan y esa taza de té: es tu desayuno. Y apresúrate para volver á la tienda. ¿Has oído?

—¿Has oído, expósito?—repitió Noé Claypole.

—¡Señor!... Pero, Noé—exclamó Carlota,—¿por qué no dejas en paz al muchacho?... ¡Qué criatura más extraña eres!...

—¡Dejar, dejar!...—repuso Noé.—¡Más dejado que está!... Ni su padre ni su madre se meterán nunca con él. Todos sus parientes le han dejado en paz, y á su suerte... ¿Eh, Carlota?... ¡Ja, ja, ja!...

—¡Oh, qué original es usted!...

Y ambos unieron sus carcajadas burlándose del pobre Oliverio Twist, que sentado en un cajón, en la parte más fría del cuarto, engullía las lonjas de pan duro empapadas en té que le habían dado para desayuno.

Noé era un inclusero, pero no un expósito; su mala suerte había querido que naciese de padres que, aunque vivían, lo hacían con tal miseria que tuvieron que darle á criar á la casa de expósitos. Su madre era ayudanta de lavandera; su padre, soldado con una pierna de palo, por lo cual gozaba de una *pensión* diaria de un real para él solo. Era un borrachón; y por eso, y por haber sido criado en la casa-asilo de expósitos, los muchachos de la vecindad y los de toda la Parroquia le saludaban á gritos en la calle con los epítetos de «pellejo» y de «inclusero»; epítetos que no hay que decir si le lastimaban, pero que dejaba sin respuesta. Así que, ahora que la fortuna le deparaba un huérfano sin apellidos á quien por su ruindad podría cubrir de oprobio, quería torturar á su víctima. Esto muestra lo que es capaz de hacer esa hermosa criatura que se llama ser racional y humano.

Oliverio llevaba ya en la tienda tres semanas ó un mes. Una noche, mientras cenaban en la trastienda, después de haber cerrado el establecimiento los señores Sowerberry, el marido, lanzando á su esposa buen número de expresivas miradas, murmuró:

—Querida mía...

Una mirada altanera de ella le detuvo en seco.

—¿Qué?—preguntó ásperamente.

—Nada, querida, nada.

—¡Uf!... ¡Qué brutal!

—No del todo, querida mía—dijo él humildemente.—Pensé que no querías escucharme... Quería decirte solamente...

—¡Oh! No me digas lo que ibas á decirme. Yo no soy nadie. No me consultes, te lo ruego: no necesito mezclarme en tus secretos.

Y al decir esto lanzó una carcajada histérica que alarmó al esposo.

—Pero, querida... yo quería pedirte consejo.

—No, no; no pidas el mío; pide el del primero que pase por la calle.

Y soltó otra risa histérica que asustó muchísimo al Sr. Sowerberry.

Es muy común en los matrimonios verse reducido el marido á suplicar que le otorguen como favor lo que la esposa arde en deseos de conceder. Al cabo, después de un altercado, que duró escasamente tres cuartos de hora, la señora dió á su esposo la venia para contarle lo que tenía grandísima curiosidad por saber.

—Es una cosa que se me ha ocurrido á propósito de ese muchácho, de Twist. Tiene buen aspecto ese chico, querida.

—¡Podía no tenerlo! ¡Así come éll!—replicó la dama.

—Esa expresión de melancolía que hay en su rostro, es muy interesante. Haría un delicioso mudo.

La Sra. Sowerberry le miró con expresión de considerable sorpresa; el Sr. Sowerberry pareció satisfecho, y antes de darle tiempo para hacer ninguna observación, prosiguió:

—No quiero decir un *mudo* para las personas mayores, sino solamente para uso de los niños. Sería muy atractivo tener un *mudo* en proporción con la edad del difunto, amor mío. Sería de un efecto soberbio; no lo dudes.

La Sra. Sowerberry, que tenía gran amor al negocio funerario, estaba muy entusiasmada con la novedad de la idea; pero como hubiera creído comprometida su dignidad de declararlo así, se limitó á preguntar mordazmente si hacía mucho tiempo que se le había ocurrido. El Sr. Sowerberry interpretó la pregunta como una aquiescencia á su proyecto, y quedó convenido que Oliverio sería inmediatamente iniciado en los secretos de la profesión, y á este efecto acompañaría á su amo en la primera ocasión en que fueran requeridos sus servicios.

No tardó mucho en presentarse. Media hora después de haberse desayunado la mañana siguiente, el Sr. Bumble entró en la tienda y, dejando su bastón sobre el mostrador, sacó de una carpeta de cuero unos papeles que entregó al Sr. Sowerberry.

—¡Ah!—dijo el agente funerario echando una rápida ojeada á los documentos.—¿Una orden para un ataúd, no es eso?

—Para un ataúd primero, y para un entierro y funeral después—dijo el Sr. Bumble.

—Bayton—leyó el dueño de la funeraria.—Nunca había oído ese nombre.

—¡Gente testaruda, Sr. Sowerberry; muy testaruda!—observó el muñidor meneando la cabeza.—Y envanecidos también por añadidura.

—¿Evanecidos también?—exclamó Sowerberry con figa.—¡Vamos, eso es ya demasiado!

—¡Oh! Es una enfermedad; una verdadera enfermedad!—replicó el muñidor.—¡Da grima y lástima!

—Así es—afirmó el funerario.

—No oí hablar de esa familia hasta anteanoche—

prosiguió el muñidor,—y lo único que supimos de ella fué que otra mujer que vive en la misma casa mandó un aviso á la Comisión parroquial pidiéndole que enviasen al médico para ver á una mujer que estaba muy mala. Había ido á comer fuera de casa nuestro médico, y el practicante les envió por de pronto cierta medicina en una botella negra. El practicante es mozo muy inteligente y estudioso.

—¡Ah! ¡Eso se llama previsión!

—Verdadera previsión—continuó el muñidor.—Pero ¿qué consecuencias ha tenido? ¿cuál ha sido la conducta de esos rebeldes, señor mío? Pues el marido envió á decir, devolviéndola, que no había solicitado nada su doliente esposa y que no tomaría aquello. Dijo que no la tomaría, señor; ¡que no la tomaría! Era una medicina buena, reconstituyente, saludable, que había sido administrada con resultado eficacísimo á dos trabajadores irlandeses y á un descargador de carbón no hace aún una semana. Y se les envió inútilmente, para nada, en una botella negra. ¡Y la devolvieron diciendo que no la tomaría!

Tal indignación producía en el Sr. Bumble este recuerdo, que golpeó el mostrador fuertemente con su bastón y enrojeció de cólera.

—¡Nunca lo hubiera creído!—dijo el de las pompas fúnebres.

—¿Verdad que no?—prosiguió el otro.—¡Si es increíble!... Nadie lo hubiera creído. Pero ahora la enferma ha muerto, y hemos conseguido enterrarla; y aquí está la orden. Ahora, cuanto más pronto, mejor.

Y diciendo esto poseído de febril y parroquial indignación, se encasquetó el sombrero de golpe, sin fijarse en que se lo ponía al revés, y salió de la tienda.

—Tan enojado estaba, Oliverio, que se ha olvidado hasta de preguntar por ti—dijo Sowerberry, siguiendo á Bumble con la vista.

—Sí señor—contestó Oliverio, que por prudente precaución había cuidado de ponerse fuera del alcance de su vista durante la visita, y que se estremecía de pies á cabeza al solo recuerdo del sonido de la voz de Bumble.

No necesitaba haberse tomado la molestia de ocultarse á las miradas del muñidor, porque había hecho tan fuerte impresión en el ánimo del respetable funcionario la predicción del caballero del chaleco blanco, que estaba satisfechísimo de que hubieran entregado el chico al dueño de la funeraria, librando por siete años á la Parroquia de sinsabores, preocupaciones y riesgos respecto al fatal fin de Oliverio.

—Bueno—dijo el señor Sowerberry cogiendo su sombrero:—cuanto más pronto hagamos este chapuz, mejor. Noé, cuida de la tienda; Oliverio, ponte la gorra, y ven conmigo.

El chico siguió á su amo en el cumplimiento de

su misión profesional. Ambos anduvieron un rato á través de varias calles de las más populosas y concurridas de la ciudad, y se metieron por un callejón estrecho, el más sombrío y miserable de cuantos habían atravesado hasta entonces, buscando la casa adonde iban. Las casas en ambos lados eran altas y grandes, pero muy viejas y habitadas por gentes de las más pobres; la mayoría de las tiendas estaban desalquiladas; algunas casas amenazaban hundirse á la doble pesadumbre de su edad proveya y de sus achaques, y tal cual había tenido que ser apuntalada para contener el derrumbamiento que amagaba; el arroyo estaba lleno de agua estancada y sucia; ratas hambrientas circulaban acá y allá.

Entraron en una de aquellas casas por un largo y oscuro zaguán. Oliverio no tenía mucho miedo, pero no se apartaba de su amo. Subieron las escaleras, y el Sr. Sowerberry llamó á una puerta, que fué luego abierta por una muchacha de trece ó catorce años. De una ojeada el Sr. Sowerberry vió que era aquélla la habitación adonde tenía que ir, y pasó adelante. Oliverio le siguió.

No había en el cuarto fuego; pero un hombre estaba melancólicamente inclinado sobre la estufa vacía, y una anciana, en un banquillo bajo sobre la tierra fría, hallábase sentada tras él.

Algunos muchachos harapientos hallábanse en un rincón, y frente á la puerta yacía en el suelo un bulto cubierto con un lienzo negro. En cuanto dirigió la mirada hacia aquel sitio, Oliverio se acercó instintivamente á su amo, comprendiendo, sin necesidad de largas explicaciones, que aquel bulto era un cadáver.

La faz del hombre era flaca y estaba muy pálida; su cabello y barba eran pardos; sus ojos estaban ensangrentados. El rostro de la mujer hallábase cubierto de arrugas; sus ojos eran vivos y penetrantes, y los dos dientes que le quedaban sobresalían por encima del labio superior. Las miradas de Oliverio vagaban temerosas del hombre á la vieja y de la vieja al hombre; le parecían dos ratas enormes, semejantes á las que acababa de ver en la calle.

—¡Que nadie se acerque á ella!—exclamó con altivez aquel individuo poniéndose de pie con arrogancia.—¡Cuidado!—añadió aproximándose al bulto.—¡Atrás, si no quiere usted perder la vida!...

—¡Bah, bah, tonterías, buen hombre; tonterías!—repuso tranquilamente el funerario, acostumbrado á todas las manifestaciones de la desesperación y la miseria.—¡Eso son bobadas!

—¡Le digo á usted—insistió el hombre cerrando los puños y pateando furioso el piso,—le digo á usted que no necesito á nadie para enterrarla! No puede permanecer ahí.—Los gusanos la despedazarán; pero no se la comerán; ¡está consumiéndose!

El agente funerario no se dignó responder con palabras, sino que, sacando del bolsillo una cinta, arrodillóse por un instante al lado del cadáver.

—¡Oh!—dijo el hombre deshaciéndose en lágrimas y cayendo de rodillas á los pies de la muerta.—¡De rodillas; de rodillas todos en redor de ella, y oid atentamente mis palabras!—¡Os digo que pereció de hambre y de frío! Nunca supe lo mala que estaba hasta que vino la calentura; y entonces no tenía más que huesos y pellejo. ¡No teníamos luz ni fuego! ¡Murió en la sombra, en la obscuridad, sin poder ver la cara de sus hijos que la llamaban! Yo mendigué por ella en las calles, y ellos me metieron en el Depósito! ¡Cuando volví, estaba moribunda, y toda la sangre se me heló en el corazón! ¡Ellos habían causado su muerte! ¡Lo juro ante Dios que lo vió! ¡Ellos la mataron.

Se llevó ambas manos á la cabeza como si quisiera arrancarse el pelo, dió un sordo grito, y rodó por el suelo con los ojos muy abiertos y echando espuumaraos por la boca.

Los niños, aterrados, lloraban amargamente. La vieja, que hasta entonces había permanecido tranquila é impasible, como del todo ajena á lo que sucedía, les impuso silencio. Luego, desatando la corbata del hombre, que permanecía extendido en el suelo, se acercó al de la funeraria.

—¡Era mi hija!—dijo dirigiendo la cabeza hacia el cadáver y hablando con loco desvarío, más impoente aún que la presencia de la muerte en aquel lugar.—¡Era mi hija! ¡Señor, Señor! Es extraño que yo, que la di á luz y que era una mujer entonces, esté aquí tranquila y alegre, y ella, tiesa ahí, tan fría y sin poderse mover. ¡Señor, Señor! ¡Cuidado que da qué pensar! ¡Si parece una comedia, una comedia!

La infortunada criatura lloraba y reía con tan horrible alegría, que hacía estremecer. El Sr. Sowerberry se volvió para irse.

—¡Espera, espera!—suspiró la vieja.—¿Cuándo la enterrarán? ¿Mañana, pasado mañana ó esta noche? Yo quiero ir al entierro; ya sabe que me conviene andar. Envíeme una gran capa, que abrigue bien, porque hace mucho frío. Beberemos vino y comeremos unas rosquillas también antes de irnos. ¡No importa! Mándame también pan, aunque sólo sea un pedazo de pan y un vaso de agua. ¿Me mandarás pan, amigo?—añadió cogiendo por la americana al funerario, que había intentado por segunda vez marcharse.

—¡Sí, sí, por supuesto! Todo como usted lo desea. Se desprendió de las garras de la vieja, y, empujando á Oliverio ante él, salió de la estancia.

El próximo día, ya más repuesta la familia por el envío de un gran pan y un buen pedazo de queso que

les llevó personalmente el Sr. Bumble, Oliverio y su amo volvieron á la miserable vivienda, encontrando en ella al muñidor con cuatro mozos del Asilo, que iban á transportar el féretro. Unas viejas capas negras habían sido entregadas al hombre y á la mujer para cubrir sus andrajos; y el ataúd, cargado á hombros de los mozos, salió al fin á la calle.

—Ahora, mueva usted las piernas, señora—murmuró Sowerberry al oído de la vieja.—Usted debe ir delante. No debemos hacer que aguarde el reverendo.

Y dirigiéndose á los portadores, añadió:

—Y vosotros á prisa, tan á prisa como queráis.

Así, los portadores del ataúd, trotando bajo su ligera carga, y los dos parientes de la difunta, siguiéndolos tan de cerca como les era posible, emprendieron el camino. Bumble y Sowerberry marchaban á un costado, con un poco más de calma, y Oliverio, cuyas piernas no eran tan largas como las de su amo, corría al lado de éste.

No había tanta necesidad de apresurarse como Sowerberry había manifestado; porque, cuando llegaron al sombrío rincón del cementerio en que crecían las ortigas y donde se abrían las sepulturas parroquiales, el cura no había llegado, y el sacristán, que estaba aguardándole junto al fuego en la sacristía, opinaba que no debía esperársele antes de una hora. Así, pues, llevaron el ataúd al borde de la tumba, y los dos que componían el duelo aguardaron pacientemente á la intemperie, aguantando la fría llovizna, mientras varios desarrapados muchachos jugaban por entre las tumbas saltando por encima de cruces y ataúdes. Sowerberry y Bumble, como amigos personales del sacristán, se quedaron junto á la estufa, leyendo el diario.

Por fin, transcurrido un lapso de tiempo de poco más de una hora, y mientras nuestros tres personajes contemplaban desde la puerta de la capilla la lluvia que caía sobre la fosa, llegó el clérigo, y se dirigieron hacia allá, poniéndose aquél la sobrepelliz por el camino. El muñidor apaleó á un chiquillo ó dos de los que jugaban en el lugar sagrado, para cubrir las apariencias y manifestar su celo, y el pastor, abriendo el libro, leyó del Oficio de Difuntos todo lo que se puede leer atropelladamente en unos cuatro minutos. Después, el reverendo entregó la sobrepelliz al sacristán y, poniéndose el sombrero, se alejó apresuradamente.

—¡Bueno, Guillermo!—ordenó Sowerberry al sepulturero.—¡Llena la sepultura!

No era larga ni difícil la tarea; era el último que se enterraba en aquella fosa, y había muy poca distancia desde el ataúd á flor de tierra. Lleno el hueco, el sepulturero igualó el piso á patadas, y se marchó con la pala al hombro y seguido de los mucha-

chos, que se quejaban de lo pronto que se había verificado el enterramiento.

—¡Venga, compañero; vámonos!—dijo Bumble tocando en el hombro al viudo.—Van á cerrar el cementerio.

El hombre, que no se había movido del sitio en que se colocó desde el primer instante, de pie, al lado de la sepultura, se volvió hacia el muñidor, dió dos ó tres pasos vacilantes y cayó desvanecido. La decrepita y alelada mujer, muy entretenida en sostenerse el abrigo para que el aire no la destapara, y agarrada del brazo del funerario, no advirtió el accidente de su yerno, á quien hicieron volver en sí rociándole el rostro con agua fría. Fuera del recinto y cerrada la verja, cada uno se fué por su lado.

—¿Qué te ha parecido, Oliverio?—preguntó el amo por el camino.

—Muy bien, gracias—contestó el muchacho.

Y tras un momento de titubeo, añadió:

—Es decir, no muy bien, señor.

—¡Bah! Ya te acostumbrarás con el tiempo; y en cuanto te acostumbres, no hallarás nada mejor, chiquillo.

Oliverio estuvo por preguntar si había tardado mucho tiempo su amo en acostumbrarse; pero le pareció prudente callar y entró en la tienda, pensando en todo lo que había visto y oído.

CAPÍTULO VI

OLIVERIO, HARTO DE LAS BURLAS GROSERAS DE NOÉ, SE REBELA Y HACE UNA DE LAS SUYAS QUE LLENA DE ASOMBRO Á TODOS.

La experiencia de un mes en una estación en que la mortandad, sobre todo infantil, era grande, época que comercialmente llamaban excelente sus amos, familiarizó bastante á Oliverio con el triste espectáculo de la muerte.

El éxito de la ingeniosa especulación del Sr. Sowerberry excedió á las más halagüeñas esperanzas. Los más viejos vecinos no recordaban un período de tiempo tan fatal para la infancia, y así eran muchas las procesiones fúnebres en que Oliverio iba á la cabeza con sombrero galoneado y con un lazo de crespón que le llegaba hasta más abajo de la columna vertebral, causando indescriptible asombro y emoción á todas las madres de la ciudad.

Oliverio acompañaba también á su amo en la mayoría de los entierros de adultos, con objeto de adquirir el hábito de organizar los cortejos fúnebres, y tenía ocasión de observar la entereza y resignación de mucha gente en esos momentos de prueba del temple de las almas: á la vez adquiría la experiencia de cómo había que tratar á todo el mundo.

No dejaba de ser agradable la contemplación de tan diversas escenas, y Oliverio las veía con admiración.

Que Oliverio fuera movido á la resignación por el ejemplo de aquellas buenas gentes, no osaré, aunque soy un biógrafo, afirmarlo; pero sí puedo asegurar que continuó durante muchos meses sometido á la dominación y malos tratos de Noé Claypole, que cada vez se ensañaba más con él, envidioso de verle con su pértiga negra y su sombrero de galones, á pesar de ser *el nuevo*, mientras él, *el antiguo*, permanecía estacionado, sin salir de su gorra artesana. Carlota le trataba mal por imitar á Noé, y la Sra. Sowerberry le trataba como á enemigo, porque el señor Sowerberry le trataba amistosamente. Así, entre los tres por un lado, y harto de servicios fúnebres por otro, hallábase Oliverio tan satisfecho como pudiera estarlo un cerdo encerrado por error en el granero de una cervecería.

Y ahora llegamos á un pasaje muy importante en la historia de Oliverio, pues voy á recordar un suceso que, aun cuando de escasa importancia aparente, produjo un cambio radical en su carácter y en su porvenir.

Cierto día habían bajado á la cocina Oliverio y Noé á la hora acostumbrada de la comida, para darse un banquete con un pequeño cuarto de carnero, una libra y media de la peor clase del cuello del animal, cuando Carlota fué enviada á un recado, y Noé, hambriento y corroído por la envidia, no encontró ocupación mejor para pasar el rato que martirizar á Oliverio Twits.

Principió su inocente diversión tirándole del pelo y de las orejas y expresando su opinión de que era un «arrastrado», y le anunció en seguida su intención de ir á verle ahorcar en cuanto el deseado suceso se efectuara, continuando con otras agudezas de semejante índole. Pero como ninguna de aquellas burlas groseras producía el efecto apetecido de hacer llorar á Oliverio, discurrió, para que no se menoscabara su gran reputación de verdugo, tocar otra cuerda en el piano del insulto.

—¡Oye, hospiciano! ¿Cómo está tu madre?

—Se ha muerto—respondió Oliverio.—¡No me digas nada de ella!

El muchacho enrojeció al decir esto, respiró fuerte, y tal temblor tenía en los labios y narices, que Noé tuvo por seguro que iba á romper á llorar. Bajo esta impresión volvió á la carga.

—¿Y de qué murió, expósito?

—Se le rompió el corazón, según me dijo una de nuestras viejas enfermeras—contestó Oliverio, más hablando consigo mismo que en respuesta á Noé. ¡Creo que sé lo que debe de ser una muerte de esa clase!

—¡Tra-la-ra-ra-la!—cantó burlonamente Noé al ver que sendas lágrimas se deslizaban por las mejillas de Oliverio.—Expósito, ¿quién te hace hacer pucheros ahora?

—Tú no—dijo el mocete apresurándose á limpiarse las lágrimas;—no vayas á creértelo.

—¡Ah! Yo no; ¿eh?—dijo con sorna Noé.

—No; tú no—replicó Oliverio vivamente.—¡Basta! Y no vuelvas á decirme nada más de ella; ¿lo oyes? Te valdrá más.



...y después de zarandearle con rabiosa violencia, le derribó...

—¿Me valdrá más?—exclamó Noé.—¡Está bueno! ¡Me valdrá más! ¡Expósito, no seas desvergonzado! Tu madre *también*... también lo era en grado superlativo... ¡Señor, Señor!

Y el perverso muchacho meneó la cabeza de un modo expresivo, y frunció el ceño haciendo una contracción de rostro todo lo que le permitieron su pequeña y colorada nariz y la flexibilidad de sus músculos faciales.

—Sabe, expósito—continuó Noé, envalentonado con el silencio del otro y con tono de afectada lástima, que es de todos los tonos el más mortificante;—sabe expósito, que ahora yo podría protegerla; en-

tonces no, y lo siento. Porque debes de saber que tu madre era una ramera.

—¿Qué has dicho?—preguntó Oliverio clavando los ojos vivamente en el rostro de su interlocutor.

—Que tu madre era una... *tia*—dijo Noé audazmente,—y que vale más que muriera cuando murió, pues de otro modo hubiera ido á parar á Bridewell (1) ó habría acabado en la horca. Eso digo.

No había concluido, cuando Oliverio, de pie, con el rostro carmíneo por el furor, derribando silla y mesa, había saltado al cuello de Noé, y después de zarandearle con rabiosa violencia, rechinando los dientes, le derribó pesadamente al suelo.

Un minuto antes, el muchacho estaba tranquilo y era objeto de desdén; pero el insulto cruel hecho á su difunta madre le enardeció en extremo haciendo hervir su sangre, y se transformó por completo al levantarse con el pecho oprimido, la mirada centelleante y en actitud furiosa, para precipitarse sobre su cobarde atormentador, entonces despavorido á sus pies, y atacarle con una energía de que no se le hubiera creído capaz.

—¡Al asesino!—gimoteaba Noé.—¡Carlota! ¡Señora! ¡Que me asesina el *nuevo*! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Oliverio se ha vuelto loco! ¡Socorro! ¡Carlota!

Las voces lastimeras de Noé fueron contestadas por un hondo grito lanzado por Carlota, y otro más hondo lanzado por la Sra. Sowerberry. La primera se precipitó en la cocina por un lado de la puerta; la otra se detuvo hasta convencerse de que su vida no corría peligro; entonces bajó.

—¡Eh, tú, granujilla!—chilló Carlota, agarrando á Oliverio con toda su fuerza, que era igual á la ordinaria de un hombre. ¡Tú, ingrátuelo, asesino, infame golfol...

Y, entre sílaba y sílaba, Carlota daba á Oliverio un revés con toda su alma y lanzaba un chillido á beneficio del público.

El puño de Carlota no parecía muy ligero; pero, con todo, no lograba aplacar la cólera de Oliverio ni separarle del afligido y amedrentado Noé. La señora Sowerberry acudió en socorro de la criada, y empezó á dibujar caprichosos dibujos con las uñas en el rostro de Twist, mientras tiraba de él con el otro brazo. En esta favorable situación Noé pudo al fin desembarazarse de su adversario; se levantó y le pegó unos cuantos palos atacándole por la espalda.

No era el violento ejercicio para mucho rato. Cuando se cansaron los tres, arrastraron á Oliverio, aporreado y acardenalado, pero no domado, al cuarto obscuro, especie de nicho, que servía de despensa, y por los agujeros de la puerta le contemplaron un

momento. Luego, la Sra. Sowerberry pidió una silla, se sentó en ella y rompió á llorar.

—¡Señor! ¡Se ha desmayado la señora! ¡Qué disgusto! ¡Noé, trae un vaso de agua, querido!—exclamó Carlota.—¡Apresúrate!

—¡Ah, Carlota!—dijo el ama de casa hablando lo mejor que podía, dada la deficiencia de su respiración y la abundancia de agua fría vertida por Noé sobre su cabeza para hacerle recobrar el sentido.—¡Ah, Carlota! ¡De buena hemos escapado! ¡Por milagro no hemos sido asesinadas en nuestro propio lecho!

—¡Un milagro ciertamente, señora!—fué la contestación.—Espero que esto enseñará al amo á no tener en su casa á ninguna de estas endemoniadas criaturas nacidas para ser asesinos y ladrones por no desmentir la casta. ¡Pobre Noé! Estaba casi muerto cuando llegué en su socorro.

—¡Pobre mozo!—dijo el ama mirando compasivamente al inclusero.

Noé, á quien Oliverio llegaba poco más arriba del estómago, se enjugó los ojos con el revés de la mano, y sollozaba de vez en cuando, mientras las dos mujeres le compadecían.

—¿Qué hacemos?—exclamó el ama.—El amo no está en casa; no hay un solo hombre aquí, y ese muchacho va á echar la puerta abajo en diez minutos.

Con efecto, las vigorosas coces que Oliverio daba en la puerta de su encierro hacían altamente probable la ocurrencia.

—¡Ay, ay! ¡No sé qué hacer!—¡Señora, este pobre Noé!... ¿No convendría enviar por el comisario de policía?

—¡Ó al cuerpo de guardia!—dijo Claypole.

—¡No, no!—replicó la Sra. Sowerberry, pensando en el antiguo *amigo* de Oliverio.—¡No, no; corre á buscar al Sr. Bumble, Noé, y dile que venga inmediatamente. ¡No pierdas un minuto! No hagas caso de la gorra; apresúrate. ¡Apriétate con un cuchillo el ojo amoratado mientras corres; eso evitará la hinchazón!

Noé no se detuvo á contestar y salió corriendo: la gente le miraba correr con asombro. Y no era para menos: un inclusero que corría atropelladamente por las calles sin gorra y con una navaja abierta, con la hoja apretada de plano sobre el ojo, no es cosa vulgar y corriente.

CAPÍTULO VII

EN EL CUAL SE VE QUE CONTINÚA LA REBELDÍA DE OLIVERIO

(1) Bridewell es una prisión correccional de mujeres que existe en Londres.

á la puerta del Asilo. Una vez allí, se detuvo un minuto ó dos para reanudar sus más fuertes sollozos y componer su rostro lo mejor posible, á fin de revelar tal terror que moviese á lástima, y llamó precipitadamente, como si le persiguieran para matarle.

—¿Qué puede haberle ocurrido á este muchacho?—se preguntó el anciano que acudió á abrir.

—¡El señor Bumble, el señor Bumble!—gritó Noé con voz tan fuerte, que no sólo se hizo oír del muñidor, algo duro de oído, sino que le alarmó de modo que le hizo acudir corriendo sin acordarse de encasquetarse el sombrero, curiosa y notable circunstancia que demuestra que hasta un muñidor, bajo el imperio de repentino y poderoso impulso, puede llegar á perder la cabeza momentáneamente y olvidarse de su dignidad personal.

—¡Oh, señor Bumble, señor!—dijo Noé fingiendo el mayor terror.—¡Oliverio, señor, Oliverio ha!...

—¿Qué, qué?—interrumpió el muñidor con un destello de gozo en sus tiernos ojos.—¿Se ha escapado, Noé?

—¡No, no señor; pero se ha vuelto furioso!—respondió el hospiciano.—¡Ha intentado asesinarme, señor, y ha intentado asesinar á Carlota, y también ha intentado asesinar á la dueña! ¡Oh qué terribles dolores! ¡Qué agonía! ¡Dispense, señor!

Y Noé se retorció y hacía contorsiones en todos sentidos, como si quisiera demostrar que Oliverio le había descoyuntado.

Cuando comprendió que estaba bastante conmovido el muñidor, quiso excitarle más, quejándose de sus heridas más fuerte que antes; y al ver al caballero del chaleco blanco atravesar el patio, gimió más trágicamente para atraerse su simpatía y excitar la indignación del importante personaje.

Con efecto, el respetable cofrade no tardó en acercarse preguntando la causa de aquellos estridentes aullidos, y la razón por qué no le administraba el muñidor algún correctivo para que cesara en sus lamentaciones ensordecedoras.

—Es un pobre chico de la escuela de caridad, que ha estado á punto de ser asesinado, ¡nada menos que asesinado!, por el joven Twist.

—¡Por Júpiter!—exclamó el caballero sorprendido.—No me extraña. Siempre supuse que ese audaz salvajillo acabará por ser ahorcado.

—Ha querido también asesinar á la criada—prosiguió Bumble, con el rostro casi lívido de susto.

—Y á su dueña—interrumpió Claypole.

—Y á su amo—añadió Bumble.

—No, al amo, no—rectificó Noé;—estaba ausente de casa. Á no ser por eso, le hubiera asesinado. Decía que quería matarle.

—¡Ah, ah!... ¿Ha dicho eso, muchacho?—preguntó el del chaleco blanco.

—Sí, señor; y la dueña dice que á ver si puede ir el señor Bumble para azotarle, á causa de que el amo se halla fuera.

—Sí, sí, chiquito, sí—dijo el señor del chaleco blanco, pasando la mano por la cabeza del inclusero, que era casi una pulgada más alto que él.—Tú eres un buen mozo, honrado y digno. Toma una perra para ti. Bumble, coja su bastón, váyase á casa de Sowerberry, vea lo que hay que hacer, y no tenga lástima.

—¡No, no la tendré!—respondió el muñidor, preparando un zurriago á todo evento.

—Diga á Sowerberry que no le guarde consideraciones, pues el único medio de sacar partido de él es sacudirle de firme—añadió el cofrade del chaleco blanco.

—No dejaré de decírselo, señor—respondió el muñidor; y, encasquetándose el sombrero y sin olvidar el instrumento flagelador, Bumble se dirigió apresuradamente, acompañado de Claypole, á casa del empresario de pompas fúnebres.

La situación continuaba igual. Sowerberry no había vuelto, y Oliverio continuaba dando vigorosos puntapiés á la puerta de su encierro. La relación de su ferocidad hecha por las dos mujeres puso en cuidado al muñidor, que juzgó prudente parlamentar antes de abrirle. Con este designio dió una coz á la puerta por vía de prelude, y luego, acercando la boca á la cerradura, dijo, ahuecando la voz para ver de aterrorizar al prisionero:

—¡¡Oliverio!!

—¡Vamos, abridme de una vez!—clamó Oliverio desde dentro.

—¿Conoces mi voz, Oliverio?—preguntó Bumble.

—¡Sí!—respondió breve y secamente el muchacho.

—¿Y no tiembla usted, señorito? ¿No se asusta usted de oírme?

—¡No!—repuso animosamente Oliverio.

Respuesta tan distinta de la que aguardaba, y á la que estaba acostumbrado, hizo estremecerse y titubear no poco al muñidor. Abandonó el agujero de la cerradura, se irguió majestuosamente y contempló de hito en hito á los tres testigos de esta escena mudos, como él, de asombro.

—Ya ve usted, Sr. Bumble, que debe estar loco—exclamó la Sra. Sowerberry.—Ningún chico ni aun medio razonable se atrevería á contestar á usted de ese modo.

—No es locura, señora—repuso Bumble después de algunos minutos de profunda meditación:—es la carne.

—¿Qué?—dijo la dama sorprendida.

—¡La carne, señora; la carne!—prosiguió Bumble con énfasis.—Le ha alimentado usted demasiado, opíparamente, señora, y eso le ha dotado de un

espíritu artificial, extraño á su condición, como diría la Comisión administrativa, señora, compuesta de prácticos y expertos filósofos. ¿Qué tienen que hacer los pobres con un alma y un espíritu? Bastante tienen con que dejemos vivir sus cuerpos. Si hubiera usted mantenido al chico con sémola, nunca hubiera sucedido eso.

—¡Oh Dios!—exclamó la Sra. Sowerberry alzando piadosamente los ojos al techo de la cocina.—¡He ahí lo que tiene ser generosa!

La generosidad de la Sra. Sowerberry con Oliverio se había reducido á prodigarle las sobras de todos; así que había por su parte una gran abnegación al quedarse sin protesta bajo el peso de la grave acusación de la cual, en estricta justicia, era enteramente inocente de pensamiento, palabra y obra.

—¡Ah!—prosiguió Bumble cuando la dama bajó de nuevo los ojos á la tierra.—Lo mejor que puede hacerse, lo único, á mi entender, conveniente, es dejarle en su encierro un día ó dos hasta que el hambre le amanse, y entonces sacarle y someterle al régimen de sémola durante su aprendizaje. Viene de mala familia, señora; descende de gentes coléricas, y tercas. Ambos, la asistente y el doctor, me han dicho que su madre, para llegar á esta ciudad, hizo una caminata que hubiera matado á cualquiera otra mujer sana: tantas fueron las fatigas y las dificultades con que luchó.

Al llegar Bumble á esta parte de su discurso, Oliverio, que oía lo suficiente para darse cuenta de que aludían de nuevo á su madre, anudó sus patadas á la puerta metiendo tal ruido, que hacía imposible á los circunstantes entenderse. En esto llegó Sowerberry, que entró sorprendido en la cocina. Le pusieron al corriente de lo sucedido, con todas las exageraciones que creyeron necesario para hacerle montar en cólera. En un abrir y cerrar de ojos franqueó la puerta y sacó de una oreja al aprendiz rebelde.

El traje de Oliverio había sido desgarrado en la lucha; su rostro estaba amoratado á trechos y arañado, y los cabellos en desorden le tapaban la frente. Su cólera no se había calmado, sin embargo, y cuando salió de su prisión lanzó á Noé una mirada amenazadora.

—¡Guapo mozo eres, por cierto!—dijo el amo, sacudiéndole y dándole un cachete.

—Ha dicho cosas de mi madre—contestó Oliverio.

—Bueno, y ¿qué, aunque haya dicho?—interrumpió la dueña.—¡Miserable ingrato! Por mucho que haya dicho, se habrá quedado corto.

—No.

—Sí; era una pécora—insistió la dama.

—¡Mentira!—replicó con enérgica indignación Oliverio.

—¡Ha dicho que miento!—gimió la Sra. Sowerberry, deshaciéndose en lágrimas.

Aquel copioso llanto no dejaba escape á Sowerberry. Si hubiera titubeado un instante en castigar severamente á Oliverio, hubiera sido, desde luego, obsequiado, como no lo dudará el lector, de acuerdo con las acostumbradas reyertas conyugales, con los epítetos de bruto, marido desnaturalizado, ser ridículo, despreciable criatura que sólo tenía de humano el rostro, y varios otros calificativos, tan numerosos que no cabe su mención en los límites de este capítulo.

Para hacerle justicia, debe hacerse constar que el hombre estaba muy bien dispuesto hacia el muchacho, hasta donde alcanzaban sus fuerzas, que no eran muchas: quizás obedecía esto á su interés comercial, acaso por el hecho de que su mujer le detestaba. Pero el torrente de lágrimas de su esposa no le dejaba resquicio alguno; en consecuencia, administró concienzudamente á Oliverio una corrección tal, que hasta la misma Sra. Sowerberry quedó satisfecha é hizo inútil é innecesaria la subsiguiente aplicación del palo parroquial.

Durante el resto del día estuvo encerrado á pan y agua en la despensa vacía, y por la noche, la propia señora, después de dirigirle á través de la puerta unas cuantas alusiones injuriosas para la memoria de su madre, con gran regocijo de Noé y de Carlota, abrió y le ordenó subir las escaleras y acostarse en el ataúd que le servía de lecho.

Abandonado á sí mismo en la tienda triste y silenciosa, Oliverio dió rienda suelta á sus sentimientos y á las reflexiones que le sugerían los malos tratamientos que durante el día había padecido. Había escuchado los sarcasmos con desdén; había sufrido los golpes sin quejarse; sintiendo desarrollarse en su corazón infantil el orgullo que le impedía proferir una sola queja, aunque hubiera sido quemado vivo.

Pero, cuando nadie podía verle ni escucharle, se puso de rodillas en el suelo y, tapándose la cara con las manos, vertió tantas y tan amargas lágrimas, que debemos pedir á Dios, en gracia y honor de nuestra naturaleza, que no permita que ningún niño de su edad pueda verterlas nunca.

Por mucho rato permaneció en aquella actitud. La vela de sebo se había consumido sobre el banco cuando se puso en pie. Después de mirar con precaución á todos lados y de escuchar atentamente, descorrió suavemente los cerrojos de la puerta y miró á la parte de afuera.

La noche estaba fría y sombría; las estrellas parecían, á los ojos del muchacho, mucho más distantes de la Tierra de lo que nunca las había visto. No hacía viento, y las sombras que los árboles proyectaban parecían por su movilidad sepulcrales y fune-

rarías. Volvió á cerrar la puerta sin ruido, y habiéndose acurrucado en su lúgubre lecho y aprovechando los últimos resplandores de la vela, aguardó la llegada del día.

Cuando la primera claridad del crepúsculo hirió sus infantiles pupilas, Oliverio se levantó y de nuevo recorrió los cerrojos. Lanzó una tímida mirada en derredor y, después de un momento de vacilación, empujó la puerta y se encontró en la calle.

Miró á derecha é izquierda, indeciso acerca del camino por donde escaparía; recordó haber visto las carretas remontar penosamente la colina al salir de la ciudad, y siguió la misma dirección, y á campo-traviesa llegó á un sendero que sabía se cruzaba con la carretera; se metió por él y caminó á prisa.

Mientras andaba, fué recordando perfectamente que había pasado por allí, trotando al lado del señor Bumble, cuando le trasladaron al Asilo desde la granja donde se había criado. El camino pasaba por delante de aquella casa. Su corazón palpité vivamente al recordarlo, y estuvo tentado de volver atrás; pero había andado ya mucho: perdería un tiempo precioso. Además, era tan temprano, que parecían escasísimas las probabilidades de ser visto. Siguió, pues, adelante.

Llegó al Asilo. No había indicios de que estuvieran en pie sus inquilinos. Oliverio se detuvo, y miró dentro del jardín. Un niño estaba limpiando de malas hierbas uno de los cuadros; al levantar su cabecita, le reconoció el caminante: era uno de sus antiguos compañeros, á quien se alegraba mucho de ver antes de marchar hacia lo desconocido, porque, aunque más joven que él, habían sido amigos y camaradas de juegos. ¡Habían sufrido tantas veces juntos hambre, golpes y encierros!

—¡Eh, Ricardillo!—susurró Oliverio cuando ya el niño corría hacia él con los brazos abiertos, y metiéndolos por entre los hierros de la verja.—¿Están ya levantados?

—No; sólo yo—respondió el niño.

—No digas que me has visto, Ricardito—añadió Oliverio.—Me zurren y me maltratan, y me escapo. Me voy á buscar fortuna; me voy lejos; tan lejos, que no sé adónde iré. Pero ¡qué pálido estás!

—He oído decir al médico que voy á morirme—replicó Ricardo con una ligera sonrisa.—Me alegro mucho de verte; pero, ¡no te detengas! ¡No te detengas!

—Sí, sí; he querido decirte «hasta la vista». Bueno. Hemos de volver á vernos; te veré de nuevo, Cardo: yo sé que te veré; y que te hallaré bueno y sano.

—Estaré bien cuando me muera y no antes. El médico tiene razón, Oliverio; hace tiempo que sueño mucho con el Cielo y los ángeles y veo rostros

bondadosos y bellos que no encuentro cuando me despierto. ¡Bésame!—añadió el niño trepando por la puerta y echando los brazos al cuello de Oliverio. Hasta que nos veamos, querido. ¡Que Dios te guíe y ampare!...

Esta bendición salía de la boca de un niño, pero era la primera que hasta entonces había oído Oliverio invocar á favor suyo; y á través de las vicisitudes, privaciones, sufrimientos y trabajos de su vida conservó siempre vivo recuerdo de ella.

CAPÍTULO VIII

DEL SINGULAR JOVEN QUE ENCONTRÓ EN EL CAMINO DE LONDRES OLIVERIO TWIST

Eran las ocho cuando Oliverio llegó á la carretera. Aunque se hallaba á más de cinco millas de la ciudad, temiendo que le persiguieran y le atrapasen, corrió un buen rato, y se ocultaba tras los setos de cuando en cuando hasta llegar el medio día, á cuya hora se sentó en un poste para descansar, y por primera vez se puso á reflexionar á qué parte le vendría más ir para tratar de ganarse la vida.

El poste en el cual reposaba indicaba en gruesos caracteres que estaba á setenta millas de Londres, y el nombre de esta capital despertó en la mente del muchacho una nueva sucesión de ideas. ¡Si fuera allá, en aquella inmensa ciudad, nadie, ni el mismo Sr. Bumble, podría descubrir su paradero!—Había oído decir más de una vez á varios viejos en el Asilo que un mozo de talento no carecía de nada en Londres, que hay en la gran ciudad medios de vivir que no son conocidos ni remotamente en las provincias. Aquél era, pues, el lugar que convenía á un muchacho sin casa ni hogar, destinado á morir en la calle si no le socorrian. Pensando así, se levantó y continuó su marcha.

Anduvo todavía otras cuatro millas: se detuvo de nuevo para descansar y reflexionar acerca de los medios para llegar á Londres. Llevaba en el pañuelo un pedazo de pan, una camisa vieja y dos pares de medias; en el bolsillo, una moneda que le había dado su amo después de un entierro, en el que había llamado extraordinariamente la atención. Bien poco era, en verdad. Una camisa mala, dos pares de medias rotas, un zoquete de pan y diez céntimos de peseta eran menguados recursos para caminar sesenta y cinco millas en pleno invierno.

Hizo todavía veinte millas de jornada sin tomar otra cosa que el pedazo de pan duro y algunos vasos de agua que pidió por el camino. Al llegar la noche se metió en un prado, y durmió hasta la mañana siguiente de un sueño, á causa del ejercicio hecho.

Al despertar se sintió aterido de frío, y estaba tan

hambriento, que en el primer pueblo que atravesó compró un panecillo, que engulló ávidamente. Aquel día sólo anduvo doce millas. Al otro día, con los pies hinchados, las piernas ateridas, cansado y hambriento, casi no podía dar un paso. En la mayoría de los pueblos estaba prohibida la mendicidad; de las puertas de las alquerías y quintas, donde se situaba sin hablar esperando que se apiadaran de él, le arrojaban, sospechando que proyectaba alguna ratería; si mendigaba por el camino á la puerta de alguna casa de labor, nueve veces de cada diez le amenazaban con soltarle el perro.

Seguramente, á no ser por el buen corazón de una guardabarrera y las bondades de una señora anciana, las penalidades de Oliverio hubieran tenido el término fatal que las de su madre; es decir, que hubiera perecido en la carretera. Pero la guardabarrera se compadeció de él y le dió un buen pedazo de queso, y la anciana, cuyo nieto había naufragado y erraba por lejanos países, dió al muchacho todo lo que tenía, y además le obsequió con palabras tan afectuosas y tan dulces, que confortaron su alma é hicieron palpitar de ternura su corazón.

En la mañana del séptimo día de la partida de su ciudad natal llegó Oliverio á Barnet al amanecer y cuando aun las tiendas estaban todas cerradas y las calles desiertas. Poco á poco fué dando la pequeña ciudad señales de vida. Los trabajadores comenzaron á desfilar; algunos se paraban á contemplar á Oliverio, que estaba sentado junto á un guarda cantón, cubierto de polvo y con los pies lastimados, inmóvil y silencioso, sin atreverse á mendigar; pero nadie se acercaba á preguntarle qué le ocurría. Las tiendas comenzaron á abrirse; el Sol se mostraba radiante.

Sacóle de su abstracción la presencia de un chico de su edad que, después de pasar ante él de largo, había vuelto y le contemplaba con interés. Al ver que Oliverio le contemplaba también, atravesó la calle, se acercó á Twist y le dijo:

—¡Hola, camarada! ¿Qué hacemos?

Era el preguntante el más singular individuo que en su vida había visto Oliverio; tenía la nariz reman-gada, la frente plana, las facciones bastante vulgares, y el exterior más cochino que podía imaginarse, lo que no le impedía darse tono. De estatura pequeña, estevado, de ojos feísimos, llevaba una chaqueta que le llegaba á los talones, con las mangas vueltas hasta el codo para poder sacar las manos y meterlas en los bolsillos de su pantalón de pana, como en aquel momento las llevaba; su sombrero parecía tan inseguro en su cabeza que creía uno se le iba á caer á cada instante, y así hubiera sido á no sostenerlo dándose de vez en cuando un golpecito con la mano para adherirlo á la coronilla.

—¡Hola, camarada! ¿Qué tenemos?—preguntó el singular caballerete á Oliverio.

—Mucha hambre y cansancio—respondió Oliverio con lágrimas en los ojos.—He hecho un largo trayecto; hace siete días que camino.

—¡Siete días de marcha! ¡Ah, comprendo! Viajas por disposición del ordinario. Pero—añadió viendo el gesto de extrañeza de Oliverio—veo que no sabes lo que es el ordinario, camarada.

Oliverio repuso que él sabía sólo que una cosa ordinaria era una cosa barata.

—¡Qué inocente!—replicó el caballerito.—Un ordinario es un juez! ¿Has dado vueltas á la noria?

—¿Qué noria?—preguntó Oliverio.

—¡Bueno, bueno! Tienes necesidad de pitanza, y la tendrás. Eso es lo principal. Ven conmigo. La bolsa no está muy repleta; pero mientras dure el parné, durará. ¡Vamos; pon de punta los huesos! ¡Así!

El joven ayudó á Oliverio á levantarse, le llevó á una tienda, donde compró pan, un pan de dos libras, y jamón; hizo en el pan un agujero, metiendo en él el jamón para que no se ensuciara de polvo, y, colocándolo bajo el brazo, entró con su camarada en una taberna, donde se sentaron á una mesa y pidieron un vaso de cerveza. El misterioso personaje invitó á su nuevo amigo, y éste se precipitó sobre los manjares, engulléndolos con singular fruición. El otro le contemplaba atentamente.

—¿Vas á Londres?—preguntó cuando acabó su festín.

—Sí.

—¿Tienes casa?

—No.

—¿Y dinero?

—No.

El singular mocito se puso á silbar, y se metió las manos en los bolsillos del pantalón todo lo que se lo permitían sus largas y anchas mangas.

—¿Vives en Londres?—preguntó á su vez Oliverio.

—Sí; cuando estoy en mi casa—respondió el mozo.—Tú tendrás necesidad de una posada para pasar la noche; ¿verdad?

—¡Ya lo creo!—contestó Oliverio.—No he dormido bajo techado desde que salí de mi pueblo.

—No te apures por tan poco—replicó el caballerete.—Tengo que estar allá esta noche, y conozco un respetable anciano que te alojará por nada, con tal que te presente en su casa alguno de sus amigos. ¿Y acaso no lo soy yo? No; pero no importa: como si lo fuera.

El caballerete sonrió, dando á entender que sus últimas palabras eran irónicas; luego, se bebió el resto de su cerveza.

Este ofrecimiento era demasiado tentador para ser

rehusado; especialmente por la subsiguiente seguridad que se le dió de que el caballero aludido le proporcionaría también un buen empleo sin pérdida de tiempo. Esto dió motivo á un diálogo más amistoso y confidencial, por el cual supo Oliverio que su compañero se llamaba Juan Dawkins y que era el favorito entre los protegidos por el anciano de Londres.

El aspecto del Sr. Dawkins no hablaba mucho en favor de las ventajas que le procuraba la protección; pero como por su charla parecía un muchacho disipado y aturdido y dijo que sus compañeros le llamaban todos por el apodo de «el Sutil Tramposo», no dudó que Juan era un mozo incorregible en cuyo ánimo no hacían mella los consejos y advertencias morales de su bienhechor. Creyéndolo así, estaba resuelto á hacer cuanto le fuese dado para merecer la estimación y el aprecio del anciano, y hasta á renunciar al trato del *Tramposo*, si éste, como lo sospechaba ya, era indócil y rebelde.

Juan no quiso entrar en Londres hasta que no fué bien de noche. Cerca de las once llegaron á la barrera de Islington; pasaron por la calle de San Juan, bajaron hasta el teatro de Sadlerwell, atravesaron la calle de Exmouth, pasaron ante el Asilo de Mendigos y llegaron á Saffrou Hill, que franqueó el *Tramposo* con rápido paso, recomendando á su compañero que le siguiera de cerca.

Aunque Oliverio tenía bastante con no perder de vista á su guía, permitíase de vez en cuando echar rápidas miradas á un lado y otro. Nunca había visto lugares más sucios y miserables; calles estrechas, húmedas, infectas; tiendas como cuevas, de donde salían gritos de chiquillos, á pesar de la hora avanzada de la noche. Las únicas que parecían animadas eran las tabernas, en las cuales se oía disputar á gritos á irlandeses de la hez del pueblo.

Llegados al extremo de la calle, su guía le cogió por el brazo, empujó la puerta de una casa próxima á Field Lane, le hizo pasar adelante y cerró tras ellos.

—¿Quién?—preguntó una voz, en respuesta á un silbido del *Tramposo*.

—*Plummy Omd Slam*—fué la respuesta.

Esto parecía ser una seña convenida para indicar que todo iba bien, porque el débil resplandor de una vela esclareció el fondo del pasaje, y se vió aparecer á ras del suelo una cabeza, detrás de la cual se distinguía la barandilla de una escalera.

—Sois dos—dijo el hombre levantando la vela y haciendo con la mano pantalla para ver al otro.—¿Quién te acompaña?

—Un nuevo recluta—contestó Juan haciendo adelantar á Oliverio.

—¿De dónde viene?

—Del Limbo, la mansión de los inocentes. ¿Está arriba Fagin?

—Arriba está, arreglando los pañuelos. Subid.

La vela y la cabeza desaparecieron. Oliverio siguió á su compañero, que le tenía fuertemente sujeta una mano, á través de las tinieblas y tan aprisa como le era posible, tanteando con la otra cual si pretendiera orientarse ó tuviera miedo de caer. El guía empujó una puerta, y entraron ambos en una cocina grande, cuyas paredes y techo estaban negros por el tiempo y la falta de limpieza. Ante la chimenea había una mesa de pino, y en ella una vela de sebo metida en el cuello de una botella de licor, dos ó tres ollas de hierro, pan, manteca y un plato. En una sartén freíanse salchichas, y cerca de la sartén había un judío viejo con un tenedor en la mano, y el rostro cubierto de arrugas, de facciones innobles, medio cubiertas por espesas greñas rojas, vestido con una bata de franela sucia, y que dividía su atención entre las salchichas de la sartén y una cuerda de la cual pendían muchos pañuelos de seda. Varias camas hechas con sacos hallábanse dispuestas juntas en el suelo, y alrededor de la mesa cuatro ó cinco chicos de la edad de Juan fumaban sus pipas, bebían licores y se daban tono de hombres hechos y derechos. Rodearon á su compañero, que dijo al judío algunas palabras en voz baja, y se volvieron riendo hacia el desconocido, lo mismo que el hebreo, que no abandonaba su tenedor.

—Os presento á mi amigo Oliverio Twist—dijo Juan Dawkins.

El judío sonrió, saludó al recién llegado, le estrechó la mano y le dijo que tendría mucho gusto en trabar más amplio conocimiento con él. Los chiquillos se apresuraron á darle sendos y fuertes apretones de manos, que hicieron caer al suelo su equipaje; uno le desembarazó obsequiosamente de su gorra, otro le vació galantemente los bolsillos, en atención á lo cansado que llegaba y para evitarle trabajo... La amabilidad de los muchachos no se hubiera sin duda limitado á esto, á no intervenir el judío prodigando golpes con el mango del tenedor en la cabeza y hombros de sus pequeños y traviesos huéspedes.

—Nos alegramos mucho de verte, Oliverio—dijo el hombre.—*Tramposo*, saca del fuego las salchichas y acerca una banqueta para que se siente tu amigo... ¡Ah! ¿Miras con sorpresa los pañuelos? Es una buena colección, ¿verdad? Pues acabamos de prepararlos para meterlos en la colada. Por eso están ahí colgados, Oliverio... ¡Ja, ja, ja!

Las últimas palabras del hebreo hicieron estallar de risa á los granujillas. Después se pusieron á cenar. Oliverio comió su parte; luego el judío le echó en un vaso un ponche de ginebra, y le recomendó que se

lo bebiera de un trago para desocupar el vaso, á fin de dar de beber á otro compañero. El chiquillo obedió, y muy pronto sintió que le transportaban sobre un lecho de arpilleras, en el cual quedó profundamente dormido.

CAPÍTULO IX

EN EL QUE SE DAN PORMENORES ACERCA DEL AGRA-
DABLE ANCIANO Y DE SUS VENTUROSOS DISCÍPULOS.

Era ya bastante tarde cuando á la mañana siguiente despertó Oliverio de su profundo y largo sueño. Solamente el viejo judío hallábase con él en la estancia, y preparaba el café para el desayuno. De vez en cuando dejaba de revolver con la cuchara de estaño el líquido para ponerse á escuchar, y, luego que se convencía de que todo estaba tranquilo, continuaba moviendo el café y silbando bajito.

Aunque no dormía ya, no se hallaba Oliverio completamente despierto, sino en ese estado de sopor, entre el reposo y la vigilia, en el cual se sueña en cinco minutos más de lo que se soñaría en cinco noches, con los ojos cerrados á medias y con una semi-inconsciencia de lo que sucede alrededor. Veía al judío, le oía silbar y revolver el café con la cuchara, y, sin embargo, su pensamiento estaba muy lejos de aquel sitio; su espíritu volaba hacia lo pasado, acercándose á los seres á quienes había conocido.

Cuando hubo hecho el café, el judío retiró la cacerola del fuego, y permaneció en actitud indecisa durante algunos minutos; luego llamó á Oliverio no muy fuerte, como para convencerse de que estaba dormido, como parecía. No obtuvo respuesta.

Después de asegurarse de ello, el judío se dirigió sin ruido hasta la puerta, y la cerró; luego sacó de una trampa hecha en el suelo—por lo que pudo ver Oliverio—una cajita que colocó cuidadosamente en la mesa; sus ojos brillaban fulgurantes cuando, levantada la tapa, echó una ojeada al interior. Aproximó una silla á la mesa, se sentó, y sacó de la cajita un magnífico reloj de oro con incrustaciones de brillantes y otras piedras preciosas.

—¡Ah, ah!—exclamó el judío encogiéndose de hombros y contrayendo el rostro una horrorosa sonrisa. ¡Excelentes perros! ¡Admirables perros! ¡Firmes hasta lo último! No quisieron decir ni al viejo pastor dónde tenían la perrera. ¡No vendieron al viejo Fagin! ¿Y por qué habían de haberme hecho traición? ¿Acaso hubieran podido librarse del nudo corredizo que tenían al cuello? No, no; ni un minuto siquiera. ¡Buenos muchachos, excelentes camaradas!...

Con estas y otras reflexiones parecidas, el judío

volvió el reloj á la caja; sacó sucesivamente otra media docena de relojes soberbios, que contempló con la misma fruición, y luego, sortijas, brazaletes, pendientes, alhajas de todas clases, preciosas, valiosísimas y de un trabajo exquisito; preciosidades que Oliverio no conocía ni de nombre.

Por último sacó un objeto que debía de tener una inscripción que en vano intentó descifrar; objeto que Oliverio no pudo ver porque el viejo lo tenía en el hueco de la mano. Al cabo lo volvió también á la cajita, y continuó murmurando sus reflexiones:

—¡Ah, ah! ¡Buenos perros, excelentes camaradas! Cinco colgados á la misma cuerda. ¡Qué gran seguridad para el comercio! ¡Y ni uno solo de los cinco cobarde; ni uno solo ha descubierto la madriguera del viejo Fagin!

Al decir esto fijó su mirada casualmente sobre los sacos que servían de lecho á los muchachos, y descubrió á Oliverio que le miraba con los ojos muy abiertos.

El viejo comprendió instantáneamente que había sido observado; cerró de golpe la caja dejando caer la tapa, y, cogiendo un cuchillo que había encima de la mesa, se puso en pie furioso. Tan tembloroso estaba, que, á pesar de su miedo, Oliverio observó que el arma oscilaba en el aire.

—¿Qué es eso? ¿Por qué me espías? ¿Estabas despierto? ¿Qué has visto? ¡Habla; habla pronto; te va en ello la vida!...

—No he podido dormir más, señor—contestó Oliverio dulcemente,—y siento mucho haber enojado á usted.

—¿No estabas despierto hace una hora?—preguntó el hombre amenazador y terrible.

—No por cierto—respondió Oliverio.

—¿Estás seguro?—tornó á interrogar con mirada siniestra y trágica actitud.

—Palabra que no estaba despierto, señor—insistió el muchacho vivamente;—se lo aseguro á usted.

—¡Ta, ta, ta! ¡Bueno; bueno, querido!—replicó el judío reponiéndose inmediatamente y jugando un poco con el cuchillo antes de dejarlo en la mesa, como para hacer creer que lo había cogido maquinalmente.—Por supuesto, ya lo sé; no lo dudo, querido. Traté sólo de asustarte por divertirme un rato. Eres un mocito valiente, Oliverio. ¡Ja, ja! Eres valiente, valiente.—El judío se frotó las manos ruidosamente y riendo; pero, sin embargo, echó á la caja una mirada inquieta.—¿Has visto—prosiguió después de una corta pausa—alguno de esos preciosos objetos?

—Sí, señor—respondió Oliverio.

—¡Ah!—dijo el judío palideciendo intensamente.—Estas... estas... cosas son mías, Oliverio; constituyen mi pequeña propiedad. Todo lo que tengo para

vivir cuando sea viejo... Las gentes me llaman avaro, querido; pero no tengo más que eso.

Oliverio pensó que, en efecto, debía de ser un avaro para vivir tan miserablemente teniendo tantos relojes; pero reflexionó que acaso le costaría muy caro mantener al *Sutil Tramposo* y á los otros muchachos; miró, pues, al judío con aire respetuoso y le preguntó si podía levantarse.

—¡Ciertamente, querido! ¡Ya lo creo!—respondió él.—Mira en el rincón; detrás de la puerta hay un cubo con agua; tráelo y yo te daré una jofaina para que te laves.

Oliverio obedeció, y, cuando volvió con el cubo, la cajita había desaparecido. Apenas había concluido de lavarse y de poner todo en orden, vaciando la jofaina por la ventana, de orden del judío, cuando entró el *Tramposo*, escoltado por un camarada de los que la noche anterior había visto Oliverio fumando, y á quien le presentaron con el nombre de Carlos Bates. Los cuatro se sentaron á la mesa y tomaron el desayuno, consistente en café, pan y unos trozos de jamón que Juan sacó del fondo de su sombrero.

—Bueno—dijo el judío mirando maliciosamente á Oliverio y dirigiéndose al *Tramposo*.—Supongo que habréis ido á trabajar por la mañana, queridos míos.

—Y el trabajo ha sido duro—dijo el *Tramposo*.

—Trabajoso y difícil—añadió Carlos Bates.

—¡Buenos muchachos, buenos muchachos!—exclamó el hebreo.—¿Qué traes, *Tramposo*?

—Dos carteras—respondió el joven.

—¿Gruesas?

—¡Así, así!—repuso el interpelado, sacando las carteras: una verde y otra roja.

—No son tan pesadas como podrían serlo—dijo el judío examinándolas interiormente,—pero están muy bien hechas y acabaditas. ¡Buen carterista! ¿No es cierto, Oliverio?

—Sí señor; están muy bien hechas—contestó Oliverio; respuesta que hizo reír á Carlos hasta desterullarse, con gran asombro de Oliverio, que no veía que hubiera pasado nada digno de risa.

—¿Y tú, querido?—preguntó Fagin á Carlos.

—Pañuelos—contestó el señorito Bates; y sacó cuatro del bolsillo.

—Bueno—dijo el judío, examinándolos minuciosamente.—Son buenos; pero los has marcado mal, y tendremos que quitar las marcas con una aguja. Enseñaremos á Oliverio á hacerlo. Te enseñaremos, Oliverio; ¿eh?

—Como usted guste, señor.

—Yo creo que desearás ser tan hábil como Carlos para hacer un pañuelo; ¿verdad, Oliverio?

—¡Ya lo creo! Y espero serlo si usted me enseña, señor—exclamó Oliverio.

Al señorito Bates le regocijó de tal modo esta res-

puesta, que soltó de nuevo la carcajada; pero tuvo que contenerse para tragar su café, y murmuró, como disculpándose de su impolítica hilaridad:

—¡Es de una candidez tan hermosa!...

El *Tramposo* no dijo una palabra; pero pasó una mano por la cabeza de Oliverio, despeinándole cariñosamente y tapándole la frente con los cabellos. Luego añadió que no tardaría mucho su amigo en ponerse al corriente. El viejo, observando que el rubor teñía las facciones de Oliverio, cambió de conversación y preguntó si había asistido mucha gente á la ejecución de aquella mañana. El muchacho se maravilló más y más, pues era evidente por las respuestas que ambos habían asistido, y no comprendía, naturalmente, cómo habían trabajado tanto y les había cundido tanto el tiempo.

Cuando terminaron el almuerzo, el alegre caballero y los dos chicos entregáronse á un juego extraordinario y curiosísimo, que era el siguiente: el regocijado anciano metió su tabaquera en un bolsillo del pantalón, un tarjetero en otro, el reloj en uno del chaleco, con una cadena de seguridad que le rodeaba el cuello; puso clavado en su corbata un alfiler de piedras falsas, se abrochó la levita y, metiéndose el pañuelo y la caja de los anteojos en el bolsillo de los faldones y en el superior respectivamente de dicha prenda, comenzó á pasearse por la estancia, afectando las maneras de uno de los caballeros que se ven á cada instante en las calles. Tan pronto se detenía ante el fogón, ya ante la puerta, bien ante la ventana, como si contemplara escaparates de diversos establecimientos. Á veces paseaba en torno suyo miradas investigadoras, como si recelase de los rateros, y se palpaba los bolsillos para asegurarse de que no le faltaba nada, tan cómicamente, que Oliverio reía hasta saltársele las lágrimas. Los dos galopines le seguían de cerca, escabulléndose como por ensalmo cuando el caballero miraba alrededor, con tal ligereza, que era imposible seguir sus movimientos. Al fin el *Tramposo* se metió entre sus piernas, y le pisó, mientras el otro le tropezaba por detrás, y en un abrir y cerrar de ojos, caja de rapé, tarjetero, pañuelo, alfiler, reloj, cadena de seguridad, todo, hasta la caja de los anteojos, desapareció con rapidez extraordinaria. Si el viejo había sentido una mano en alguno de sus bolsillos, decía en cuál y volvían á principiar el juego.

Habían jugado un buen rato, cuando dos jóvenes damitas vinieron á visitar á los dos caballeros: una se llamaba Isabel, y otra Ana. Ambas iban despeinadas y mal calzadas. No se podía decir que fueran hermosas; pero tenían excelentes colores y aspecto resuelto. Como sus maneras eran desenvueltas y agradables, Oliverio calculó que debían de ser muy amables. Y no hay duda que lo eran.

Quejáronse las damiselas al poco rato de tener la garganta seca, y las obsequiaron con licores; al fin, después de un buen rato de conversación, Bates manifestó impaciencia y se fueron los cuatro, no sin dar antes á los muchachos algún dinero el bondadoso judío.

—No es muy desagradable esta vida; ¿verdad?—preguntó Fagin á Oliverio.—Ya tienen todo el día por suyo.

—¿Acabaron ya su trabajo?—interrogó asombrado Oliverio.

—Sí; á menos que hallen por casualidad algo que hacer por el camino, lo cual no desaprovecharían, seguramente. Tómalos por modelo, querido mío, tómalos por modelo—añadió dando un pañuelo en el hogar para prestar mayor fuerza á su consejo.—Haz lo que te digan, obedécelos en todo, y especialmente al *Tramposo*. ¡Oh! ¡Será un gran hombre!—¿Está la punta de mi pañuelo fuera del bolsillo, querido?—exclamó de pronto.

—Sí señor.

—Procura sacármelo sin que yo lo sienta, como hacían ellos cuando jugábamos esta mañana.

Oliverio cogió con la una mano el borde del bolsillo, tiró de él ligeramente, como había visto hacer al *Tramposo*, y se apoderó con la otra del pañuelo.

—¿Está ya?

—Aquí lo tiene usted.

—Eres un muchacho muy listo é inteligente, querido—dijo el viejo pasando la mano por la cabeza del chico.—No he visto nunca un mozo más despierto. ¡Toma; toma un chelín para tí! Si continuas así, llegarás muy alto. Ahora ven y te enseñaré á desmarcar los pañuelos.

Oliverio se preguntaba qué relación habría entre el escamoteo de un pañuelo por juego y el ser grande hombre; pero pensó que el viejo debía de saber aquellas cosas mejor que él.

CAPÍTULO X

DONDE OLIVERIO CONOCE MEJOR Á SUS COMPAÑEROS Y ADQUIERE Á GRAN PRECIO EXPERIENCIA: CORTO, PERO IMPORTANTE CAPÍTULO DE ESTA HISTORIA

Muchos días permaneció Oliverio en casa con el judío ocupándose en marcar pañuelos (que llegaban allí en gran cantidad) y en jugar al juego referido. Al cabo principió á suspirar por el aire libre, y varias veces pidió al viejo permiso para ir á trabajar con sus dos compañeros.

Ansiaba tanto más ser empleado activamente, cuanto que había sido testigo del severo carácter del viejo. Cada vez que Juan ó Carlos volvían á casa con

las manos vacías, les endilgaba una larga y vehementemente filípica sobre los inconvenientes de la holgazanería y la pereza, y la necesidad de ser activos y laboriosos, enviándolos á dormir sin cenar. En una ocasión, hasta quiso tirarlos escaleras abajo; pero rara vez llevaba á esos extremos sus virtuosas exhortaciones.

Al fin, una mañana obtuvo el anhelado permiso: hacía dos ó tres que no tenía pañuelos para quitarles las marcas, y las comidas eran poco substanciosas; acaso por esas razones dió su asentimiento el viejo: sea lo que fuere, le dejó salir bajo la vigilancia de Carlos Bates y su amigo Juan Dawkins.

Los tres chicos salieron: el *Tramposo*, con las mangas vueltas y el sombrero sobre la oreja, como de costumbre; el otro, con las manos en los bolsillos; y Oliverio, entre los dos, muy impaciente por saber á qué oficio le dedicarían primero.

Iban tan despacio y tan descuidados y distraídos, que Oliverio comenzó á creer en breve que habían salido para engañar al viejo, y no con intención de ir al trabajo. El *Tramposo* tenía la viciosa propensión de apoderarse de las gorras de los niños y echar á correr con ellas; Carlillos, por su parte, parecía haber perdido las más insignificantes y rudimentarias nociones del derecho de propiedad: escamoteaba manzanas y cebollas de las verdulerías y fruterías y se las guardaba en los bolsillos, que parecían de dimensiones prodigiosas. Oliverio encontraba tan malos estos procedimientos que estuvo á punto de declararles su intención de dejar su compañía y regresar á casa como pudiera, cuando sus pensamientos variaron de rumbo por un misterioso cambio de táctica que adoptó el *Tramposo*.

Acababan de salir de un pasaje estrecho, cuando Juan se detuvo de pronto, púsose un dedo en los labios reclamando silencio, é hizo retroceder á sus amigos con el mayor cuidado.

—¿Qué ocurre?—preguntó Oliverio.

—¡Chist! ¿Ves ese palomo del puesto de librería?

—¿Ese caballero anciano que está hojeando libros?—preguntó Oliverio.—Sí, le he visto.

—Pues se va á encontrar con la horma de su zapato—dijo el *Tramposo*.

—¡Valiente pesca!—replicó el señorito Carlos.

Oliverio paseó su mirada de uno á otro con la mayor sorpresa; pero no le permitieron que hiciese preguntas. Los dos granujillas se acercaron á paso de lobo al caballero que estaba absorto en la lectura de un libro, estudiándolo tan á conciencia como si se hallara en su despacho. Oliverio los siguió maquinalmente y se quedó contemplándolos á cierta distancia. No tardó mucho el *Tramposo* en deslizar diestramente la mano en el bolsillo del distraído personaje; sacó un pañuelo, se lo entregó á Carlos,

que no tardó un segundo en hacerlo desaparecer, y ambos apelaron á la fuga.

De repente, todo el misterio de los pañuelos, los relojes, las alhajas y la existencia misma del judío se presentó descifrado y sin celajes en el pensamiento de Oliverio, que permaneció un instante anonadado, paralizado por el terror; pero muy pronto, excitado y sintiendo arder la sangre en sus venas, escapó sin saber adónde iba.

Todo esto fué cuestión de un minuto. El caballero se metió la mano en el bolsillo para buscar su pañuelo, notó la falta, se volvió sorprendido y, viéndolo á un chiquillo que corría, corrió tras él, gritando:

—¡Al ladrón, al ladrón!

Mientras tanto, el *Tramposo* y su compañero, que al volver la primera esquina se habían detenido por no llamar la atención, al oír los gritos y ver á Oliverio que corría, comprendieron lo sucedido y echaron también á correr tras su camarada, uniéndose como buenos ciudadanos al caballero en la persecución del ladronzuelo.

«¡Al ladrón!» es un grito mágico: al oírlo, el comerciante abandona su mostrador, el carretero sus bueyes, el carnicero su cesta, el panadero su canasta, el dependiente sus paquetes, el picapedrero su pico, el escolar sus libros, el niño sus juegos, para lanzarse gritando y en confusión tras el ratero, azuzándole los perros á través de calles y plazas y plazuelas, repitiendo hasta enronquecer el mismo grito:

—¡Al ladrón, al ladrón!

El hombre tiene la pasión de la caza arraigada en el corazón. Así, tras aquel niño jadeante, y medio muerto de miedo, la multitud lanzaba imprecaciones y aullidos, ganándole el terreno poco á poco y ansiando atraparle. Lo lograron al fin—¡famoso triunfo!—y se apiñaron y estrujaron para contemplarle tendido en el suelo.

—¡Apartaos!

—¡Hacedle un poco de aire!

—¡No vale la pena!

—¿Dónde está el caballero?

—Aquí está: dejadle paso.

—¿Es ése el muchacho, señor?

Oliverio estaba cubierto de polvo y lodo, y echando sangre por la boca, cuando el anciano caballero fué introducido en medio del corro.

—¡Oh; temo mucho que no sea él!—dijo con lástima.

—¡Teme que no sea él! ¡Qué excelente corazón!—exclamaron algunos.

—¡Pobre chico!—continuó el caballero.—Está herido.

—No señor—exclamó un tagarote.—Es que le he dado un puñetazo y me he lastimado con los dientes; pero le he detenido.

Y el salvaje saludó quitándose el sombrero como si esperase una recompensa; pero el caballero desvió los ojos con disgusto y miró en torno suyo como tratando de substraerse á la compañía de aquella gente. Sin embargo, no le fué posible, pues en aquel instante llegó un agente de policía, que siempre suelen no ser vistos siquiera en tales casos, y, hendiendo la multitud y agarrando por un brazo al chiquillo,

—¡Vamos, alza, pronto!—le dijo rudamente.



...sacó un pañuelo, se lo entregó á Carlos...

—No fui yo, señor, no fui yo; lo juro —clamó Oliverio juntando las manos y mirando en torno suyo. Fueron otros dos chicos que estaban aquí ahora.

—No; no están—dijo el guardia irónicamente; pero acertó sin saberlo, pues Juan y Carlos se habían deslizado por entre la multitud al verle y estaban ya lejos.—¡Vamos, arriba!

—No le haga usted daño—dijo el caballero.

—¡Oh, no; no se lo hago!—replicó el agente; y en prueba de ello desgarró casi media chaqueta de Oliverio.—¡Vamos, arriba! Te conozco y no vas á engañarme. ¿Quieres ponerte de pie, endemoniado?

Oliverio, que apenas podía sostenerse, hizo un esfuerzo y siguió al agente, que le arrastraba á paso

rápido, agarrado por el cuello de la chaqueta. El anciano caballero iba á su lado. Mucha gente apretó el paso para contemplar de frente la cara del ratero. Los chicos lanzaban gritos de triunfo y seguían el cortejo.

CAPÍTULO XI

DEL MODO Y FORMA CON QUE HACÍA JUSTICIA EL COMISARIO SEÑOR FANG

El delito había sido cometido en el distrito, y hasta en la inmediata vecindad de una conocidísima Comisaría. La multitud, pues, no tuvo que escoltar mucho á Oliverio, que fué introducido en el santuario de la justicia sumaria, donde un señor de alta estatura, con grandes patillas y un manojo de llaves en la mano, preguntó al agente:

—¿Qué hay?

—Un ratero cazado—exclamó el guardia.

—¿Es usted el robado, caballero?—interrogó al otro el de las llaves.

—Sí; pero repito que no estoy seguro de que sea este muchacho el que me quitó el pañuelo... y no vale la pena. Así... desearía que se diese el asunto por terminado.

—Hay que comparecer ante el comisario, que estará inmediatamente desocupado, señor. ¡Vamos, tú, buena pieza!—añadió abriendo una puerta y haciendo entrar á Oliverio en un oscuro calabozo, donde le encerró después de haberle registrado cuidadosamente.

Aquel calabozo parecía una bodega; sólo que era más oscuro que las bodegas. Estaba muy sucio, porque era lunes por la mañana y estaban encerrados allí desde el sábado por la noche seis borrachos; pero esto no hace al caso.

El anciano parecía tan consternado como Oliverio mismo al dar el carcelero vuelta á la llave del calabozo, y dirigió los ojos suspirando hacia el libro, causa inocente de todo aquello.

—Hay en la fisonomía de ese niño un no sé qué que me conmueve y me interesa—decía el caballero acariciándose la barba maquinalmente con las cubiertas del libro, algo separado de los otros y muy ensimismado.—¿Será inocente? Lo parece, por lo menos. Veamos. ¿Dónde he visto yo, Dios mío, una cara como ésa?

Y tras algunos minutos de reflexión comenzó á evocar una multitud de rostros diversos, todo ese conjunto de recuerdos que forman lo pasado, la vida, y cuya luminosa estela parece conducirnos hasta el Cielo; pero en ninguna de aquellas fisonomías reconocía las facciones de Oliverio. Los recuerdos evocados le hicieron lanzar un profundo suspiro; mas como, felizmente para él, era muy distraído, se enfrascó en

la lectura y lo olvidó todo, hasta que el carcelero le tocó en el hombro, invitándole á seguirle.

La sala de audiencia daba á la calle. El comisario hallábase sentado tras una gran mesa de tapete, y Oliverio, cerca de la puerta, en un taburete, muy asustado por la gravedad de la escena. El Sr. Fang era de mediana estatura y casi calvo, de rubicunda faz y aspecto duro; si era circunspecto y no borrachón, lo que redundaría en provecho de su salud, hubiera podido intentar un proceso de difamación contra su cara.

El Sr. Fang estaba irritadísimo: acababa de leer en un diario una nueva censura por sus arbitrariedades, y una excitación al jefe de policía para que le impusiera un correctivo; así, no se fijó en que el anciano, avanzando hasta su mesa, depositó en ella una tarjeta de visita, diciendo:

—He aquí mi nombre y señas.

—¿Quién es usted?—dijo al cabo de un rato.

El caballero señaló con el dedo la tarjeta de visita. —Guardia, ¿quién es ese individuo?—preguntó el comisario arrojando desdeñosamente á un lado de la mesa la tarjeta y el diario.

—Mi nombre, señor—exclamó el anciano como si hablara á un igual suyo,—es Browulow: permítame usted que á mi vez le pida se digne darme el nombre del funcionario que, amparado por la ley, insulta injustificadamente á un hombre respetable.

—Guardia, ¿de qué está acusado este individuo?

—De nada, señor comisario: comparece querellándose contra ese muchacho.

El comisario lo sabía perfectamente, pero era un medio como otro cualquiera de desahogar su cólera sobre alguien.

—¿Comparece contra ese chico?—dijo Fang examinando impertinentemente de pies á cabeza al caballero.—Que jure.

—Antes de jurar, debo decir que si no lo viera no creería...

—¡Cállese!—ordenó secamente el comisario.

—No señor; tengo que protestar...

—¡Cállese le digo, ó le hago echar de aquí! Es usted un insolente y un impertinente. Soy un magistrado.

—Que no cumple con su obligación—gritó cólerico el Sr. Browulow.

—Hacedle prestar juramento. No le oigo una palabra más antes de que jure.

La indignación del Sr. Browulow era inmensa; pero reflexionó que podía empeorar la causa de Oliverio, y se contuvo. Prestó el juramento que se le exigía.

—Ahora—dijo el Sr. Fang,—¿qué tiene usted que decir, señor?

—Estaba en un puesto de libros...

—¡Cállese usted! Que venga el agente. Guardia, ¿de qué se trata?

El magistrado se enteró de lo ocurrido dirigiendo algunas groserías é insolencias al caballero, que se contenía á duras penas, y, siempre encolerizado y brutal, preguntó al muchacho su nombre, llamándole granujilla y ratero, como para darle ánimos. El chico trató de responder, pero le faltó la voz, pareciéndole que todo daba vueltas en torno suyo. Al repetirle furiosamente la pregunta, el agente, compadecido del muchacho, y tratando de evitarle una sentencia demasiado dura, se acercó á él y exclamó, cual si le hubiera oído:

—Dice que se llama Tomás White, señor comisario.

—¡Ah! ¿Se niega á responder en voz alta? ¿No quiere hablar?—gritó el Sr. Fang.—¡Muy bien! ¿Dónde vive?

—Donde puede—dijo el agente, como si transmitiera las respuestas del muchacho.

—¿Tiene padres?

—Dice que los ha perdido en la infancia—continuó el agente.

Aquí llegaba el interrogatorio, cuando Oliverio, levantando un poco la cabeza y echando en derredor miradas suplicantes, pidió que le diesen agua.

—¡Tonterías, pamplinas!—gruñó Fang.—¡No nos vengas con comedias, granuja!

—Creo que está verdaderamente enfermo, señor comisario—exclamó el agente.

—¡Bah! ¡Ya sé á qué atenerme!—dijo Fang.

—¡Cuidado!—no pudo menos de decir el anciano, extendiendo instintivamente los brazos.—¡Va á caerse!

—¡Apartaos todos!—ordenó brutalmente el magistrado.—¡Que caiga si quiere!

Oliverio se aprovechó de este galante permiso y cayó pesadamente al suelo, perdiendo el poco conocimiento que tenía. Los empleados se miraban mutuamente sin atreverse á socorrerle.

—¡Ya lo sabía yo!—dijo el Sr. Fang, como si la caída del muchacho constituyera una confirmación de sus palabras.—¡Pura comedia! ¡Dejadle, que ya se cansará de estar en esa postura! Queda condenado á tres meses de trabajos forzados. ¡Terminó la audiencia! ¡Haced despejar la sala!

Abrieron la puerta del despacho, y dos hombres se aprestaban á llevar al desmayado Oliverio á un calabozo, cuando penetró en la sala un hombre decentemente vestido, pero de pobre apariencia.

—¿Qué es esto? ¡Sacad á ese hombre! ¡Cómo se entiende!

—Antes de salir tengo que hablar, y hablaré—dijo el hombre con voz firme.—Lo he visto todo y tengo que dar mi testimonio. Soy el librero. Hacedme

prestar juramento. Tiene usted el deber de escucharme, Sr. Fang, y no se atreverá usted á rehusarme la palabra.

El hombre estaba en su derecho, era muy conocido en el barrio, y su actitud parecía resuelta. Aunque de mala gana, el comisario le hizo prestar juramento y recibió su declaración. Según ésta, el muchacho detenido no estaba con los otros dos que se acercaron al caballero. El Sr. Fang, furioso porque no podía objetar nada y resultaba inocente el chiquillo, preguntó colérico:

—¿Y por qué no ha venido usted antes?

—Porque no tenía quién atendiese al puesto; en cuanto he podido encargar á alguien, me he apresurado á venir.

—¿Estaba leyendo el querellante?—preguntó Fang después de otra pausa.

—Sí—respondió el librero;—ese libro que aún tiene en la mano.

—¡Ah, ah! ¿Ese libro?—exclamó el comisario.—¿Lo ha pagado?

—No; todavía no—replicó el librero sonriendo.

—¡Calle! Pues es verdad. Ni había pensado en ello—dijo ingenuamente el anciano distraído.

—¡Ah, ah, ah! ¡Valiente acusador de un pobre niño!—dijo el Sr. Fang, haciendo cómicos esfuerzos por adoptar un tono compasivo.—La verdad es, caballero, que se ha apoderado usted del libro de un modo ingenioso; y tiene usted verdaderamente mucha suerte, toda vez que el librero no se querella contra usted. ¡Que le sirva de escarmiento, si no quiere que descargue sobre su cabeza todo el peso de la ley! Anulo la sentencia contra el muchacho. ¡Despejad!

—¡Pardiez!—gritó el caballero, dejando estallar su cólera, tanto tiempo contenida.—No será sin decirle á usted que...

—¡Despejad, he dicho! ¡Agentes, haced salir á todos!

Sacaron al enojadísimo anciano, que se calmó al salir al patio, donde Oliverio estaba extendido en el suelo, con la camisa desabrochada, las sienes bañadas con agua fresca y pálido como un cadáver: un temblor convulsivo agitaba todos sus miembros.

—¡Pobre niño!—dijo el caballero inclinándose hacia él.—¡Que vayan á buscar un coche! ¡De prisal!

El muchacho fué extendido sobre los cojines del carruaje. Enfrente se colocó el caballero.

—¿Quiere usted que le acompañe?—preguntó el librero.

—Pero ¡qué cabeza la mía! Ya me olvidaba otra vez de usted. Dispense, amigo. Todavía tengo aquí su libro. Suba usted á mi lado. ¡Pobre criatura! No hay tiempo que perder.

El librero subió, y el coche se puso en movimiento.

CAPÍTULO XII

EN EL QUE OLIVERIO SE VE MEJOR ATENDIDO
Y CUIDADO QUE LO ESTUVO EN SU VIDA

El coche seguía casi el mismo camino que recorrió Oliverio con el *Tramposo* la noche que llegó á Londres; pero al llegar á Islington cambió de dirección, y al poco rato se detuvo ante una casita, cerca de Pentouville, en una calle tranquila y retirada. Inmediatamente se preparó un lecho, donde el Sr. Browlow hizo acostar á su protegido con una bondad y una solícitud exquisitas.

Pero, durante muchos días, el muchacho permaneció insensible á las bondades de sus nuevos amigos. El Sol apareció y se puso, volvió á salir y á ponerse: muchas veces más sucedió lo mismo, y el muchacho continuaba en el lecho del dolor, débil, pálido, adelgazado y devorado por la fiebre, como los ácidos roen y devoran el hierro. Por fin despertó de su penoso y prolongado sueño, se incorporó penosamente, apoyó la ardiente y débil cabeza en su brazo tembloroso, y mirando con inquietud en torno suyo, preguntó:

—¿Qué cuarto es éste? ¿Cuándo me han traído aquí? Éste no es el sitio donde yo dormía.

Pronunció estas palabras con voz muy débil, pues la fiebre le tenía extenuado, pero fueron oídas en seguida. Las cortinas de su cama fueron separadas al instante, y una señora anciana, sencilla y decentemente vestida se levantó de un sillón que allí al lado estaba, y en el cual hacía media.

—No hables, hijo mío—dijo con dulzura á Oliverio:—estáte tranquilo para que no te pongas peor. Has estado muy malito: muy malito; acuéstate otra vez, rico.

Diciendo esto, la buena señora tapó de nuevo al enfermito, colocándole con solícitud femenil la cabecita en la almohada. El muchacho puso su descarnada manita sobre las de la anciana, y, cogiendo una de ellas, la llevó hacia su cuello.

—¡Dios mío, qué agradecido es el pobrecillo!—exclamó la anciana enternecida;—¡qué emoción experimentar su madre si, después de velarle como yo, pudiera verle en este instante!...

—Quizás me vea; quizás me haya velado. Me parece como si estuviera aquí.

—Es efecto de la fiebre, hijo mío—dijo la mujer cariñosamente.

—Así me lo figuro—repuso el niño,—porque el Cielo está muy lejos, y es demasiada felicidad la de venir junto al lecho de un pobre enfermo; pero, si ha sabido que estaba enfermo, ha debido de tener mucha pena. Ella sabe algo de eso, que bien mala estuvo antes de morir. No puede saber lo que me

sucede—añadió tras breve pausa;—porque, si hubiera sabido todo lo que he padecido, se hubiera puesto muy triste, y yo la veo siempre en mis sueños feliz y sonriente.

La buena señora no contestó, pero limpió primero los ojos, y después las gafas, que había dejado un momento sobre el cubrepies, y llevó una medicina que hizo tomar á Oliverio, recomendándole que se estuviera quieto para no ponerse más enfermo, al mismo tiempo que le acariciaba.

Oliverio obedeció, en parte por deseo de complacer á la bondadosa anciana en todo su instintivo agradecimiento, y en parte también porque estaba cansado. Se durmió con sueño apacible, y despertó por el resplandor de una bujía cuya luz le daba de lleno en el rostro. De pie, junto á su cama, un caballero con un reloj de oro en una mano y tomándole el pulso con la otra, fué lo primero que vió.

—Estás mucho mejor, ¿verdad, querido?—le dijo el caballero.

—Sí señor; muchas gracias.

—Ya lo sabía yo—exclamó el médico.—Ahora tendrás hambre, ¿verdad?

—No señor—contestó Oliverio.

—¡Hum!—hizo el médico—No; ya sabía yo que no tenía hambre.—Y volviéndose á la anciana, añadió:—No tiene hambre, Sra. Bedwin.

La anciana hizo un signo que parecía indicar que consideraba al médico como hombre de mucho talento. El doctor parecía ser de la misma opinión.

—Tienes sueño; ¿verdad, querido?

—No, señor.

—¿No tienes sueño?—preguntó con aire satisfecho.—Ni sed tampoco; ¿eh?

—Sí, señor; mucha sed.

—Lo esperaba, Sra. Bedwin. Es natural que tenga sed; pero no hay que apurarse. Puede usted darle una taza de té con una tostadita sin manteca. Y haga usted el favor de procurar que no esté muy caliente ni muy frío; poco más que tibio.

La anciana hizo una reverencia y salió. El doctor, después de haber probado la bebida y haberla encontrado excelente, se la dió á Oliverio y se fué, haciendo crujir las botas á cada paso con su aire de importancia habitual.

Oliverio cayó de nuevo en un sueño reparador, y despertó á media noche. La anciana, deseándole que descansase bien, se fué, dejando su puesto á una buena mujer, gruesa, que llevaba en su redículo un librito de oraciones y un gorro de dormir. Dejó el primero sobre la mesa, puso el otro en la cabeza, y después de decir al chico que había ido para cuidarle, se sentó cerca del fuego y se quedó traspuesta, interrumpiendo de vez en cuando su modorra estre-mecimientos nerviosos y ligeros sobresaltos.

Así transcurrió lentamente la noche. Oliverio estuvo mucho rato despierto, ocupado en contar los pequeños círculos luminosos que proyectaba la luz de la lamparilla en el suelo, ó en seguir con lánguida mirada el dibujo complicado del papel que cubría las paredes. La obscuridad y el profundo silencio que había en la habitación tenían algo de imponente y hacían pensar al niño que la muerte se cernía sobre él. Volvió su rostro contra la almohada y rogó al Cielo con fervor.

Gradualmente cayó en tranquilo sueño, de los que se gozan tras recientes padecimientos y de los cuales no quería uno despertar. ¿Quién, si eso fuera la muerte, querría volver de nuevo á las batallas y sabores de la vida, á todos los cuidados del presente, á todas las ansiedades del porvenir, y más que nada á los tristísimos recuerdos del pasado?... Era ya de día hacia algunas horas, cuando Oliverio abrió los ojos. Se sentía contento y feliz: la crisis terrible había pasado por fortuna, y el muchacho pertenecía al mundo definitivamente.

Al cabo de tres días pudo abandonar el lecho, trocándolo por una cómoda butaca. Como aún estaba muy débil para andar, la Sra. Bedwin, que le había acomodado rodeándolo de almohadas, le hizo bajar á su habitación, le instaló cerca del fuego, y se sentó á su lado. La buena anciana, transportada de júbilo al verle fuera de peligro, no pudo contenerse y comenzó á sollozar.

—No te preocupes de esto, hijo mío—dijo cuando pudo dominarse;—no he podido evitarlo; pero ya estoy completamente tranquila.

—Es usted muy buena conmigo, señora.

—No hablemos de eso, hijo mío—interrumpió alegremente la anciana.—Eso no tiene nada que ver con tu sopicaldo, y eso es lo único que nos interesa ahora, pues es hora de tomarlo. El doctor ha dicho que tal vez vendría á verte esta mañana el Sr. Browulow, y es necesario que tengamos buen aspecto, porque, cuanto mejor estemos, más contento se pondrá.

Inmediatamente la anciana puso á calentar el caldo.

—¿Te gusta con tostadas, hijo mío?—preguntó la Sra. Bedwin viendo á Oliverio contemplar con mucha atención un retrato colgado en la pared frente á él precisamente.

—No sé lo que es, señora—dijo Oliverio sin separar sus ojos del lienzo.—He visto tan poco, que no sé nada de eso. ¡Qué hermosa y qué dulce es la cara de esa señora!

—¡Ah, hijo mío!—exclamó la anciana.—Los pintores siempre hacen á las damas más lindas de lo que son; sin eso, perderían la clientela, niño. Ese hombre que acaba de inventar un aparato para reproducir las facciones con exactitud, no hará nunca

negocio. Es demasiado sincero, ¡demasiado!—añadió sonriendo con malicia.

—¿Es que esa cara se parece á la de alguna persona, señora?—preguntó Oliverio.

—Sí—contestó la anciana dejando un instante de atender al caldo.—Es un retrato.

—¿De quién, señora?—volvió á preguntar el muchacho.

—Verdaderamente no sé de quién. Creo que de nadie que tú ni yo hayamos conocido. Me parece que te preocupas demasiado, hijo mío.

—¡Es tan lindo!

—¿No te da miedo según veo?—exclamó la anciana contemplando con sorpresa la mirada de admiración que el chico dirigía á la pintura.

—¡Oh, no, no!—insistió con viveza Oliverio.—¡Pero sus ojos parecen tan tristes! Me mira con tal fijeza que el corazón me palpita fuerte—añadió el muchacho en voz baja.—Me parece como si quisiera hablarme y no pudiese.

—¡El Señor nos ampare!—exclamó la anciana señora estremeciéndose.—¡No digas esas cosas, niño! La enfermedad te ha dejado débil y nervioso. Permíteme que dé vuelta á la silla para que no veas ya ese retrato. ¡Así!—añadió uniendo la acción á la palabra.—Ahora no puedes verlo.

Oliverio seguía viéndolo; lo veía con los ojos de su imaginación tan claramente como si no le hubiesen cambiado de postura; pero pensó que era mejor no apesadumbrar á la bondadosa señora, y sonrió gentilmente cuando ella le miró. La anciana, feliz al verle más tranquilo, echó sal al caldo, y también pedacitos de pan tostado en el humeante líquido, con toda la seriedad que requiere tan grave operación. Oliverio se tragó el sopicaldo concienzudamente y con apresuramiento. Apenas acababa de engullir la última cucharada, cuando llamaron á la puerta suavemente.

—¡Adelante!—dijo la mujer; y apareció el señor Browulow.

Avanzó todo lo ligero que le fué posible; pero no bien hubo e puesto los anteojos y contemplado un instante á su placer al muchacho con las manos cruzadas en la espalda, cuando su rostro se contrajo cambiando varias veces de expresión. Extenuado por la enfermedad, Oliverio pretendió levantarse, como muestra de respeto á su bienhechor; hizo un esfuerzo para incorporarse, y cayó en su sillón. El Sr. Browulow, que tenía él solo más corazón del que suelen tener entre seis ancianos juntos, sintió que el llanto brotaba de sus ojos con tal abundancia, que no podíamos intentar explicárnoslo, porque no somos filósofos.

—¡Pobre niño, pobre niño!—dijo tratando de aclarar su voz empañada.—Estoy ronco esta maña-

na, Sra. Bedwin; temo haber atrapado un resfriado.

—Confío en que no—repuso ella.—Lleva usted muy seco el pañuelo.

—¡No sé, no sé!—insistió él.—En fin, no hablemos de ello. ¿Cómo cree usted que sigue este querido niño?

—Muy bien; y muy agradecido á mí por las bondades de usted, señor.

—¡Excelente muchacho!—exclamó el caballero, ya repuesto de su emoción.—¿Le ha dado usted de comer, Bedwin? Un sopicaldo, ¿eh?

—Una taza de excelente gelatina—dijo la anciana, haciendo notar la gran diferencia existente entre el caldo y la gelatina.

—¡Bah!—exclamó el caballero, encogiéndose de hombros.—Un par de copas de oportó le hubieran sentado mejor; ¿no es verdad, Tomás White?

—Me llamo Oliverio, señor—rectificó el enfermito con aire asombrado.

—¿Oliverio?—dijo el Sr. Browulow.—¿Oliverio qué? ¿Oliverio White?

—No, señor; Oliverio Twist.

—¡Extraño nombre!—dijo el anciano.—Pero, entonces, ¿por qué dijiste al magistrado que te llamabas Tomás White?

—Nunca dije eso, señor—repuso Oliverio con asombro.

Resultaba tan aparente la mentira, que el caballero le miró severamente; pero era imposible la duda: en aquel rostro enflaquecido veíase claramente impresa la verdad.

—¡Algún error!—se dijo el caballero.

Pero al contemplar el rostro del muchacho, la idea fija de su semejanza con un rostro conocido hirió de nuevo su cerebro, tan vivamente que no podía apartar sus ojos de Oliverio.

—Espero que no se habrá incomodado usted conmigo, señor—exclamó el niño mirando á su protector con ojos suplicantes.

—No, no—se apresuró á contestar el caballero.—¿Por qué, hijo mío? Pero, ¿qué es esto? Bedwin, ¡mire usted aquí... y ahí!...

Al hablar señalaba sucesivamente con el dedo al retrato que tanto había admirado el niño y que se hallaba ahora á espaldas suyas, y al rostro de Oliverio. Las dos caras se parecían en extremo; los ojos, la nariz, la boca... todas las facciones eran idénticas. La semejanza era en algunos instantes tal, que el niño parecía haber servido de original para el retrato al pintor.

Oliverio ignoraba la causa de aquellas exclamaciones; pero no se sentía lo bastante fuerte para resistir la emoción que le causaron, y se desmayó; circunstancia que aprovecha el autor de esta historia para salir al encuentro de los dos discípulos del ale-

gre viejo, mientras recobra los sentidos el joven Twist.

CAPÍTULO XIII

EN QUE SE VUELVE Á HABLAR DEL ALEGRE FAGIN Y DE SUS PUPILLOS

Cuando el *Tramposo* y su digno camarada, después de haberse apropiado ilegalmente del pañuelo perteneciente al Sr. Browulow, se habían unido á la muchedumbre que perseguía á Oliverio, obedecieron á un sentimiento laudable y meritorio: el de salvarse. Como el respeto á la libertad individual es uno de los sentimientos de que más se enorgullecen los ingleses, no necesito encarecer al lector cuánto esta fuga, oportuna y prudente, debe exaltar á los dos granujillas en el ánimo de todo ciudadano que se estime como buen patriota.

Lo que evidenció hasta el colmo que obraban como verdaderos filósofos fué el hecho de que, en cuanto vieron que la atención pública estaba fija en Oliverio, dejaron de gritar y de perseguirle y se escabulleron, dirigiéndose á casa por el camino más corto. Después de recorrer con toda la velocidad que les permitían sus piernas pasajes y callejones, se detuvieron de común acuerdo para tomar aliento. El señorito Bates lanzó un grito de júbilo y se retorció rodando por el suelo á fuerza de reírse.

—¿Qué te pasa para reírte así?—preguntó el *Tramposo*.

—¡Ja, ja, ja, ja!—seguía el otro como un epiléptico.

—¡No grites tanto!—exclamó Juan, mirando inquieto en torno suyo.—¿Quieres hacerte enjaular, animal?

—¡No lo puedo remediar!—repuso Carlos.—¡No me puedo contener! ¡Cómo corría el pobre diablo despavorido, metiéndose en los charcos; y yo tras él con el pañuelo en el bolsillo y gritando: ¡Al ladrón, al ladrón! ¡Es demasiado!

La viva imaginación de maese Bates le representaba de nuevo la escena bajo un aspecto tan cómico, que su hilaridad se hacía cada vez más ruidosa.

—¿Qué dirá Fagin—preguntó el *Tramposo*, aprovechando un instante de pausa.

—¿Qué?

—Eso digo yo: ¿qué?

—¿Qué puede decir?—dijo Carlos, poniéndose repentinamente serio.

—Allá veremos—respondió el señorito Dawkins, rascándose la oreja y limpiándose el lugar del bigote con la lengua, que era su pañuelo ordinario.

Á su camarada no le satisfizo del todo esa explicación.

—¿Qué crees tú?...—insistió.

Por toda respuesta, Juan se puso á silbar y se enderezó el sombrero, que se le caía.

Pocos minutos después, el hacendoso viejo presentaba oído al escuchar sus pasos por la carcomida escalera, teniendo en una mano un cuchillo y en la otra un pan. Una horrible sonrisa contrajo sus descoloridos labios al inclinarse para escuchar; pero pronto se demudó su rostro y refulgieron sus feroces ojos sin pestañas.

—¿Cómo es eso? Sólo suben dos... ¿Qué se ha hecho del otro? ¿Habrá ocurrido algo? ¡Hum!

—¿Dónde está Oliverio?—preguntó en cuanto les echó la vista encima, y mirando tras ellos. ¿Dónde está el muchacho?

Los dos muchachos sintieron miedo, y miráronse uno á otro; pero no contestaron.

—¿Qué ha sido del muchacho?—bramó el judío, cogiendo por el cuello de la chaqueta al *Tramposo* zarandeándole y amenazándole con las más horribles amenazas.—¡Habla, habla ó te estrangulo!

Fagin decía esto en tono tan serio, que Carlitos Bates, no dudando que lo haría y de que le estrangularía después á él, cayó de rodillas dando un grito penetrante, que parecía el mugido de un toro furioso.

—¿Hablarás?—dijo el judío con voz de trueno y dando tal sacudida al *Tramposo*, que parecía milagro no se hubiera quedado con la americana en la mano.

—Ha caído en la ratonera. ¿Y qué?—dijo enojado el *Tramposo*.—¿Á qué tanta bulla? ¿Va usted á dejarme en paz?

Y cogiendo el cuchillo dirigió al chaleco del alegre viejo un golpe que, si le alcanza, hubiera concluido con su alegría para siempre.

El judío retrocedió á tiempo, con más agilidad de la que hubiera podido sospecharse en un hombre tan decrepito, y, cogiendo un puchero, se dispuso á arrojárselo á la cabeza á su agresor; pero Carlitos Bates atrajo en aquel momento su atención dando un aullido tan bien imitado, que parecía lanzado por un lobo natural: y de repente cambió de puntería, y lanzó el puchero á la cabeza de este caballereite.

—¿Qué pasa aquí?—preguntó una voz bronca.—¿Quién me ha lanzado el puchero? Gracias á que me ha alcanzado sólo la cerveza; que si me da el puchero, alguien se hubiera acordado de este día. Nunca hubiera creído que un pícaro viejo judío tirase otra cosa que agua, y eso sólo por defraudar á la Empresa. ¿Qué sucede, Fagin? ¡Pardiez! ¡Mi corbata está llena de cerveza!—¿Y tú, qué haces, animal? ¿No te atreves á entrar? ¡Aquí, chuchol!

El hombre que así hablaba era un robusto individuo de unos treinta y cinco años; vestía chaqueta ne-

gra de pana, pantalón corto gris, medias de algodón azules y brodequines; sus piernas eran macizas, de esas á las que parece faltarles algo si no arrastran una cadena: llevaba sombrero obscuro y un pañuelo de seda al cuello, con las puntas del cual enjugaba su rostro, de barba espesa que no había sido afeitada hacía tres días; sus ojos eran siniestros, y en uno de ellos presentaba huellas de un golpe reciente. El conjunto de sus facciones grosero.

—¡Aquí! ¿Oyes?—repitió con un gruñido el rufián.

Un gran perro blanco, que tenía la cabeza desgarrada por veinte sitios, entró arrastrándose.

—¿Por qué te haces rogar? Tienes demasiado orgullo para reconocermte por amo delante de la gente, ¿verdad?—dijo el hombre.—¡Échate aquí!

El mandato fué acompañado de una patada; pero el perro parecía estar acostumbrado á aquel proceder, porque se acurrucó en un rincón muy tranquilo, sin protestar y abriendo y cerrando los ojos veinte veces por minuto, como si inspeccionara la estancia.

—Bueno; ¿y qué ocurre?—preguntó el hombre sentándose con aire resuelto.—¿Maltratas á los muchachos, avariento ladrón, viejo insaciable? Me asombra que no te hayan asesinado como lo hubiera hecho yo si fuera que ellos. Si yo hubiera sido tu aprendiz, hace tiempo que... Pero no; ni tu pellejo hubiera podido vender; no sirves sino para ser metido en una botella y conservado en alcohol, y supongo que no se hacen botellas bastante grandes para ponerte en conserva.

—¡Chist, chist! Sr. Sikes, no habléis tan alto.

—No me llames señor ni me hables con tanto respeto, pues pensaré que te burlas de mí. Ya sabes mi nombre... ¡cuidado!

—Bueno, bueno, como quieras, Guillermo—repuso el judío con abyecta humildad.—Parece que estás malhumorado, Guillermo.

—Puede ser—exclamó Sikes;—pero creo que también tú estás fuera de quicio, cuando lanzas pucheros de cerveza á la cara de las gentes; á menos que creas que eso no tiene más importancia que denunciar y hacer...

—Pero ¿te has vuelto loco?—exclamó el judío, tirando al hombre de la manga y señalándole con el dedo á los muchachos.

El bandido terminó la frase con un ademán expresivo, haciendo como que tenía un nudo al cuello y dejando caer cómicamente la cabeza sobre el hombro derecho.

Luego, en términos de caló, que es inútil reproducir, porque no los entendería el lector, pidió de beber.

—Pero no vayas á darme veneno en el licor—dijo dejando el sombrero sobre la mesa.

Lo dijo en broma; pero si hubiera visto la sonrisa

maligna que contrajo los pálidos labios del hebreo al dirigirse hacia la alacena para servirle, se hubiera convencido de que no holgaba la advertencia y de que el hacendoso viejo podía ceder á la tentación de perfeccionar la industria licorera.

Después de vaciar dos ó tres vasos de licor, se dignó comunicarse con los muchachos, y entonces se refirió el suceso de Oliverio, adornado con todos los embellecimientos que creyó oportuno improvisar el *Tramposo*.



—¿Y tú, Anita?

—No insista usted, Fagin; la cosa no va conmigo.

—Me temo que hable y nos comprometa á todos—dijo Fagin.

—Es lo más probable—murmuró Sikes, haciendo un gesto.—Ya puedes esconder los trapos.

—Tengo miedo—añadió el judío, sin hacer caso de la interrupción y mirando á su interlocutor fijamente—de que, si el baile principia por nosotros, otros bailen más fuerte.

El hombre se estremeció y se volvió amenazadoramente hacia el judío; pero éste se encogió de hombros y su mirada vagó indiferente por las paredes del cuarto.

Hubo una larga pausa. Cada miembro de aquella

respetable pandilla parecía entregado por completo á sus particulares reflexiones, sin exceptuar el perro, que se lamía los labios, como si meditara un ataque á las pantorrillas del primer caballero ó dama que encontrase por la calle.

—Es preciso que alguien averigüe lo que ha ocurrido en la Comisaría—dijo Sikes en tono más bajo del que había adoptado hasta entonces.

El hebreo hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

—Si no ha charlado, si está preso, no hay nada que temer hasta que le suelten, y entonces se tiene cuidado—prosiguió Sikes.—Mientras tanto, hace falta hallar su pista.

El judío asintió de nuevo. Evidentemente el plan era inmejorable; el único grave inconveniente que tenía era la violenta y arraigadísima repugnancia que á Fagin, Sikes, Juan y Carlos les inspiraba la idea de acercarse, fuera por el objeto que fuese, á una Delegación.

Sería difícil precisar cuánto tiempo permanecieron silenciosos, mirándose unos á otros con aire de indecisión y embarazo, que no tenía nada de agradable; en esto llegaron las dos damitas que había visto Oliverio. En cuanto entraron, dijo el judío:

—¡Ya tenemos lo que necesitamos! Belita irá; ¿verdad, querida?

—¿Adónde?—preguntó Isabel.

—Á la Delegación, á la Comisaría, querida mía—dijo Fagin con voz acariciadora.

Debe decirse en honor de la damisela que no se negó redondamente á ir, pero expresó calurosamente su deseo de condenarse si iba; manera delicada y política de zafarse del compromiso y que mostraba su exquisita urbanidad.

El rostro del judío se anubló, y no volvió á mirar á Belita, que llevaba un traje elegante y llamativo, vestido rojo, zapatos verdes y adornos amarillos en la cabeza.

—¿Y tú, Anita?

—No insista usted, Fagin; la cosa no va conmigo, replicó la interrogada.

—¿Qué quieres decir?—pregunto Sikes, mirándola sombríamente.

—Ni más ni menos que lo que he dicho, Guillermo—repuso tranquilamente la damisela.

—¡Bah! Eres tú precisamente la persona que necesitamos—replicó Guillermo.—Nadie te conoce en el distrito.

—Como si me conocieran. No iré.

—Irá, Fagin; no lo dudes—insistió Guillermo.

En efecto; Sikes tenía razón: á fuerza de instancias, súplicas, caricias y promesas, la convencieron. Se echó un mantón sobre los hombros, se puso un delantal, y un sombrero de paja, y se dispuso á

marchar. Todos aquellos objetos salieron del inagotable armario del Sr. Fagin.

—Toma una cesta, para que estés más en carácter—le dijo el viejo judío.

—Y dale también una gran llave, para que tenga un aire más natural, Fagin.

—Sí, sí; tienes razón—añadió el viejo dando á la muchacha una gran llave.

—¡Ah, mi hermanito; mi querido é inocente hermanito!—exclamó Anita gimoteando y sosteniendo con mano crispada cesta y llavín.—¿Qué habrá sido de él? ¡Oh! ¡Tengan compasión, señores, y díganme dónde podré encontrar á ese querido niño!

Dichas quejumbrosamente estas palabras, saludó con cómica reverencia y salió.

—¡Ah; excelente y listísima muchacha, queridos!—dijo el judío dirigiéndose á los dos granujillas y moviendo gravemente la cabeza, como invitándolos á seguir tan brillante ejemplo.

—Honra á su sexo—dijo Sikes vaciando un vaso y haciendo temblar la mesa con un puñetazo de los suyos.—¡A su salud! ¡Y ojalá tenga muchas imitadoras!

Mientras encomiaban á Anita, ésta marchaba hacia la Delegación, adonde llegó en breve sana y salva, no sin haber experimentado un sentimiento de timidez, natural en una doncella que se halla sola y sin apoyo en las calles de Londres.

Una vez allí, se dirigió á un agente que era precisamente uno de los que habían asistido á la colérica audiencia del Sr. Fang, y con sollozos y lamentos que aumentaban por segundos le pidió noticias de su querido hermanito.

—Ya no está aquí.

—¿Dónde está? ¿Lo sabe usted, señor?—sollozó ella.

—El caballero se lo llevó—contestó el agente.

—¿Qué caballero? ¡Santo Cielo! ¿Qué caballero?

El guardia informó á la desolada hermana de que el pequeño se había puesto muy malito, que cayó al suelo sin conocimiento, y que se le había dejado en libertad, gracias á un testigo que afirmó no haber sido Oliverio el ratero. Luego el robado se lo llevó en un coche, y creía el agente que debía de vivir por Pentouville, pues había dicho esta palabra al cochero.

La joven, en un estado de infinita ansiedad, salió tambaleándose y gimiendo; pero en cuanto estuvo á treinta pasos de la Delegación echó á correr, como alma que huye del Diablo, y llegó á casa del judío en un santiamén.

No bien hubo conocido el señor Guillermo Sikes el resultado de la pesquisa, llamó á su perro, se encasquetó el sombrero y salió de estampía, sin perder el tiempo en despedirse de damas y caballeros.

—Es forzoso averiguar dónde está, amigos míos—exclamó el judío;—hace falta volver á encontrarle. Carlillos, no te ocupes en otra cosa que en averiguar su paradero. Anita, es preciso hallarle; confío en ti, querida, y en el *Tramposo* para todo. ¡Aguardad, aguardad!—añadió, abriendo un cajoncito con mano temblorosa.—Voy á daros dinero. ¡Tomad, amigos míos! ¡Esta noche cierro la tienda. Ya sabéis dónde hallarme, ¿eh? No os detengáis un minuto, ¡ni un segundo! ¡Andad, andad!

Diciendo esto los empujaba fuera del cuarto con toda política; y en cuanto los tuvo fuera cerró la puerta con doble vuelta de llave y corrió los cerrojos. Luego fué al escondite del suelo, sacó de él la cajita que había dejado ver involuntariamente á Oliverio, y ocultó precipitadamente en sus bolsillos interiores relojes y alhajas.

Un golpe dado con la mano en la puerta le hizo estremecerse.

—¿Quién es?—preguntó con sobresalto.

—Soy yo—respondió el *Tramposo* á través del agujero de la cerradura.

—¿Qué hay?—dijo el judío con impaciencia.

—Anita pregunta si hay que llevarle á la otra casa.

—Sí—replicó el viejo;—directamente, desde dondequiera que se le encuentre. Pero lo importante es hallarle. Yo sé lo que debo hacer después; no tengáis cuidado.

El *Tramposo* murmuró entre dientes y bajó las escaleras de cuatro en cuatro para alcanzar á sus compañeros.

—No ha charlado hasta ahora—monologaba el judío continuando sus preparativos de mudanza;—pero hay que estar en todo. Si tiene el propósito de vendernos entre sus nuevos amigos, aun es tiempo de cortarle la lengua.

CAPÍTULO XIV

EN EL QUE SE DAN NUEVOS PORMENORES ACERCA DE LA ESTANCIA DE OLIVERIO EN CASA DEL SEÑOR BROWULOW Y SE DA Á CONOCER LA PREDICCIÓN DEL SEÑOR GRIMWIG.

Oliverio recobró pronto los sentidos, y el Sr. Browulow y la Sra. Bedwin evitaron cuidadosamente volver á hablar del retrato en la conversación que siguió, y que no versó tampoco sobre la historia ni sobre el porvenir del muchacho, limitándose á tratar de cosas ligeras y agradables que pudieran divertirle sin impresionarle.

Estaba todavía muy débil para levantarse á desayunarse; pero cuando bajó al día siguiente al cuarto del ama de gobierno, su primera mirada se dirigió

á la pared, buscando el retrato de la hermosa dama. Sus esperanzas fueron defraudadas, sin embargo, pues el lienzo había desaparecido.

—¡Ah!—dijo la Sra. Bedwin siguiendo la dirección de la mirada de Oliverio.—¡Se fué! ¡Míralo!

—Ya lo he visto—exclamó suspirando el niño.—¿Por qué lo quitaron?

—Lo quitaron, hijo mío, porque el Sr. Browulow dice que tal vez la vista de ese retrato te impresionara demasiado y pudiera retardar tu curación—repuso la anciana.

—¡Oh, no!—replicó Oliverio.—No me hacía daño; al contrario. ¡Lo amaba mucho!

—¡Bueno, bueno!—añadió la dama alegremente.—Ponte bueno lo antes que puedas, hijo mío, y volverán á ponerlo ahí; te lo prometo. Mientras tanto hablaremos de otra cosa.

Oliverio no consiguió por el momento más pormenores acerca del interesante retrato; pero había sido tan buena y cariñosa con él la anciana, que trató de no pensar más en ello por complacerla, y escuchó una multitud de historias acerca de una buena y hermosa hermana suya que se casó con un hombre honrado, que vivía en el campo muy feliz; de su hijo (el de la Sra. Bedwin), que era dependiente de un comerciante establecido en las Indias Occidentales, también un joven muy bueno y honrado, que le escribía largas cartas cuatro veces por año, y cuyo recuerdo la enternecía dulcemente.

La buena mujer, después de haberse extendido en elogios á su hijo y á su difunto esposo, enseñó á Oliverio á jugar al *cribbage* (1). Jugaron los dos con gran interés y gravedad hasta que fué hora de recogerse el enfermito, después de haber entonado el estómago con unas tostaditas y un poco de vino caliente mezclado con agua.

Fueron felices los días de la convalecencia de Oliverio: estaba todo tan tranquilo, tan limpio, tan ordenado; eran todos con él tan atentos y bondadosos, tan diferente su modo de vivir de como hasta entonces había vivido, que creía estar en el mismo Cielo. No tardó mucho en estar bastante fuerte para andar. El Sr. Browulow le regaló un traje nuevo, gorra y zapatos, manifestándole que podía disponer á su antojo de los viejos; Oliverio se los regaló á una sirvienta que le había manifestado mucho afecto, rogándole que se los vendiera á cualquier traperero y se quedase con el producto de la venta. La criada no se lo hizo repetir, y Oliverio, al ver al judío meterlos en su saco, experimentó un sentimiento de gozo, pensando que los perdía de vista para siempre y que ya no tendría que volver á ponérselos. Nunca se había vestido de nuevo hasta entonces.

Ocho días después del incidente del retrato estaba hablando con la anciana, cuando le envió á decir el Sr. Browulow que, si estaba bastante fuerte y quería pasar á su despacho, deseaba hablar un rato con él.

—¡Cielo santo! ¡Lávate las manos y déjame que te arregle el pelo, hijo mío!—exclamó la Sra. Bedwin.—¡Sagrado Corazón de Jesús! ¡Si lo hubiera sabido, te hubiera puesto un cuello blanco, para que estuvieras bien elegante!

Oliverio obedeció con apresuramiento; y aunque la dama sentía no tener tiempo de prepararle un cuello, le encontró tan bonito, tan encantador, que declaró que nada ganaría el chico con el arreglo y adorno.

Esto animó á Oliverio, que fué al despacho de su protector. Pidió permiso para entrar, que le fué otorgado desde luego. El caballero estaba leyendo un libro; suspendió la lectura, y le dijo que se sentara al otro lado de la mesa. Oliverio, contemplando tal cantidad de libros, maravillábase de que pudiera haber gente capaz de leer tan considerable número de obras, escritas, según todas las apariencias, para hacer al mundo más sabio. Más de uno y más de dos, con más experiencia de la vida que Oliverio, se habrán hecho la misma consideración.

—Hay muchos libros; ¿verdad, muchacho?—dijo el Sr. Browulow, observando la curiosidad del niño, que contemplaba los grandes estantes, desde el suelo hasta el techo, repletos de libros.

—Muchísimos—contestó Oliverio;—nunca he visto tantos.

—Ya los leerás, si lo deseas—replicó bondadosamente el anciano,—y hallarás en ellos más placer que en mirar su encuadernación; es decir, en algunos casos; porque hay libros de los cuales lo mejor son las tapas.

—Supongo que los mejores serán aquéllos—repuso el muchacho señalando unos infolios lujosamente encuadernados.

—No precisamente ésos—dijo el caballero sonriendo y dando un golpecito en la cabeza al chico.—Los hay pequeños y de encuadernación nada lujosa, que, sin embargo, son los mejores. ¿Te gustaría á tí escribir libros?

—Creo que más bien leerlos, señor.

—¡Qué! ¿No desearías ser autor?

Oliverio reflexionó un tanto, y al cabo opinó que era preferible ser librero, lo cual hizo reír de muy buena gana al caballero, quien declaró que había tenido el muchacho una excelente idea. Esto regocijó á Oliverio.

—Bueno, bueno—exclamó el anciano serenándose.—No te apures; no te haremos autor mientras haya un honrado oficio que aprender.

(1) Juego de cartas muy común en Inglaterra.

—Muchas gracias, señor.

La vivacidad de esta respuesta hizo reír otra vez al caballero, que murmuró entre dientes algo relativo á las singularidades del instinto, que Oliverio no entendió.

—Bueno—prosiguió el Sr. Browulow, hablando en tono más bondadoso, si cabe, pero más serio.—Pon gran atención en lo que voy á decir, muchacho; te hablaré sin ninguna reserva, porque estoy seguro de que podrás entenderme como cualquier persona mayor.

—¡Oh, señor, no diga usted que va á despedirme!—exclamó Oliverio alarmado por el tono serio del caballero.—No me eche usted á esas calles otra vez; déjeme permanecer aquí para ser su criado; no me deje usted que vuelva con esas gentes... ¡Tenga usted lástima de este pobre niño, señor!

—Hijo mío—dijo el caballero, conmovido por la calurosa súplica del muchacho,—no temas que te abandone, á menos que no me des motivo.

—¡Nunca, nunca, señor!—interrumpió Oliverio.

—Espero que no—murmuró el caballero en voz baja y como si hablara para sí.—No creo que me lo des, aunque he sufrido muchas decepciones de otros á quienes protegí y en quienes había depositado mi confianza... Las personas á quienes más he amado han muerto; pero, aunque se hayan llevado el encanto y la dicha de mi existencia, no he enterrado con ellas mi corazón... La desgracia depura nuestros sentimientos.

Oliverio escuchaba inmóvil.

—¡Bueno, bueno!—añadió con tono más alegre.—Te hablo de este modo porque tu corazón es joven, y al saber que he experimentado grandes infortunios, acaso tendrás mayor cuidado para no renovar mis penas. Dices que eres huérfano, sin parientes ni protectores, y todos los informes que he podido recoger lo confirman. Cuéntame tu historia; dime de dónde vienes, quién te ha criado y cómo conociste á las gentes que te acompañaban cuando te encontré. Dime la verdad, la estricta verdad, y está seguro de que, mientras yo viva, tendrás en mí un amigo.

Durante unos instantes, los sollozos impidieron hablar á Oliverio; cuando estaba á punto de comenzar á relatar cómo había sido criado en la granja y llevado al Asilo por el Sr. Bumble, dos golpes impacientes sonaron en la puerta de la calle, y un criado entró en la estancia anunciando la visita del señor Grimwig.

—¿Sube ya?—preguntó el caballero.

—Sí, señor—contestó el criado.—Preguntó si había en casa *muffins* (1), y cuando le contesté que sí dijo que tomaría el té con el señor.

(1) Pastas especiales para el té.

El Sr. Browulow sonrió, y volviéndose á Oliverio, díjole que aquel caballero cuya visita le anunciaban era un antiguo amigo, algo rudo en sus maneras, pero de excelente corazón.

—¿Me voy abajo, señor?

—No; prefiero que te quedes.

En aquel momento entró en el despacho, apoyándose en grueso bastón, un anciano corpulento, cojeando, vestido con una levita azul, chaleco á rayas,



—Hay muchos libros, ¿verdad, muchacho?

escotado, dejando ver su blanca camisa, pantalón de nanquín y sombrero de alas anchas. Su fisonomía era en extremo movible. Tenía al hablar la costumbre de inclinar á un lado la cabeza y mirar con el rabillo del ojo, lo que le asemejaba mucho á los loritos. En esta actitud hizo su aparición en la estancia y, mostrando en la mano un pedazo de corteza de naranja, gruñó malhumorado.

—Mira, ¿ves?... ¿No es sorprendente y extraordinario que no pueda ir á casa de un amigo sin encontrar en las escaleras alguno de estos miserables auxiliares del cirujano?... Un casco de naranja me dejó cojo, y estoy seguro que otra corteza de naranja causará mi muerte. Sí, sí; una corteza de naranja causará mi muerte. ¡Apostaría la cabeza!

Era el estribillo que usaba invariablemente para dar mayor fuerza á sus palabras.

—¡Apostaría la cabeza, sí!—repitió el Sr. Grimwig golpeando fuertemente el suelo con su bastón.—¡Hola! ¿Qué es eso?—añadió mirando á Oliverio y retrocediendo un paso.

—Esto es el joven Oliverio Twist, de quien ya hemos hablado—respondió el Sr. Browulow.

El muchacho saludó con una inclinación de cabeza.

—Espero que no será éste el muchacho que ha tenido fiebre, ¿eh?—dijo Grimwig retrocediendo otro paso.—¡Aguarda un minuto! ¡No hables! ¡No me contestes aún!—añadió bruscamente, perdiendo su temor al contagio de la fiebre ante el triunfo del descubrimiento.—¡Este es el chico que ha tirado la corteza de naranja á la escalera! Si no es éste, señor, ¿quién mondó la naranja y echó este pedazo de corteza á la escalera, eh?... ¡Apostaría la cabeza!

—No; no ha sido él, porque no ha tenido naranja, dijo su amigo riendo.—¡Anda, deja ahí el sombrero, y ven á hablar á mi amiguito!

—Me da mucho que pensar esto—dijo el irascible viejo quitándose los guantes.—Hay siempre cortezas de naranja en nuestra calle, y creo firmemente que es el hijo del cirujano de la esquina quien las echa para proporcionar trabajo á su padre. Ayer mismo, sin ir más lejos, una pobre mujer resbaló y cayó contra la verja de mi jardín. En cuanto se levantó, la vi que miraba esa endiablada linterna roja que alumbraba la muestra del cirujano. «¡No acuda usted ahí!»—le grité desde la ventana.—«Es un asesino, un carnicero, un...» ¡Apuesto...!

Y dió un tremendo golpe con el bastón en el suelo para completar su estribillo. Luego, sin dejar el bastón, se sentó, sacó los lentes, que llevaba sujetos á una larga cinta negra, y se puso á examinar á Oliverio, el cual se ruborizó y saludó nuevamente.

—¿Es éste el mocito?—preguntó al cabo.

—El mismo—repuso el Sr. Browulow sonriendo y animando á Oliverio con un signo de cabeza.

—¿Cómo va, muchacho?

—Mucho mejor; muchas gracias, señor—contestó Oliverio.

El caballero, temiendo que su brusco amigo dijese algo desagradable, ordenó á Oliverio que bajase á prevenir á la Sra. Bedwin que iban á tomar el té allí; y el muchacho vió el cielo abierto, pues el amigo de su protector no le era muy simpático.

—Es un mocito encantador, ¿no es cierto?

—No sé.

—¿Cómo que no?

—No sé; porque, para mí, todos los chicos se parecen. No conozco sino dos clases de chicos: los entecos y los mofletudos.

—¿Y en cuál de esas clases colocas á Oliverio?

—En la de los entecos. Tengo un amigo que tiene un hijo gordinflón, á quien llaman «hermoso niño»; tiene la cabeza como una bola, es mofletudo y rubicundo, de ojos brillantes... Es horrible; parece que va á hacer estallar los vestidos rompiendo todas las costuras; tiene voz de piloto y apellido de lobo; yo le conozco bien, es un granujilla...

—¡Vamos, no te exaltes! Después de todo, ése no es el tipo de Oliverio.

—Verdad; pero acaso no vale más que el otro.

El Sr. Browulow tosió con aire de impaciencia, lo que pareció causar vivísima satisfacción á su amigo.

—Sí—repitió;—acaso no vale más que el otro. ¿De dónde viene, quién es?... Ha tenido fiebre... ¿y qué? ¿Es que sólo la gente honrada tiene fiebre? Pues los turcos también la tienen, ¿eh?... Yo conocí un individuo á quien ahorcaron en la Jamaica por haber asesinado á su amo; había tenido fiebre más de seis meses... ¿Crees que lo indultaron por eso?... ¡Bah, bah!... ¡Tonterías!...

El hecho es que, en el fondo, el Sr. Grimwig estaba favorablemente dispuesto á confesar que la fisonomía de Oliverio prevenía mucho en su favor; pero tenía en el más alto grado la manía de contradecir, exacerbada todavía en aquel momento por haber encontrado en la escalera una cortecita de naranja. Resuelto, pues, á no dejarse influir para juzgar al niño, tuviera aspecto interesante ó no, desde que entró adoptó el partido de opinar en contra de su amigo.

Al contestarle el Sr. Browulow que no podía responder de una manera satisfactoria á ninguna de sus preguntas, porque no había querido interrogar á Oliverio hasta que estuviese bueno, el Sr. Grimwig tomó un aire burlón y maligno y preguntó irónicamente si el ama de llaves tenía la costumbre de contar los cubiertos de plata, porque, de otro modo, apostaría la cabeza á que no dejaría de substraer el muchacho alguna cucharilla.

Aunque de carácter muy vivo, el Sr. Browulow soportaba alegremente todas esas bromas, conociendo el carácter extravagante de su amigo. En cambio éste tuvo la complacencia de hallar excelentes el té y las pastas.

Oliverio, que tomaba el té con los dos amigos, comenzaba á encontrarse más á sus anchas ante el terrible anciano.

—¿Y cuándo tendremos el relato completo, mi nucioso y verídico de la vida y aventuras de Oliverio Twist?—preguntó el cojo, después de tomar el té y mirando de soslayo al interesado.

—Mañana por la mañana—se apresuró á contestar el Sr. Browulow.—Prefiero que estemos solos. Así, pues, vendrás aquí mañana á las diez, querido.

—Sí señor—respondió Oliverio.

—¡Apuesto á que no vienel—dijo Grimwig á su amigo en voz baja.—Te la pegará.

—Juraría que no—repuso el otro.

—¡Apostaría la cabeza!

Y golpeó el suelo con el bastón.

—Juraría que este niño es sincero—exclamó el anciano, dando un puñetazo en la mesa.

—Y yo que es un pillo.

Y dió otro puñetazo, por no ser menos.

—Veremos.

—Veremos.

La Sra. Bedwin entró en aquel instante con un paquete de libros que enviaba el librero ya conocido del lector.

—Que aguarde el dependiente.

—Ya se ha ido.

—¡Que le llamen!... Ese librero no es rico, y los libros no están pagados; además, hay que devolver otros.

Oliverio y la anciana corrieron, uno por cada lado de la calle, pero no lo vieron.

—Me contraría mucho. Quería devolverlos hoy mismo.

—Envíselos con Oliverio—dijo irónicamente Grimwig.—Los devolverá... á buen seguro.

—¡Oh, sí señor; déjeme usted llevarlos! Iré corriendo.

El anciano iba á decir que Oliverio no podía salir de casa; pero su amigo tosió con aire tan malicioso, que resolvió encargar de la comisión al muchacho.

—Dirás al librero—dijo á Oliverio, pero mirando fijamente á Grimwig—que ahí le devuelvo esos libros, y le pagarás ciento veinticinco pesetas que le debo... Aquí tienes ciento cincuenta; te sobran cinco duros.

Oliverio se metió los billetes en el bolsillo interior de la chaqueta, se abrochó ésta, prometiendo estar de vuelta á los diez minutos, y salió.

La anciana le acompañó hasta la puerta de la calle, indicándole minuciosamente el camino más corto.

—No sé por qué—murmuró siguiéndole con la vista—se me oprime el corazón al verle marchar... ¡Hijo mío!...

El niño se había vuelto desde la esquina para despedirse otra vez, agitando en el aire su gorrita.

—Dentro de veinte minutos estará de vuelta—dijo el anciano.

—Pero ¿crees seriamente que volverá?... ¡Bah!... ¡Las espaldas!...

—¿Lo dudas?

—Sí, sí; lo dudo—exclamó Grimwig dando un puñetazo en la mesa.—El chiquillo lleva un vestido nuevo, unos cuantos libros de precio y treinta du-

ros en billetes del Banco. Irá á reunirse con sus amigos los ladrones y se burlarán de ti... Si vuelve á poner aquí los pies, consiento en que me corten la cabeza.

Aproximó más su silla á la mesa, y los dos amigos quedaron silenciosos, fijos los ojos en el reloj.

Debe observarse, porque demuestra la importancia suma que concedemos á nuestros propios juicios, que Grimwig, que, lejos de ser perverso, tenía excelente corazón, que quería bien á su amigo y que tendría un verdadero disgusto si el Sr. Browlow fuese víctima de una deslealtad y de un doloroso desengaño... deseaba en aquel momento con todo su corazón que Oliverio no volviese. ¡Contradicciones del espíritu humano!

La noche llegó poco á poco, y los dos amigos permanecieron silenciosos en la obscuridad.

CAPÍTULO XV

EN QUE SE VERÁ CUÁN APASIONADOS DE OLIVERIO ESTABAN EL ALEGRE VIEJO JUDÍO Y ANITA.

En una taberna de Little Safron-Hill, donde había que tener luz encendida todo el día en invierno, y adonde en verano apenas llegaba nunca un rayo de sol, sentado ante una sucia mesa en la que había un plato de estaño y un vaso de vino, hallábase un hombre absorto en sus pensamientos y exhalando fuerte olor á alcohol. Á pesar de la obscuridad, por su traje de pana y sus brodequines, un polizone hubiera inmediatamente reconocido á Guillermo Sikes. Á sus pies, tendido y relamiéndose los morros, en los cuales tenía una herida, signo de una batalla reciente, estaba su perro.

—¡Quieto, quieto! ¿Te estarás tranquilo?—dijo de repente rompiendo el silencio. Aunque sus meditaciones eran tan intensas, se distraía con los movimientos del perro, y, enojadísimo, pegó una patada al animal. Generalmente los perros no tratan de vengar las ofensas que les hacen sus amos; pero el de Sikes era un perro tan irritable y de tan mal carácter como su dueño, y, tal vez exacerbado por el convencimiento de la injusticia de que era víctima, se precipitó sobre el pie que le ofendía y clavó los dientes en el brodequín, escapando á refugiarse bajo un banco, en el momento preciso en que llegaba á él el plato de estaño lanzado por su dueño, y que fué á estrellarse en la madera.

—Quieres morder, ¿eh?—rugió el Sr. Guillermo Sikes cogiendo con una mano las tenazas y sacando su cuchillo.—¡Ahora verás! ¡Ven aquí, ven! Te digo que vengas. ¿Me has oído?

El perro había oído, sin duda, porque el Sr. Sikes

hablaba con voz muy robusta; pero no parecía dispuesto á dejarse cortar el cuello. Permaneció, pues, donde estaba, gruñendo más fuerte, cuando recibió un tenazazo y mordió con furor el instrumento que le había arrojado su amo.

La resistencia enfureció más á Guillermo, que se puso de rodillas para atacar al perro en su reducto. Éste escapó, gruñendo encolerizado; el otro le persiguió, armado otra vez de las tenazas y sin abandonar el cuchillo. El uno gruñía y ladraba; el otro rugía y



—¡Hermano mío!... ¡Mi querido hermanito ...

blasfemaba. En esto se abrió la puerta de la taberna para dar paso á un individuo, y el perro aprovechó la ocasión y saltó, poniéndose fuera del alcance de su amo, el cual se revolvió contra el recién llegado, que no era otro que el alegre viejo Fagin.

Cuando logró éste á fuerza de humildad apaciguar al bandido, salió del interior de la taberna Anita, vestida del mismo modo que cuando fué á hacer averiguaciones á la Comisaría. Iba á la calle, y Guillermo se ofreció galantemente á acompañarla unos cuantos pasos, pues iba en la misma dirección, hasta determinada calle en que tenían que separarse. Fagin los vió salir juntos de mala gana, pues le daba

rabia que Sikes se interesara tanto en las pesquisas para el hallazgo de Oliverio Twist.

Mientras tanto, éste, sin sospechar que estaba tan cerca del regocijado viejo, se dirigía hacia el puesto del librero para cumplir el encargo del Sr. Browulow. De pronto se sintió fuertemente abrazado por una mujer, que exclamó con voz ronca y extremando las manifestaciones de su ruidoso júbilo:

—¡Hermano mío; mi querido hermanito!...

—¡Déjeme usted!—exclamó Oliverio, tratando de desasirse de aquellos lazos.—¿Por qué me detiene usted?

Por toda respuesta, la joven que le tenía abrazado, y que llevaba una cesta y un llavín, se puso á sollozar y á gemir, balbuceando:

—¡Oh encanto mío!—dijo la mujer.—¡Al fin le encontré!... Oliverio, Oliverio... ¡Pícaro, pícaro, que nos has causado tan gran disgusto!... Pero por fin te hallé... Ven; ven, rico mío... ¡Alabado sea Dios que me ha permitido encontrarte!... Ya le hallé, ya le hallé... ¡Ah, ah, querido hermanito!...

Con estas incoherentes palabras alternaban los sollozos de la joven; sollozos que parecían histéricos y que conmovieron hondamente á dos ó tres comadres y un dependiente de una carnicería que contemplaban la escena; tanto, que hubo quien habló de ir á buscar un médico para tranquilizar á la joven.

—No, no, no hace falta—replicó ella, estrechando fuertemente la mano de Oliverio;—esto me hace bien; es la alegría... ¡Vámonos á casa inmediatamente, niño desnaturalizado; vamos!

—¿Qué ha ocurrido, señora?—preguntó una de las comadres.

—¡Oh, señora! Se ha escapado de casa hace cerca de un mes, sumiendo en la mayor aflicción á sus padres, que son obreros, para seguir á una cuadrilla de pilletes... Su madre casi se muere del disgusto.

—¡Ah, pillito!—dijo la mujer.

—¡Vuelve en seguida á tu casa, bruto!—agregó otra.

—No soy yo—exclamó muy asustado Oliverio.—No la conozco; yo no tengo padre ni madre, ni hermanos; soy huérfano y vivo en Pontonville.

—¿Ven ustedes si es desvergonzado?

—¡Cómo! ¡Si es Anita!—exclamó Oliverio retrocediendo con espanto al ver el rostro de la joven.

—¿Ven ustedes cómo me reconoce?—exclamó Anita regocijada.—¡Si no podía ser de otro modo! ¿Quiere alguien ayudarme—añadió, dirigiéndose á los papanatas que habían formado corrillo—á llevarle á casa, para que nuestros padres se tranquilicen al recobrar al querido niño que creían perdido?

—¡Qué diablos es esto!—dijo un vozarrón, y un hombre seguido de un perro blanco apareció dentro del corro.—¡Cómo! El pequeño Oliverio... ¿Quieres

ir á escape á tu casa para tranquilizar á tu pobre madre, golfo?... ¡Ea, vivo, á tu casa!...

—Yo no tengo nada que ver con ellos; no los conozco!—gimió el pobre muchacho, tratando de desasirse del bandido.—¡Socorro!... ¡Socorro!...

—¿Socorro?—repitió Guillermo.—¡Ya te daré yo el socorro, sinvergüenza! ¿Qué libros son éstos?... ¿Los has robado, verdad, bribonzuelo?... ¡Trae acá!...

Y quitándoselos, le dió un fuerte cachete.

—¡Bien hecho!—dijo uno de los espectadores.—Es el mejor modo de hacer entrar en razón á esos tunos.

—Es verdad—añadió un oficial de carpintero, mirando con tono de aprobación al que había hablado.

—Es por su bien—añadieron algunas mujeres.

—Evidentemente—exclamó Guillermo satisfecho y repitiendo la suerte. Luego cogió al chico por el cuello de la chaqueta, le zarandeó un poco y prosiguió:—¡Ea; en marcha! ¡Y cuidado! ¡Turco, atención á lo que se te mande, eh!

Debilitado por la reciente enfermedad, aturdido por los golpes, espantado de los gruñidos amenazadores del horrible perrazo, y sintiéndose instintivamente rodeado de enemigos, ¿qué podía hacer el pobre niño? Toda resistencia le era imposible, y se dejó arrastrar pasivamente por un dédalo de callejones y pasajes estrechos, sombríos, encontrándose sin saber cómo en un solar sin cerca. Era de noche oscura.

Una vez allí, Sikes acortó el paso, pues la joven apenas podía seguirle, y volviéndose al muchacho le ordenó que cogiera la mano de Anita.

—¿Me has oído?—repitió bruscamente al ver que Oliverio vacilaba en obedecer y miraba con timidez en torno suyo.

Hallábanse en un lugar sombrío, lejos de todo transeunte, y el muchacho se convenció por completo de que toda resistencia era imposible; en consecuencia, tendió su mano á Anita, quien se la estrechó con fuerza.

—Dame la otra—le dijo Sikes.—¡Aquí, Turco!... El perro levantó la cabeza gruñendo.

—Oye—añadió tocando con su manaza el cuello de Oliverio:—si da un solo grito, saltale aquí;—y pronunció una horrible blasfemia.—¡Ya lo sabes!

El perro gruñó de nuevo, se relamió y miró á Oliverio, como si tuviera grandes ganas de hacer presa en su garganta.

.....

Mientras tanto, encendidos ya los mecheros de gas en la casa, se desesperaba la Sra. Bedwin con la tardanza de Oliverio, y los dos viejos, silenciosos é inmóviles, seguían mirando el reloj.

CAPÍTULO XVI

DE LA VUELTA FORZOSA DE OLIVERIO AL PODER DE FAGIN

Entre sus dos verdugos, ó, si se prefiere, entre los dos ladrones, Oliverio anduvo todavía unos treinta minutos; llegaron á un callejón extraviado, y después de escudriñar con atención la desierta calle, se detuvieron ante cierta casa, á la cual llamó Anita tirando de la campanilla. Hecho esto, se retiraron al lado de enfrente y se pusieron ante una farola para que los de adentro pudieran verlos por el agujero de la cerradura. Dos minutos después, la puerta se abrió, y Sikes metió sin ceremonias y casi en volandas á Oliverio. Una vez dentro, oyeron correr los cerrojos y echar la barra á la puerta.

—¿No hay nadie?—preguntó Guillermo.

—No—contestó una voz, que Oliverio creyó reconocer.

—¿Está el viejo arriba?—tornó á preguntar el ladrón.

—Sí, y os esperaba. ¡De bonito humor está! ¿Se pondrá más alegre al veros? Mucho me temo que no caiga esa breva.

El estilo y la voz parecieron familiares á Oliverio; pero era imposible en aquella obscuridad distinguir ni siquiera los bultos.

—¡Alumbra!—dijo Sikes,—porque, si no, nos vamos á romper la cabeza ó nos exponemos á pisar al perro, y entonces!... ¡guay de las pantorrillas! No digo más.

—Aguardad un momento y seréis complacidos—replicó la voz.

Se oyeron pasos que se alejaban, y en breve vieron llegar con una vela de sebo puesta en el extremo de una caña al mismísimo Juanillo Dawkins, por otro nombre el *Sutil Tramposo*.

El granujilla no se entretuvo en dar la bienvenida á Oliverio sino por medio de una mueca, y echó á andar ante los visitantes, haciéndoles atravesar una cocina en la cual no había más que las paredes, y, abriendo la puerta de una pieza que daba á un patio fangoso, los introdujo en ella. Allí fueron acogidos con grandes carcajadas.

—¡Ah, la buena pieza!—exclamó Carlitos Bates, de cuya boca habían salido las carcajadas.—¡Ya está aquí, ya está aquí! ¡Y no es muy buena la cara que pone! ¡Míralo, Fagin! ¡Oh, buena pieza, buena pieza! No puedo más; voy á morirme de risa. ¡Vaya un paso de comedia! ¡Ja, ja, ja!

Carlitos Bates, incapaz de contener sus transportes de alegría, hizo mil exageradas contorsiones, y hasta se tiró por los suelos de un modo reprensible;

el farsante viejo se quitó el gorro, y le saludó con profundo respeto, diferentes veces; en cuanto al *Tramposo*, era individuo de mucha conciencia, y jamás se entregaba al regocijo cuando tenía que trabajar. En vez de reirse, pues, como su compañero, registraba escrupulosamente los bolsillos de Oliverio; Carlitos, cuando se cansó de reir, cogió la vela, la acercó al chico hasta casi quemarle los vestidos y exclamó:

—¡Fíjese, Fagin, en sus vestidos!... ¡Qué tela y qué elegancia! ¡De primera! ¡Está hecho un aristócrata! ¡Hasta libros lleva!

—¡Encantadísimo de volver á verle á usted tan bueno!—añadió el alegre judío, haciendo profundísimas reverencias.—El *Tramposo* dará á usted otro traje, para que no estropee ese flamante vestido de los domingos... ¿Por qué no nos avisó el señorito su llegada? Le hubiéramos guardado algo caliente para cenar.

Esto provocó la ruidosa hilaridad de Carlos, que con sus extremos hizo reir á Fagin; y hasta el mismo *Tramposo* sonrió; pero como acababa de encontrar los billetes de Banco que llevaba Oliverio, es dudoso, á juicio del narrador, si fué la risa de sus amigos ó el hallazgo del dinero lo que despertó su alegría.

—¡Holal! ¿Qué es eso?—inquirió Sikes, adelantando hacia el judío, que iba á embolsarse el dinero.—Eso es mío, Fagin.

—No, no, querido; mío. Tú, Guillermo, tendrás los libros—repuso el judío.

—Si eso no es mío—replicó Guillermo con aire resuelto y encasquetándose el sombrero,—es decir, mío y de Anita, nos llevamos de nuevo al chico.

El judío se estremeció, y Oliverio también, aunque, por motivos bien diferentes, este último esperaba que la disputa tendría por efecto ponerle en libertad.

—Vamos: ¿sí ó no?—gruñó Sikes.

—Está muy mal lo que haces, Guillermo; muy mal. ¿Verdad, Anita?—exclamó el judío.

—Que esté bien ó mal—replicó Sikes,—dámelos, te digo. ¿Te figuras que no tenemos otra cosa que hacer Anita y yo más que dar caza al primer chiquillo que se haga enjaular á causa tuya? ¡Trae los billetes, viejo ladrón, roñoso, esqueleto! ¡Dámelos, te digo!

Con tan gentiles palabras, el bandido arrebató al judío los billetes que éste tenía sujetos entre el pulgar y el índice; luego, mirando fijamente á los ojos de Fagin, doblólos y los guardó en el nudo de su corbata-chalina.

—Esto es la recompensa de nuestros afanes y molestias—dijo Sikes,—y no representa ni la mitad de lo que vale en realidad nuestro trabajo. En cuanto

á ti, quédate con los libros y léelos si te gusta la lectura; y si no, los vendes.

—Es muy interesante esto—exclamó Bates, que fingía leer haciendo mil gestos cómicos.—¡Hermoso estilo! ¿No te parece, Oliverio?—Y al ver la mirada desconsoladora que el muchacho dirigía á sus verdugos, tan propenso por carácter á ver siempre el lado cómico de las cosas, soltó de nuevo el trapo, entregándose á un nuevo acceso de ruidosa alegría.

—Son del caballero—suplicó Oliverio, juntando las manos;—del venerable anciano que me recibió en su casa, que me hizo cuidar durante mi grave enfermedad; devolvédseles, os lo suplico; enviadles los libros y el dinero. Tenedme aquí toda mi vida si queréis, pero devolvédseles, os lo ruego, os lo suplico; enviádselo. Creerá que le he robado, y la anciana señora, y todos los que han sido tan buenos conmigo, creerán que les he robado... ¡Oh, por piedad, por piedad, tened compasión de mí y enviadles el dinero y los libros!

Fueron pronunciadas estas palabras con la energía que sugiere un dolor profundo, y al terminar cayó de rodillas á los pies del judío y juntó de nuevo las manos en desesperada súplica.

—El chico tiene razón—replicó Sikes, echando una ojeada en torno suyo, con evidente ironía, y frunciendo todo lo que pudo sus peladas y horribles cejas.—Tienes razón, Oliverio, tienes razón; pensarían que les habías robado. ¡Ah, ah!—añadió frotándose las manos.—¡No podía haber sucedido nada mejor, aunque hubiésemos estado buscando con todo espacio!—Sin duda—afirmó Sikes,—ya pensé en ello desde que lo vi con los libros bajo el brazo. Es indiscutible que deben ser gentes muy santurronas para haberlo recogido en su casa. No le buscarán por temor á que lo metan en la ratonera. Está á salvo.

Mientras se comunicaban ambos bandidos sus impresiones, Oliverio los contemplaba con mirada extraviada y como si no comprendiera bien lo que decían; pero, al oír las últimas palabras, se levantó de pronto y se lanzó fuera del cuarto pidiendo socorro con fuerza bastante para despertar todos los ecos dormidos de la desmantelada casa.

—¡No dejes salir á tu perro, Guillermo!—exclamó Anita, precipitándose hacia la puerta y cerrándola tras el judío y sus dos pupilos, que se habían lanzado en persecución del muchacho.—No dejes salir á tu perro; lo despedazaría.

—Lo merece—gruñó Sikes, luchando por apartarla:—¡déjame, ó te rompo la cabeza!

—Me da lo mismo, con tal que no salga el perro.

—¡Déjame!—rugió el bandido, exasperado por la resistencia de la damisela, y enviándola de un empujón al otro extremo de la estancia; pero en aquel momento volvieron los tres con Oliverio.

—¿Qué es eso?—preguntó el judío.

—Que esta muchacha parece que se ha vuelto loca.

—No, no estoy loca—dijo ella pálida y jadeante;—no estoy loca, Fagin; no lo creas.

—Pues bien; entonces, ¡cállate!—ordenó autoritariamente el hebreo.

—No me da la gana—replicó alzando el gallo;—¿y qué?...

El viejo conocía bastante á las mujeres para comprender que no era prudente insistir, y volviéndose al muchacho prosiguió:

—¡Ah! ¿Conque querías escaparte?

Y de un rincón cogió un palo nudoso.

Oliverio no contestó, pero observaba los movimientos del judío y su corazón palpitaba con violencia.

—Pedías socorro, querías atraer á la policía; ¿verdad? ¡Ya te haremos entrar en razón, joven!

Le cogió por un brazo y le dió un palo en un hombro. Ya levantaba el brazo para repetir la suerte, cuando la joven se lanzó sobre el judío, le arrancó el palo y lo arrojó al fuego con tal fuerza, que los carbones encendidos rodaron hasta en medio de la estancia.

—¡No consentiré eso, Fagin!—exclamó con energía.—¿No tiene usted ya aquí al chico? Pues ¿qué más quiere? Déjele tranquilo, déjenle en paz, ó tendrá que sentir alguno de ustedes: ¿me entienden?

Al proferir estas amenazas, la joven golpeó con el pie en el suelo. Pálida de cólera, tenía los dientes apretados, las manos crispadas, y miraba furiosamente á Sikes y á Fagin.

—¿Cómo, Anita!—dijo el judío algo apaciguado, después de una pausa durante la cual se miraron él y Sikes desconcertados.—Estás más admirable que nunca esta noche... ¡Ah, ah, querida!... Representas maravillosamente.

—¿De veras, eh? Bueno, pues tened cuidado conmigo. Usted sobre todo, Fagin; se lo aviso. Hay que jugar á cartas vistas.

Hay que temer á una mujer enfurecida, sobre todo cuando añade á todas sus fuertes pasiones ordinarias los feroces impulsos de la desgracia y de la desesperación. El judío vió que no se podía tomar la actitud de Anita por una impresión pasajera, y retrocedió instintivamente dos pasos dirigiendo á Sikes una mirada acobardada y suplicante, como si le invitase á proseguir el diálogo, reconociéndole más autorizado.

El Sr. Sikes comprendió el mudo llamamiento, y haciéndose cargo de que su personal orgullo y su influencia cerca del judío estaban interesados en reducir inmediatamente á la razón á Anita, ensartó un par de docenas de blasfemias y maldiciones, cuya

rápida enunciación honraba la fertilidad de su inventiva. Pero, como no produjeron visible efecto sobre la persona que las motivaba, resolvió recurrir á más conmovedores argumentos.

—¿Qué quieres decir con eso?—preguntó con voz de trueno y apoyando la pregunta con una maldición muy vulgar.—¿Qué pretendes significar con eso? ¡El Diablo me lleve! ¿No sabes quién eres y lo que eres?

—¡Oh, ya lo creo que lo sé!—contestó con risa histérica é irguiendo la cabeza con aire de mal fingida indiferencia.

—Pues bien; entonces, échate un nudo en la lengua y déjanos en paz—gruñó Sikes como si se dirigiese á su perro,—ó yo te haré estarte tranquila por mucho tiempo.

La moza se echó á reir con más frescura que antes; luego dirigió á Sikes una ojeada furtiva y volvió la cabeza para morderse el labio hasta hacerse sangre.

—¡Estás admirable—añadió Sikes despreciativamente—con ese aire de bondad y generosidad que tomas! Buena ocasión para hacerte amiga de ese niño, como tú le llamas!

—¡Dios todopoderoso me ampare como soy su amiga!—repuso la joven con energía.—Desearía haberme muerto en la calle ó estar en la ratonera, antes que haber contribuido á entregaros ese niño, que desde hoy será sólo un bribón, un granuja, un ratero, un bandido. ¿No tiene bastante con esto ese viejo miserable, que aún quiere maltratarle?

—¡Vamos, vamos, Sikes!—dijo el judío con tono de reproche y señalando con la mirada á sus dos pupilos que escuchaban el diálogo.—¡Haced las paces!

—¡Hacer la paz!—gritó Ana exasperada.—¡Viejo miserable, tú fuiste quien me corrompió cuando no tenía ni la mitad de los años que este niño! ¡Habla! ¿No es cierto?

—Bueno, bueno—replicó el judío tratando de calmarla;—con ello ganas la vida.

—Sí, así es—continuó con extrema volubilidad.—Así gano la vida, viviendo en las calles á pesar del frío y de la lluvia, arrastrándome por el lodo. ¡Miserable canalla! Y así tendré que hacer hasta morir.

—Y algo peor puede sucederte—dijo el judío exasperado por tanto reproche—si no te callas.

La muchacha no contestó; pero furiosa y colérica se lanzó sobre el viejo, y le hubiera dejado sin duda recuerdos indelebles, á no intervenir Sikes tratando de sujetarla. Después de una fuerte lucha, la dama perdió el conocimiento.

—¡Me alegro!—exclamó el bandido.—Esta chiquilla es una fiera, y cuando se pone así tiene la fuerza de un toro.

El hebreo se enjugó el sudor que le bañaba la fren-

te y sonrió satisfecho de ver el fin de aquella escena á la que no concedían, por otra parte, gran importancia ni él, ni Sikes, ni los pilletes, ni el perro.

—No hay cosa peor que tener que tratar con mujeres. Pero son muy astutas, y para ciertos negocios irremplazables. Carlillos, sube á acostar á Oliverio.

Y el judío volvió á ocupar su puesto habitual junto á la chimenea.

—¿No se pondrá mañana esos flamantes vestidos, supongo?—inquirió Bates sonriendo.

—Seguramente—contestó el judío sonriendo también.

Maese Bates, encantado de la comisión que le habían confiado, cogió una vela y guió á Oliverio á una cocina próxima, donde había extendidos tres lechos formados con arpilleras, y, una vez allí, el granujilla devolvió, riendo ruidosamente, á su compañero los asquerosos vestidos de que Oliverio creía haberse desembarazado para siempre en casa del Sr. Brownlow, y á los cuales, sin él sospecharlo, debía su captura pues Fagin los había reconocido al verlos en poder del judío que los compró, y por ellos supo el domicilio del muchacho.

—Desnúdate y entrégame tu traje nuevo para que lo guarde Fagin... ¡Ah, qué gracial...

El desdichado Oliverio obedeció, aunque de mala gana, y el joven Bates arrolló los flamantes vestidos, se los puso bajo el brazo y salió, dejándolo sumido en las tinieblas.

Las carcajadas de Carlillos y las exclamaciones de la señorita Isabel, que llegó á tiempo para echar agua fría al rostro de su amiga desmayada, hubieran sido suficientes para no dejar dormir á criaturas más dichosas que Oliverio; pero éste hallábase delicado aún y fatigadísimo y en breve se durmió profundamente.

CAPÍTULO XVII

EN EL QUE SE VERÁ QUE LOS HADOS CONTINUAN ADVERSOS Á OLIVERIO, PUES HACEN QUE LLEGUE Á LONDRES UN RESPETABLE PERSONAJE PARA MANCI LLAR SU REPUTACIÓN

Es común en el teatro que alternen, para producir mejor efecto en los espectadores, las escenas cómicas y las dramáticas. El protagonista gime tétricamente en una miserable mazmorra, encadenado por el traidor, y, tras la escena trágica que conmueve al público en masa, aparece el criado que, ignorante de las desgracias de su amo, aplaca los nervios y hace reír con sus bufonadas; ó bien acabamos de contemplar á la heroína secuestrada por un odioso barón, expuesta á perder la honra y la vida y sacando un puñalito del seno, decidida á perder ésta por

salvar aquélla, y en el momento de mayor tensión dramática se oye un silbido, baja el telón y se nos hace asistir á un banquete alegre y ruidoso en el cual se cantan canciones cómicas en extremo.

Parecen absurdos estos cambios bruscos, pero son, sin embargo, más verosímiles de lo que puede creerse. La vida nos ofrece sin cesar contrastes de ese género; entre el regocijo, ó á su lado, surge la muerte; tan pronto hay alegría y placer como tristeza y duelo; pero entonces somos actores y no espectadores, y la diferencia es grande. Esas transiciones bruscas no nos sorprenden en el escenario vastísimo de la vida humana, y nos parecen convencionales y artificiosas en el teatro. Este preámbulo tiene por objeto principal prevenir al lector que el historiador, con excelentes razones en su abono para tal viaje, se ha propuesto conducir á los lectores á la ciudad natal de Oliverio Twist.

Cierta mañana, muy temprano, el Sr. Bumble salió del Asilo con la cabeza erguida y subió por la calle Mayor con paso majestuoso; resplandecía esplendorosa en él su alta dignidad de muñidor. Los rayos del Sol saliente destellaban en su galoneado sombrero de tres picos, y empuñaba el bastón con ese aire resuelto que infunden el poder y la salud. El Sr. Bumble llevaba siempre la cabeza erguida; pero, aquella mañana, aún más que de ordinario. Su mirada tenía algo de profunda, y su andar revelaba tanta altivez que un observador hubiera comprendido que bullían en su cerebro de muñidor las más transcendentales ideas.

No se detenía á hablar con los artesanos que á las puertas de las tiendas le saludaban respetuosamente, y apenas contestaba á sus saludos con un gesto. Así llegó hasta la alquería en que la Sra. Mann velaba con celo parroquial por los niños pobres.

—¡Condenado muñidor!—se dijo la Sra. Mann oyendo sacudir con violencia la puerta del jardín.—No puede ser otro que él el que llega tan temprano.

Y luego, haciendo entrar al personaje con aparente consideración:

—¡Oh, Sr. Bumble, qué dicha!... Felices los ojos... ¡Pase, pase... sírvase usted pasar!

—Buenos días, Sra. Mann—respondió el muñidor sentándose con suavidad, en vez de hacerlo bruscamente.

—Muy buenos los tenga usted. ¿De salud bien, verdad?

—Así, así; la vida parroquial no es un lecho de rosas.

—¡Ah, es cierto, Sr. Bumble!—replicó la dama. Y todos los niños pobres podían haber coreado el aserto.

—La vida parroquial, señora—continuó el muñidor golpeando la mesa con su bastón,—es una vida

de agitaciones, de vejaciones, de trabajos; pero ya se sabe que todos los cargos públicos excitan contra sí las persecuciones.

La Sra. Mann, ignorando adónde iba á parar su interlocutor, alzó los ojos al cielo y exhaló un suspiro.

—¡Ah, si supiese usted, Sra. Mann!—exclamó Bumble.

Obediente y solícita, la Sra. Mann suspiró otra vez, evidentemente en honor de los cargos públicos siempre perseguidos, como se sabe, y el funcionario, satisfecho, contempló seriamente su sombrero y prosiguió:

—Sra. Mann, me voy mañana á Londres.

—¡Es posible, Sr. Bumble!—exclamó ella retrocediendo.

—¡Sí señora, á Londres!—replicó el inflexible muñidor.—Tomo la diligencia y llevo conmigo dos pobres del Asilo. Una instancia legal se ha entablado respecto á su colocación, y el Concejo parroquial me encarga á mí, á mí, que lo represente en las sesiones de Clerkenwell.

Hablaba con cierta volubilidad, y hasta se permitió sonreír por un instante; pero la vista de su sombrero de tres picos, que parecía censurarle su ligereza, le volvió á la gravedad y, suspendiendo las explicaciones del viaje é instrucciones de la Comisión, les interrumpió, diciendo:

—Bueno, señora; traigo á usted el estipendio parroquial del mes. Hágame usted el correspondiente recibo.

Luego pidió noticias de los niños, y las obtuvo excelentes. El único que estaba enfermo era Ricardo. El muñidor quiso verle, y con tono desabrido le preguntó si echaba de menos algo.

—Quisiera...—empezó á decir el muchacho.

—¡Cómo!... ¿Vas á decir que te falta algo, miserable?—dijo la Sra. Mann.

—¡Déjele hablar!—ordenó con autoridad el muñidor.

—Quisiera—prosiguió el muchacho—que alguien me escribiera en un papel unas cuantas palabras de amistad dirigidas al pobre Oliverio Twist, y que se las enviaran cuando yo hubiera muerto, diciéndole que he llorado algunas noches mucho pensando en los trabajos que pasaría andando á la aventura sin recursos... y que me alegro de morirme pronto; pues, si tardara mucho en ir al Cielo, mi hermanita me habría olvidado y no me reconocería.

El Sr. Bumble contempló al pequeño de pies á cabeza y dijo dirigiéndose á la dama, algo más tranquila:

—¡Todos están cortados por el mismo patrón! Ese desvergonzado de Oliverio los ha pervertido. Me veo obligado á dar cuenta de ello á la Comisión.

—Espero que comprenderá usted que no es culpa mía.

—Tranquilícese usted, señora.

Y el muñidor se volvió al Asilo, mientras Ricardito era encerrado bajo llave en la carbonera.

A la mañana siguiente emprendía el viaje á Londres, con un sombrero redondo en vez del de tres picos, y en compañía de los criminales de quienes quería desembarazarse la Parroquia; y una vez libre de aquellos seres desagradables, instalóse en el hotel, y se dedicó á leer los periódicos. De pronto se sobresaltó leyendo la siguiente noticia:

VEINTICINCO DUROS DE RECOMPENSA

Habiendo desaparecido desde el jueves por la tarde un muchacho llamado Oliverio Twist, se dará una recompensa de veinticinco duros á quien dé noticias que puedan facilitar un encuentro ó suministre datos verídicos acerca de su historia que se tiene mucho interés en conocer.

Seguían las señas personales del muchacho y las de la casa del Sr. Browulow.

El muñidor leyó y releyó el extraño anuncio, y, sin concluir de beberse el ponche que había hecho le sirvieran, salió de la fonda para dirigirse á Pontonville.

—El Sr. Browulow ¿está en casa?—preguntó al sirviente.

—No sé. ¿De parte de quién viene usted?

Apenas había pronunciado el nombre de Oliverio, cuando la Sra. Bedwin, que estaba escuchando, le hizo pasar muy satisfecha.

—¡Ya sabía yo que no tardaríamos en tener noticias del querido niño!

El Sr. Browulow estaba con su amigo Grimwig, sentados ambos á la mesa con sendas copas delante.

—¡Un muñidor!—dijo el último.—¡Un muñidor! ¡Apuesto la cabeza!

—¡Haz el favor de no interrumpirnos ahora! Siéntese usted.

El muñidor obedeció. El caballero colocó la luz de modo que diera de lleno en el rostro de Bumble.

—¿Ha leído usted el anuncio que he publicado en los diarios?—comenzó diciéndole.

—Sí, señor.

—Y es usted muñidor, ¿verdad?—interrumpió Grimwig.

—Sí, señores, muñidor de parroquia—contestó con orgullo el Sr. Bumble.

—¡Es claro! ¡Si no podía ser otra cosa!

—¡Haz el favor de callarte! ¿Sabe usted lo que ha sido de ese pobre niño?

—No, señor.

—Entonces, ¿qué es lo que sabe usted de él? ¡Hable pronto!

El Sr. Bumble no se hizo rogar. Acomodóse en su sillón, echó hacia atrás la cabeza y, después de pensar un instante, comenzó á contar lo que parecía saber. No hay para qué repetir las propias palabras del muñidor, graves y pausadas: era un expósito de padres perversos, que desde su más tierna infancia había mostrado hipocresía, ingratitud y perversión; que había abandonado su ciudad natal, fugándose de noche de casa de su amo, después de haber intentado asesinar cobardemente á un inofensivo camarada. Esto fué lo que relató Bumble en unos veinte minutos, y en apoyo de sus aserciones mostró al Sr. Browulow unos documentos de que se había provisto.

En honor de la verdad, no eran muy concluyentes los testimonios escritos, ni mucho menos; pero el caballero, después de haberlos hojeado, exclamó con tristeza:—

—Mucho temo que sea verdad cuanto acabamos de oír. *He aquí las cinco guineas de recompensa ofrecidas.* ¡Ah! De buena gana hubiera dado el triple de esa suma por que los informes hubieran sido favorables para ese niño.

No es improbable que si Bumble hubiera previsto esta exclamación al principio de la entrevista, diera á su historia muy diferente colorido; pero ya no había remedio. Cogió los veinticinco duros, hizo una profunda reverencia y se fué.

El caballero comenzó á pasearse de un lado á otro de la estancia con aspecto tan desolado, que su amigo no se atrevió á decirle una palabra. Por fin se detuvo y agitó violentamente la campanilla.

—Sra. Bedwin, ese niño, ese Oliverio, es un bribón.

—¡Imposible, señor, imposible!—exclamó enérgicamente la anciana.

—Lo repito, y no comprendo—dijo él con rudeza—qué significan esos *imposibles*. Acabamos de oír su historia, y desde que nació ha sido una perversa criatura.

—No me lo hará creer nadie—repitió ella con firmeza.

—¡Bah!—interrumpió Grimwig.—¿Qué saben ustedes las señoras de edad? Yo lo vi desde el primer momento. Ustedes se conmueven muy fácilmente y creen todas las patrañas que...

—Oliverio era un niño amable, dulce y agradecido. Conozco bien á los niños... desde hace ya cuarenta años; y las gentes que no pueden decir otro tanto, harían mejor en callarse. Ésta es mi opinión.

Era una alusión á la soltería recalcitrante del señor Grimwig, que por toda respuesta sonrió. La anciana iba indudablemente á continuar su filípica, cuando el dueño de la casa le impuso silencio.

—¡Calle usted!—dijo fingiendo una irritación que

estaba muy lejos de sentir.—¡Que no vuelva en mi vida á oír hablar de ese niño! Sólo para comunicarle eso la he llamado. Puede usted retirarse, señor Bedwin, y acuérdesese de que quiero ser obedecido.

La mayor tristeza reinó aquella noche en casa del señor Browulow.

En cuanto á Oliverio, se desesperaba al pensar en sus nobles y bondadosos amigos de Pontonville. Felizmente para él, ignoraba lo que les había contado el muñidor; de otro modo se hubiera muerto de pena.

CAPÍTULO XVIII

DE CÓMO VIVÍA OLIVERIO EN COMPAÑÍA DE SUS RESPETABLES AMIGOS

La mañana siguiente al día de su captura, al que darse solo con Fagin, éste aprovechó la ocasión para predicar un largo sermón á Oliverio, censurando su ingratitud por haber querido abandonarlos después que le habían manifestado tan sincera amistad y evitado, al recibirle en su compañía, que pereciera de hambre en las calles de Londres. Luego le contó la espantosa historia de otro joven ingrato que había querido venderlos y había acabado en la horca, dándole á entender claramente que él, Fagin, aun lamentándolo con todo su corazón, había sido la causa de que le colgaran, obligado por la necesidad.

Escuchando al judío, Oliverio temblaba de espanto. Sabía por experiencia que la Justicia podía confundir al inocente con el culpable; y acordándose de los altercados del viejo con Sikes, no le cabía duda de que Fagin había puesto más de una vez en práctica su plan para reprimir indiscreciones y hacer desaparecer á los charlatanes. El viejo bandido sonreía satisfecho de su elocuencia al ver el terror pintado en las facciones del muchacho. Durante aquella tarde y todos los días subsiguientes, Oliverio quedó solo encerrado en la estancia, pensando en sus buenos y cariñosos amigos de Pontonville. Al cabo de una semana el judío no cerró la puerta del cuarto y el chico pudo vagar por toda la casa, sucia, asquerosa, destartada y triste.

Un día que el *Tramposo* y Bates iban á pasar la velada fuera, metiósele en la cabeza al primero de ellos poner más cuidado que de costumbre en el arreglo de su persona, á pesar de que no solía tener tales debilidades, y se dignó mandar á Oliverio que le sirviera de ayuda de cámara.

El muchacho, muy contento de servir para algo y ávido de conciliarse el afecto de los que le rodeaban, siempre que pudiera hacerlo honradamente, se apresuró á hacer lo que le mandaban. El *Tramposo* se sentó á la mesa, Oliverio puso una rodilla en

tierra y comenzó con toda conciencia á lustrarle las botas; operacion que el Sr. Dawkins llamaba «bar-nizar las trotadoras».

Sea el sentimiento de libertad é independencia que debe suponerse propio de todo animal racional al hallarse cómodamente sentado en una mesa fumando su pipa y balanceando una pierna acompasadamente, mientras le limpian las botas sin sufrir la enojosa molestia de descalzarse ni la terrible perspectiva de calzarse, operaciones que distraen los pensamientos; sea que la calidad del tabaco le predispusiese á la bondad, es el caso que, después de contemplar un instante á Oliverio, exclamó, medio abstraído, medio dirigiéndose á Bates:

—¡Qué lástima que no sea de los nuestros!

—¡Bah!—contestó el otro.—¡No sabe lo que es bueno!

El *Tramposo* dió un suspiro y volvió á fumar en silencio.

—Apuesto á que no sabes cuál es nuestra profesión—dijo después de una pausa á su limpiabotas.

—Creo que sí—contestó éste, levantando los ojos.—La de ladrón. ¿Es eso?

—Sí; y me avergonzaría de hacer otra cosa.—Al decir esto se encasquetó el sombrero de un sopapo y miró á Carlos como desafiándole á opinar en contra.—Sí; ésa es mi profesión, y también la de Carlos, y la de Fagin, y la de Anita, y la de Guillermo, y la de Isabel y la de todos nosotros, comenzando por Fagin y acabando por Turco, que es el último de la cuadrilla.

—Y el menos dispuesto á hacernos traición—agregó Carlos.

—No sería él el que fuera á ladrar al banco de los testigos, aunque le tuvieran una quincena encerrado y sin comer.

—¡Ni resollaría!—afirmó Bates.

—¡Es un perro magnífico!—prosiguió el *Tramposo*.—Cuando está con la compañía, ¡con qué aire amenazador mira al que ríe ó habla fuerte! Gruñe cuando oye tocar el violín, y detesta á los demás perros. ¡Es una alhaja!

—¡Ya lo creo!—dijo Carlillos.

—Bueno, bueno—agregó Juan Dawkins, volviendo á su tema.—Eso no tiene nada que ver con este muchacho.

—Verdad. Oye, Oliverio, ¿por qué no te dedicas á ello?

—Habrías hecho tu fortuna.

—Vivirías de tus rentas, como pienso hacer yo el mejor día.

—No me gusta—dijo tímidamente Oliverio.—Quisiera que me permitiesen irme... Preferiría marcharme.

—Y Fagin prefiere que te quedes—replicó Carlos.

Demasiado lo sabía Oliverio; pero, juzgando peligroso explicarse más claramente, suspiró y volvió á la limpieza de las botas del *Tramposo*.

—¡Va de ahí!—exclamó éste.—¿No tienes corazón? ¿Careces de amor propio? ¿Es que te agrada vivir á expensas de los amigos?

—¡Oh!—dijo Carlos, sacando de sus bolsillos dos ó tres pañuelos de seda y echándolos en un armario.—¡Sería vergonzoso!...

—En cuanto á mí, no podría vivir así—agregó el *Tramposo* con desdén.



...Oliverio puso una rodilla en tierra y comenzó á lustrar las botas...

—Lo que no impide que abandonéis á los amigos y los dejéis castigar en vuestro lugar—replicó Oliverio sonriendo.

—Eso fué por consideración á Fagin—respondió el *Tramposo*,—porque los *quindillas* saben que trabajamos unidos y él se habría visto muy comprometido si hubiéramos caído en la ratonera. ¿Verdad, Carlillos?...

Maese Bates hizo un gesto de asentimiento. Iba á responder; pero de pronto asaltó su imaginación el recuerdo de la fuga, y le acometió un acceso de risa, en virtud del cual tragó el humo de la pipa y estu-

vo más de cinco minutos tosiendo y golpeando el suelo con el pie.

—¡Mira!—agregó el *Tramposo*, sacando de su bolsillo un puñado de chelines y peniques.—¡Esto es gozar de la vida!... ¿Y á qué juego he ganado esto?... En ti solo consiste aprenderlo. Y, desengáñate; si tú no escamoteas relojes y pañuelos, otros lo harán. Tanto peor para los que se los dejan quitar, y tanto peor para ti también. El dinero no viene á meterse en el bolsillo de uno, si uno no lo coge donde esté y se lo mete. Y tú tienes tanto derecho como cualquiera otro á cogerlo de donde haya.

—Seguramente, seguramente—exclamó el judío, que acababa de entrar sin que lo viera Oliverio.—Haz caso á lo que te dice el *Tramposo*; es como el Evangelio. ¡Oh, éste conoce perfectamente el catecismo de su profesión!...

Al mismo tiempo que daba su asentimiento, el alegre anciano se frotaba las manos entusiasmado por los talentos de su discípulo favorito. La conversación suspendióse porque Fagin llegaba acompañado de la señorita Isabel y de un caballero que Oliverio no había visto nunca, pero á quien el *Tramposo* saludó con el nombre de Tomás Chatling.

El joven Chatling, de más edad que el *Tramposo*, contaría ya sus diez y ocho años, pero mostraba á su joven compañero cierta deferencia que traslucía el reconocimiento de su inferioridad. Tenía los ojos pequeños, parpadeaba incesantemente y su cara estaba marcada con las huellas de las viruelas. Su traje estaba poco presentable, pero se excusó diciendo que hacía sólo una hora que había acabado su condena y que había estado vistiendo el reglamentario durante seis semanas.

El Sr. Chatling se manifestó indignado con el nuevo sistema de fumigación empleado *allá*; sistema infernal que quema y estropea las ropas; y también estaba sumamente enojado con la despótica costumbre de hacerles cortar el pelo, lo que, á su juicio, era ilegal y arbitrario. Protestaba también contra el hecho de que durante cuarenta y dos mortales días de trabajo forzado no hubiera podido probar una gota de alcohol; y añadió que consentía en ser empalado si no tenía la garganta más seca que un esparto.

—Oliverio—exclamó el judío, mientras que los jóvenes ponían sobre la mesa una botella de aguardiente.—¿De dónde crees tú que viene el señor?

—No sé...

—¿Quién es ése?—preguntó Tomás, mirándole con desdén.

—Uno de mis amigos, querido.

—Pues bien, pequeño, no te preocupes de averiguar de dónde vengo. Apostaría á que no tardas mucho en hacer el mismo camino.

Los otros rieron y hablaron algo entre sí en voz

baja. Después de beberse un vaso con deleite, Tomás pasó con Fagin á una estancia separada, donde conferenciaron algunos minutos. Luego volvieron y se sentaron cerca del hogar.

Cuando todos se hubieron retirado á dormir, el judío retuvo á Oliverio, anunciándole que tenía que hablarle.

Había celebrado aquella noche una larga conferencia con Guillermo, que tenía preparado un soberbio «golpe», para el cual necesitaba un chico. El que acostumbraba á servirles, alquilado para el caso, á una tía suya, había sido recogido por una Hermandad y llevado al Hospicio, donde les enseñaban á leer, escribir y trabajar honradamente, cosa que desesperaba á Sikes.

El judío quiso averiguar dónde era el golpe; su cómplice no quiso dar pormenor alguno, y se le ocurrió al viejo proponer á Oliverio para sacarlos del apuro. Guillermo aceptó desde luego.

—Pero te prevengo que como *cerdee* lo más mínimo, no le vuelves á ver.

El judío, pues, comunicó al niño que al día siguiente irían á buscarle de parte del Sr. Guillermo.

—¿Para quedarme allí?—preguntó Oliverio.

—No, no; te quiero demasiado para deshacerme de ti... No tengas miedo, no te abandonaré...—añadió el judío con tono irónico. Luego agregó:—Supongo que querrás saber para qué vas á casa del señor Guillermo, ¿eh?

—Cierto; desearía saberlo.

—¿No sospechas para lo que puede ser?

—No, señor.

El judío vaciló.

—Bueno—dijo luego,—pues ya te lo dirá Guillermo. Ahora, coge la vela y vete á dormir.

—Buenas noches, señor.

Al irse vió que el judío lo examinaba atentamente, con las cejas fruncidas. De pronto exclamó, con voz relativamente cariñosa:

—¡Cuidado, Oliverio, cuidado!... Guillermo es una fiera copaz de todo, por poco que se le contraría. Suceda lo que suceda, no digas nada, y haz todo lo que te mande. Acuérdate bien de lo que te digo.

El muchacho, antes de dormirse, rogó fervientemente al Todopoderoso que le matase antes de permitirle hacerse criminal, mientras las lágrimas corrían silenciosamente por sus infantiles mejillas.

CAPÍTULO XIX

EN EL QUE SE RELATAN LAS TRISTES CONSECUENCIAS QUE TUVO PARA OLIVERIO UN INTENTO DE ROBO CON FRACHTURA

Al despertar por la mañana Oliverio quedó agradecidamente sorprendido al ver, en lugar de su viejo cal-

zados ordinarios, un par de zapatos nuevos con gruesas suelas. Tuvo un acceso de alegría; pero muy pronto recordó su conversación de la noche anterior con el judío y volvieron á asaltarle mil temores.

Próximo al anochecer, solo en la estancia y ya sin pensar en otra cosa que en sus amigos de Pontonville, sintió de pronto un ruido ligero que lo hizo estremecer. Volvióse y vió que había entrado Anita en la cocina. Estaba contemplándole, muy pálida. Le preguntó afectuosamente si estaba enferma; ella se dejó caer en una silla, volviéndole la espalda, se retorció las manos y no respondió.

—¡Dios me perdone!—dijo después de un breve silencio.—Nunca hubiera creído esto.

—¿Le ha sucedido á usted algo?—preguntó Oliverio.—¿Puedo ser útil á usted en alguna cosa? Disponga de mí.

Conmovida la joven se llevó la mano á la garganta y lanzó un sordo gemido: parecía ahogarse.

—¿Qué tiene usted, Anita?—preguntó Oliverio muy inquieto.

La joven se golpeó las rodillas, se puso en pie, se arrebujó en su mantón y se estremeció de frío. Oliverio atizó el fuego y la miró con afecto.

—No sé lo que me sucede de algún tiempo á esta parte—dijo ella reparando el desorden de su vestido.—Es sin duda á causa de este cuarto sucio y húmedo... En fin; mi querido Oliverio, ¿estás dispuesto?...

—¿Me voy con usted?

—Sí; vengo de parte de Guillermo; es preciso.

—¿Para qué?—preguntó nuestro amigo retrocediendo dos pasos.

—¡Oh, para nada malo!...

—Lo dudo.

—Bueno—repuso ella riendo afectadamente.—Pues para nada bueno, si quieres.

Oliverio comprendió que ejercía alguna influencia sobre la sensibilidad de la joven; pensó en hacer un llamamiento á su conmiseración, pero luego reflexionó que, yendo solo con ella por las calles, hallaría quien le arrancase de sus manos. Ni esta reflexión ni el proyecto fruto de ella se le escaparon á Anita.

—¡Chist!—dijo señalando con un dedo la puerta y mirando en torno suyo de una manera escrutadora.—No pienses locuras; no puedes escaparte. He hecho por ti todo lo que he podido, pero no hay medio. Estás vigilado por todas partes; y si alguna vez has de llegar á lograrlo no será ésta, créeme.

Impresionado por el tono enérgico de la joven, Oliverio la miró con asombro. Era evidente que hablaba con sinceridad y seriamente. Estaba pálida, anhelante y temblorosa. Pocos segundos después se pusieron en camino y no tardaron en llegar á casa de Guillermo.

Este, enseñándole una pistola, le preguntó si conocía lo que era; y al oír la respuesta afirmativa del muchacho, cargóla cuidadosamente.

—¡Bueno!—dijo luego, apretando la mano del niño y poniéndole el cañon tan cerca de la sien, que Oliverio no pudo reprimir un grito.—De una vez por todas, atiende bien: si tienes la desgracia, cuando salgas conmigo, de decir una sola sílaba sin que te pregunten, te alojo una bala en la cabeza sin más preámbulo. Así, pues, si te viene el capricho de hablar sin permiso, encomienda á Dios tu alma primero.

Aquella noche durmió vestido en un colchón tendido en el suelo, y á la mañana siguiente, muy temprano, emprendió la marcha de la mano de Guillermo. No tardó éste mucho en arreglarse con un carretero para que los llevara hasta dos ó tres millas más allá de Sunbury. Luego continuaron á pie su camino, sin detenerse en Shepperton, como hubiera deseado Oliverio, que se hallaba extenuado.

Continuaron la marcha por mal camino, por medio de barrizales y en la mayor obscuridad, hasta que distinguieron las luces de un pueblo próximo. Como viera Oliverio que corría un río á sus pies y que en vez de pasar el puente bajaban hacia el lecho, pensó, medio muerto de terror:

—¡Me va á echar al río!... Me ha traído á este lugar desierto para deshacerse de mí.

En esto llegaron ante una casa aislada y en ruinas, donde entraron en silencio. Momentos después le obligaba Sikes á tomar una copa de licor y salía con él y con su cómplice Tobías Crackit. Antes de que se le despejara un tanto la cabeza, ya habían ambos bandidos saltado las tapias de una casa de campo, metiendo dentro del jardín á Oliverio con ellos.

—¡Por amor de Dios! ¡Dejadme irme! Juro que no iré nunca á Londres... Tened piedad de mí... Jamás di...—empezó á suplicar Oliverio; pero Guillermo le aplicó, profiriendo una horrible blasfemia, la pistola á la cabeza. Tobías se la arrancó de la mano, tapó la boca del niño y dijo en voz baja:

—¡Silencio! Si pronuncias una sola palabra, te hago pedazos la cabeza de un garrotazo. Esto no hace ruido, y el efecto es el mismo.

Luego, con auxilio de una palanqueta, abrieron una ventana en la parte trasera de la casa. La abertura era tan chica, que los dueños de ella no habían creído necesario proveerla de barrotes. Apenas si un niño como Oliverio podía pasar por allí.

—¡Fíjate en lo que tienes que hacer, bribonzuelo!—exclamó Guillermo casi al oído de Oliverio é iluminándole el rostro con la luz de una linterna sorda.—Voy á hacerte pasar por ahí; te daré la linterna, y nos abrirás la puerta. Si no alcanzas á descender el cerrojo de arriba, te subes en una silla.

—Ahí estaba el perro; pero Barcey nos ha librado bonitamente de él... ¡Ah, ah, ah!—dijo Tobías.

Aunque habló en voz muy baja y rió sin ruido, Guillermo le ordenó imperiosamente que callase... Inmediatamente Tobías se puso en cuatro pies; Sikes subió sobre su espalda con Oliverio; hizo á éste pasar despacio por la ventana, y, sin soltarlo, le bajó hasta tocar con los pies en el suelo.

—Toma la linterna—dijo echando una ojeada á la estancia.—¿Ves enfrente la escalera?

—Si—repuso Oliverio, más muerto que vivo.

Sikes le designó la puerta con el cañon de la pistola y le recordó que estaría siempre al alcance del arma y, si cerdeaba lo más mínimo, sería inmediatamente cadáver.

—Es cuestión de un minuto; voy á soltarte.

—¿Qué es eso?—interrogó Tobías.

—Nada—repuso Guillermo, después de escuchar con atención un momento.—Vamos; te suelto. ¡Á la obra!

En el poco tiempo que había tenido para coordinar sus ideas, Oliverio había tomado la firme resolución de correr á la escalera y dar la voz de alarma, aunque le costase la vida. Con este propósito se dirigió á paso de lobo hacia la escalera.

—¡Aquí, aquí, vuelve!—gritó de pronto Guillermo.

Estas exclamaciones repentinas fueron seguidas de un grito penetrante. Oliverio se aturdió, dejó caer la linterna y no supo si avanzar ó retroceder.

Se oyó nuevo grito; brilló una luz en lo alto de la escalera; aparecieron dos hombres asustados á medio vestir; el niño vió un resplandor súbito, luego humo; oyó una detonación... vaciló y cayó. Sikes había desaparecido un instante; pero antes de que el humo se hubiera disipado había cogido al muchacho por el cuello de la chaqueta, y descargó la pistola sobre los dos hombres.

—¡Agárrate bien, muchacho! ¡Dame un pañuelo, Tobías, á prisal Lo han herido. ¡Condenación! ¡Cómo sangra!...

El sonido de una campana mezclóse á los gritos y detonaciones. Oliverio sintió que lo llevaban corriendo y perdió pronto el sentido.

CAPÍTULO XX

DONDE SUCEDE ALGO INTERESANTE PARA
LA PRESENTE HISTORIA

El Sr. Bumble estaba tomando el té mano á mano con la matrona del Asilo, la respetable señora Corney, en las habitaciones de ésta, y, desde las primeras palabras, el coruscante muñidor se había insinuado como enamorado más que como galante ca-

ballero. Afuera, hacía un frío horrible. Las calles estaban cubiertas de nieve que la baja temperatura nocturna congelaba. Ambos personajes estaban ante el fuego; la viuda muy emocionada con las pretensiones del solterón; éste, al parecer, muy entusiasmado. La puerta de la estancia estaba cerrada.

La Sra. Corney acababa de llenar la taza del muñidor, y éste, lanzando un suspiro y metiendo los pulgares por las hombreras del flamante chaleco, apartó su silla un poco del fuego.

La mesa era redonda, y como ambos personajes se habían sentado uno enfrente de otro y no muy separados, se comprende que á medida que se separase del fuego de la chimenea cualquiera de ellos, se acercaría más al otro. Así sucedió con el Sr. Bumble, que dirigiendo miradas incendiarias á la matrona, á fuerza de hacer viajar su silla alrededor de la mesa, la llevó junto á la dama; las dos sillas acabaron por tocarse, y allí se detuvo el Sr. Bumble.

En tal situación, si la Sra. Corney retiraba su silla hacia la derecha, se metía en la chimenea encendida; si hacia la izquierda, caía en brazos del muñidor. Esta alternativa no se ocultó á su perspicacia, y obrando como mujer prudente y discreta no se movió, y ofreció otra taza de té al Sr. Bumble.

El galán seguía lanzando miradas amorosas á la dama, y, sin duda para acabar de trastornarle el juicio, con lentitud y dignidad pasó un brazo alrededor de su cintura.

—Sr. Bumble—dijo en voz bajísima la discreta dama, á quien el terror casi había quitado el uso de la palabra.—¡Sr. Bumble, que grito!

Sin duda iba á hacerlo, cuando llamaron vivamente á la puerta. El Sr. Bumble separó su mano y se retiró con la silla, mientras la matrona preguntaba secamente:

—¿Quién?

Es de notar—y es un ejemplo curioso de la eficacia de una sorpresa repentina para atenuar los efectos de un miedo cervical—que su voz había recobrado su entonación y aspereza habituales.

—Señora—dijo una vieja mendiga asomando su cabeza por la entreabierta puerta.—Es la vieja Sara que está á punto de morir.

—¿Y qué? ¿Puedo yo impedir que se muera?

—No, no, señora; nadie puede. No tiene remedio. He visto morir mucha gente, y conozco cuándo llega la muerte. Pero la Sara está muy excitada, muy inquieta... Su agonía es terrible... En los contados momentos de tranquilidad que tiene clama por venir á usted, y asegura que necesita decirle una cosa de la mayor importancia. No morirá tranquila si no va usted.

La digna Sra. Corney masculló mil inyectivas contra las miserables viejas que tienen el capricho de

morirse tan inoportunamente para molestar á una honrada viuda en momentos en que espera una declaración de amor; se envolvió en un chal, rogó al Sr. Bumble que la esperase y, recomendando á la vieja mensajera que fuera de prisa, se encaminó al cuarto de la moribunda.

La conducta del Sr. Bumble al quedarse sólo fué inexplicable. Abrió el armario, contó las cucharillas del té, pesó las tenacillas del azúcar, examinó la calidad del metal, y luego, poniéndose el sombrero al revés, dió unas cuantas vueltas al velador bailando gravemente de puntillas.

Mientras se entregaba á tan extraño ejercicio, la matrona, siguiendo á la mensajera que había ido á interrumpir su dulce coloquio, bajaba escaleras y atravesaba corredores dirigiéndose hacia la enfermería del Asilo, que era un verdadero granero mal alumbrado por una miserable lámpara. Otra vieja velaba cerca del lecho de la moribunda, mientras el practicante de la Farmacia del Asilo, de pie ante la chimenea, mordía concienzudamente su mondadientes.

—¡Qué noche más fría, Sra. Corney!—dijo á la matrona en cuanto ésta entró.

—¡Frisísima verdaderamente!—contestó la dama con su voz más benévola y saludando al practicante.

—Debía usted exigir á sus proveedores de carbón que lo trajeran de mejor calidad—agregó el mancebo atizando el fuego con las tenazas:—no da suficiente calor en noches como ésta.

—Es la Comisión administrativa la que lo elige; pero en verdad que debía suministrarnos más calorífico, ya que nuestras funciones son tan penosas.

El diálogo fué interrumpido por un gemido de la moribunda.

—¡Oh!—exclamó el joven, como si aquel lamento le hubiera recordado que tenía cerca un enfermo.—¡Esa se va!

—¿Cree usted?...

—Mucho me sorprendería que durase todavía un par de horas—repuso él cortando con los dientes otro pedazo del palillo.—Está muy quebrantada. ¿Está durmiendo, vieja?

La asistente se inclinó sobre el lecho y contestó que sí por señas.

—Ya no despertará probablemente, si no se hace ruido. Ponga usted la luz en el suelo para que no le dé en los ojos.

La anciana obedeció, meneando la cabeza para dar á entender que la enferma no moriría tan apaciblemente como suponía el aprendiz de boticario; luego volvió á ocupar su puesto á la cabecera de la paciente. La matrona, impaciente, se arrebujó en su chal y se sentó á los pies de la cama. El mancebo, después de haber mordido todo el mondadientes, se

instaló en una silla cerca del fuego. Al cabo de diez minutos se aburrió, saludó á la matrona y se fué.

Las dos viejas asistentas entablaron cerca de la chimenea un diálogo, al parecer muy interesante, que fué cortado bruscamente por la matrona, que les preguntaba con voz agria si iba á tener que esperar mucho todavía.

—No, no mucho, señora. La muerte llega demasiado de prisa.

—Que sea la última vez—dijo con pésimo humor,—la última, ¿entendéis?, que venís á molestarme por tonterías. No entra en mis funciones el ver morir á las asiladas. ¡Que no vuelva á suceder, ú os arrepentiréis!... ¡Pues hombre!... ¡No faltaba más!... ¡Os juro que, si vuelve á suceder, os arrepentiréis!

Iba á salir, cuando un grito de las dos viejas la hizo volver la cabeza. La moribunda se había sentado en el lecho; llamaba á la matrona y no quiso volver á echarse.

—No volveré á echarme sino muerta.

Al acercarse la Sra. Corney, la cogió de un brazo, la atrajo hacia sí, y la obligó á sentarse en la silla de la cabecera. Luego, viendo que las dos viejas se acercaban, pidió á la matrona que las hiciera alejarse de allí, pues lo que tenía que decirle era un secreto.

—¡Despidalas, señora; pronto, pronto!

Las viejas comenzaron á lamentarse, muertas de curiosidad, de que las desconociese la moribunda, siendo sus mejores y más leales amigas; pero, ante la insistencia de la anciana Sara, la matrona las ordenó salir. Una vez fuera, cambiaron de registro, y por el agujero de la cerradura gritaron que Sara estaba ebria, lo que no sería, en verdad, imposible, pues además de la pequeña dosis de opio que le suministró el boticario, las viejas la habían hecho tragar un ponche, recetado por ellas mismas bondadosamente.

—Ahora escúcheme—dijo la moribunda.—En este mismo cuarto... en este mismo lecho... murió en otro tiempo una mujer joven que habían traído al Asilo con los pies destrozados por efecto del mucho andar, y con los vestidos llenos de sangre y polvo. Dió á luz un niño y murió... ¡Déjeme usted pensar para acordarme del año!

—¡Poco importa el año!—dijo la impaciente matrona.—¡Acabe usted!

—¿Dónde iba?... ¡Ah, sí!... Yo la robé... yo la robé... No estaba aún frío su cuerpo cuando la robé...

—¿Robado qué? ¡Por el amor de Dios!—gritó la matrona con un gesto de terror.

—Una cosa... la única cosa que poseía... No tenía ni vestidos para librarse del frío... ni pan para comer, y había guardado aquello contra su corazón. ¡Era oro! ¡Verdadero oro, que hubiera podido ser virle para salvarle la vida!

—¡Oro!—repitió la matrona, inclinándose sobre la moribunda, que había caído extenuada en la cama.—Continúe, continúe... ¿Qué más? ¿Quién era la joven?... ¿Cuándo sucedió eso?

—Me había rogado que lo conservara cuidadosamente—prosiguió la moribunda exhalando un gemido.—Me lo había confiado porque yo era la única que estaba á su lado... Desde el momento que se lo vi en el cuello se lo robé con la intención... Y la muerte del niño... Acaso tengo yo la culpa... Le hubieran tratado mejor si hubieran sabido...

—¿Sabido qué?

—¡Aquel niño se parecía tanto á su madre!—prosiguió la moribunda sin fijarse en la pregunta de la matrona,—que yo no podía mirarle sin acordarme de la desventurada mujer... ¡pobre madre!... Espere, espere, que no he acabado. No lo he dicho todo, ¿verdad?

—No, no—exclamó la matrona, que estaba pendiente de los labios de Sara,—y apresúrese, pues luego será demasiado tarde.

—La madre—continuó la mujer haciendo otro esfuerzo mayor que los anteriores,—cuando se sintió morir me dijo al oído que, si su hijo vivía, llegaría un día en que podría oír sin ruborizarse el nombre de su pobre madre. ¡Dios Santo!—decía la infeliz juntando sus flacas manos,—¡tened piedad del pobre niño abandonado!

—Pero ¿cuál era el nombre del niño?—interrumpió la matrona.—¿Cómo se llamaba?

—Oliverio—suspiró con voz apagada la moribunda.—La joya que le robé era...

—¿Qué?

Se inclinó vivamente hacia la paciente para oír mejor su respuesta, y retrocedió instintivamente. La moribunda se había incorporado; asió la cubierta de la cama con mano crispada, murmuró sonidos inarticulados y cayó sin vida.

—¡Está muerta!—dijeron las viejas en cuanto, abierta la puerta, se lanzaron con ansiedad al lecho.

—¡Y para no decir nada, después de todo!—gruñó malhumorada la matrona, alejándose.

Las dos brujas estaban probablemente demasiado ocupadas con los deberes fúnebres que tenían que cumplir para contestar á estas palabras, y permanecieron solas con el cadáver.

CAPÍTULO XXI

DE LA CONVERSACIÓN QUE TUVO FAGIN CON UN MISTERIOSO PERSONAJE ACERCA DE OLIVERIO

Mientras ocurrían estos sucesos en el Asilo de mendigos de aquella ciudad de provincias, cuyo

nombre hemos convenido en reservar, en la madrugada de Fagin, en Londres, hallábase el alegre anciano sentado al hogar y con un fuelle en la mano, con el cual había estado sin duda avivando el fuego. Tenía los brazos cruzados, la barba apoyada en el pecho y parecía muy preocupado.

El *Sutil Tramposo* jugaba á las cartas contra Carlos, Bates y Tomás Chitlings, y aprovechaba todas las ocasiones para enterarse, por medio de rápidas ojeadas, del juego de sus compañeros y arreglar el suyo en consecuencia. Llevaba, según su costumbre, el sombrero puesto, y tenía una pipa de barro en la boca, no quitándosela sino para beber de vez en cuando agua con ginebra que había sobré la mesa para que refrescasen los jugadores.

—¡Atención!—dijo de pronto el *Tramposo*.—¡Llaman á la puerta.

Cogió una vela y subió sin hacer ruido la escalera. La campanilla sonó de nuevo. Pronto reapareció Juan y con aire misterioso dijo algo al oído del anciano.

—¡Cómo!—exclamó Fagin.—¿Solo?

El *Tramposo* afirmó con la cabeza; luego hizo otra seña á Carlos recomendándole que cesara en sus risas, y se volvió hacia el judío, aguardando sus órdenes.

—¿Dónde está?

El muchacho señaló al techo é hizo ademán de retirarse.

—Sí; dile que baje. Y vosotros, retiraos sin hacer ruido.

Al momento bajó con el *Tramposo* un hombre de blusa que, después de haber mirado en torno suyo, se quitó un tapabocas que le llegaba hasta las narices, dejando ver la fisonomía expresiva, pero pálida, de Tobías Crackit, el cual empezó diciendo:

—Fagin, dame algo de comer y de beber; de otro modo me será imposible hablar una palabra.

Á una seña del judío, el *Tramposo* llevó víveres que dejó sobre la mesa, y se retiró. Tobías se puso al trabajo con celo y honradez extraordinarios. Bebía y comía con toda conciencia, como si le pagaran por ello y no quisiera estafar el jornal.

—¿Hablarás?

—Para empezar por el principio... Fagin...

—Bueno, bueno; habla—dijo el judío acercando su silla.

Tobías hizo una pausa para beber su ponche.

—Para principiar por el principio, ¿qué sabes de Guillermo?

—¿Qué?—preguntó asombrado el viejo.

—¿No hay noticias de él?

—¿Noticias? ¿Dónde están Sikes y el niño? ¿Dónde se escondieron? ¿Por qué no han venido?

—El negocio fracasó.

—¡Ya lo sé!—dijo el viejo mostrando un diario.

—Nos recibieron á tiros... hirieron al chico y nos matamos en retirada. Empezaron á darnos caza hombres y perros á través de los campos. Volábamos, llevando al chico entre los dos. Los perros...

—¿Y el niño? ¿Qué fué del niño?—preguntó el viejo con voz ahogada.—¡Habla!

—Guillermo se lo echó á la espalda. Tenía la cabeza caída y estaba helado. Los que nos perseguían llegaban á nuestro alcance. Cada uno para sí cuando se juega la libertad. Les dimos esquinazo, y dejamos á la marmota en la cuneta del camino... no sé si muerta ó viva.

El judío no le escuchaba ya. Se había lanzado escaleras arriba; de un salto se plantó en la calle, llegando en seguida á la taberna de Saffron-Hill, donde le vimos cuando Sikes quería matar á su perro, una hora antes de ser Oliverio raptado en la calle, al ir á casa del librero del Sr. Browulow.

—Supongo que Sikes no está—dijo al entrar.

—*Non est ventus* (no ha venido)—le contestó el interpelado.

—¿Vendrá *el* esta tarde?

—¿Quién? ¿Monk?

—Sí.

—Desde luego; no tardará ni diez minutos. ¿Quiere usted esperar?

—No, no—se apresuró á decir el judío, como si se alegrara de no ver al hombre á quien iba á buscar.—Dile que he venido, que necesito hablarle; que vaya á verme á casa esta noche... ó mejor mañana. Puesto que no está, que vaya mañana.

—¿No quiere usted nada más?

—Nada.

—Ahí está Barker.

—Bueno; ahora no puedo entretenerme. No perderá nada con esperar.

Ambos rieron, y Fagin se fué corriendo á casa de Guillermo, montado en un simón. Á un cuarto de milla de la casa se apeó murmurando:

—¡Ahora, nosotros, chiquilla! Y si se trama algo contra el niño... ¡ya nos arreglaremos!

Dijéronle que Anita estaba en su cuarto, y subió. La muchacha estaba sola, con la cabeza apoyada en la mesa y los cabellos en desorden.

—¿Está borracha ó desconsolada?—se preguntó el judío cerrando la puerta.

El ruido despertó á la joven, que se restregó los ojos y contempló de hito en hito al judío.

—¿Y dónde crees tú que estará Guillermo ahora?—preguntó tras una pausa.

Con voz apenas inteligible contestó ella que lo ignoraba.

—¿Y el niño? ¡Pobre criatura!—continuó el judío mirando fijamente á la joven, como si quisiera leer

en su rostro.—¡Abandonado en una cuneta, Anita! ¡Sólo pienso en eso!

—¡El niño!—dijo vivamente la moza alzando la vista.—Mejor está donde está que entre nosotros; y si no le resulta ningún perjuicio á Guillermo, es preferible que haya muerto en la cuneta y que sus huesecillos se descarnen allí.

—¡Qué dices!—exclamó asombrado el judío.

—¡Lo que digo!—replicó la damisela sosteniendo la mirada del viejo farsante.—Me alegraría de no volver á verle más. ¡No puedo resistir su presencia! Su vista me hace odiarme á mí misma y á todos vosotros.

—¡Bah!—dijo el hebreo desdeñosamente.—¡Estás borracha!

—¿Yo?—repuso ella con amargura.—De seguro no es culpa de ustedes si no lo estoy. Siempre quisiera usted que estuviera así, menos en este momento acaso. Ahora parece que no le agrada verme de este temple.

—¡No!—replicó el judío colérico.—¡No me agrada!

—¡Cámbielo, pues!—repuso la muchacha riendo.

—¿Cambiarlo?—rugió Fagin exasperado por la impasibilidad de Anita.—¡Yo lo cambiaré, te lo aseguro. ¡Escúchame, pendón!... ¡Escúchame á mí, que con seis palabras puedo hacer estrangular á Sikes, tan cierto como si tuviera ahora su cuello de toro entre mis manos. Si vuelve sin el niño, si le ha perdido y no me lo entrega muerto ó vivo, asesínale por ti misma, si quieres evitarle que sea colgado; y eso en el momento en que ponga los pies en esta estancia, porque si no, será demasiado tarde.

—Pero ¿qué significa esto?—exclamó involuntariamente la moza.

—¿Que qué significa?—prosiguió con furia el judío.—Significa que el chico ése representa para mí centenares de libras esterlinas y que no quiero perder un provecho seguro por las necedades de una cuadrilla de borrachos á los que puedo hacer cortar el pasapán, y ponerme al amparo de un bandido á quien no falta más que la decisión, pero que tiene el poder de... de...

La cólera del hebreo se apaciguó de repente, y su aspecto cambió de modo extraordinario. Se dejó caer en una silla, temblando de miedo de haberse vendido revelando su secreto. Después de un largo silencio se atrevió á mirar á su compañera y gruñó con su voz ingrata:

—Anita, querida mía, ¿te has enterado de lo que he dicho?

—¡Vaya, déjeme en paz, Fagin!—contestó ella levantando con languidez la cabeza.—Si Guillermo ha fracasado esta vez, otra obtendrá buen éxito. Ha dado para usted más de un buen golpe, y dará otros cuando pueda. ¡No hablemos más!

—¿Y el niño, querida?

—El niño debe correr los mismos riesgos que los otros—interrumpió Anita.—Además que, lo repito, espero que esté muerto y á salvo de todos los peligros.

En cuanto el viejo se convenció de que Anita no había penetrado el sentido de sus imprudentes palabras y de que estaba, como suele decirse, más en el otro mundo que en éste, la dejó, dirigiéndose lentamente hacia su casa. Llegaba ya á ella á la una de la mañana, y metía la mano en su bolsillo buscando la llave para abrir la puerta, cuando un individuo que se hallaba oculto enfrente atravesó la calle y se deslizó á su lado sin ruido.

—¡Fagin!—dijo al oído del viejo.

—¡Ah!—respondió el judío volviéndose vivamente.—¿Es...?

—Sí—interrumpió bruscamente el otro.—¡Hace dos horas que estoy ahí, al aire libre! ¿Dónde demonios estaba usted?

—En mis negocios, amigo—respondió el viejo mirando recelosamente á su compañero.—Toda la noche dedicado á mis asuntos.

—¡Bah! ¿De veras?—preguntó irónicamente el desconocido.—Y ¿cuál ha sido el resultado?

—Nada bueno—contestó el viejo.

—Espero que nada malo—dijo el otro mirando fijamente al judío.

Éste sacudió la cabeza é iba á responder; pero el desconocido le dijo que valía más continuar el coloquio á cubierto, pues estaba helado, y el aire cortaba el cutis. Fagin quiso excusarse de recibirle, pretextando que no tenía fuego; pero el otro reiteró su insinuación en forma tan rotunda y perentoria, que el viejo abrió la puerta y rogó á su compañero que la cerrara sin ruido, mientras él encendía la vela.

—Esto está obscuro como boca de lobo, y no me gustan las tinieblas. Apresúrese usted á encender.

—Cierre la puerta sin ruido—dijo Fagin en voz baja.

No había acabado de decirlo, cuando la puerta se cerró con estrépito.

—No he sido yo—dijo el desconocido, tratando de orientarse en la obscuridad.—Es el viento, ó se ha cerrado sola. ¡Vamos, pronto, que voy á romperme la cabeza en esta maldita caverna!

Fagin bajó sin ruido, se aseguró de que Tobías dormía profundamente en la sala baja, y los otros tres muchachos en la pieza de delante, y subió rápidamente con la vela encendida. Indicó por señas al desconocido que le siguiera, le condujo al último piso, y exclamó:

—Para lo poco que tenemos que decirnos, aquí podemos hablar. Sólo que, como están agujereadas

las ventanas y no conviene que vean la luz desde afuera, dejaremos la vela en el pasillo.

El judío lo hizo así, y entró el primero en la estancia, donde no había más muebles que un sillón cojo y un canapé sin tapizar. El desconocido se dejó caer en este último, como si se hallara extenuado de fatiga; el viejo acercó el sillón, y se encontraron frente á frente uno de otro. La obscuridad no era completa, pues la puerta estaba entreabierta, y la vela, puesta en el rellano, proyectaba sus débiles resplandores sobre la pared de enfrente.

Hablaron algún tiempo en voz baja; y aunque no hubiera podido pescar más que palabras sueltas, un observador habría comprendido fácilmente que Fagin se disculpaba ante el desconocido de los reproches que le dirigía. Haría un cuarto de hora que duraba el diálogo, cuando Monk (nombre con que le había designado varias veces el judío) exclamó vivamente y en voz algo más alta:

—Repito que fué concebido neciamente. ¿Por qué no conservarle aquí con los otros? ¿Por qué no haberle convertido desde luego en rateruelo?...

—¡Usted no le conoce!—dijo el viejo encogiéndose de hombros.

—¡Bah! ¿Me va usted á hacer creer que no ha podido hacerlo? ¿No lo ha logrado usted cien veces con otros muchachos? Si hubiera usted tenido un año de paciencia, ¿no podía haberle hecho condenar y deportar?

—¿Y á quién hubiera aprovechado eso?—preguntó humildemente el judío.

—Á mí—contestó Monk.

—Pero á mí no—repuso el hebreo.—Podía llegar á serme útil. Cuando hay dos partes interesadas en un negocio, es razonable que se consulten los intereses mutuos; ¿no le parece, mi buen amigo?

—¡Bueno! ¿Y qué?

—Vi que no era fácil inclinarle á los negocios. No estaba dispuesto á ello, como otros muchachos...

—¡Condenado sea! ¡No, no; de otro modo, hace tiempo que sería ladrón!

—No tenía sobre él ascendiente para pervertirle—continuó el judío, observando atentamente la cara de su interlocutor.—No había escomoteado nada; no hallaba medio de asustarle, como hacemos siempre al principio para obtener buen resultado. ¿Qué podía hacer? ¿Enviarle á la calle con el Tramposo y Carlos? ¡Bastante tuvimos con la primera vez; bastante me hizo temblar entonces por todos, querido!

—Yo no intervine en eso—observó Monk.

—No, no—repuso el judío;—no me quejo; por que si eso no hubiera acaecido, no se habría fijado usted nunca en el muchacho ni descubierto que era el que buscaba... Yo lo recuperé por medio de esa muchacha, y entonces ella comenzó á protegerlo.

—¡Estrangúlela!—exclamó ferozmente Monk.

—No es posible por ahora, querido—replicó sonriéndose el judío.—Además, esa clase de negocios no me conviene. De lo contrario, ya lo hubiera hecho hace días con el mayor gusto. ¡Bah!... Conozco á esas chiquillas, Monk: tan pronto como el muchacho principie á *trabajar*, le importará tanto de él como de un leño. ¿Quiere usted que sea ladrón, verdad?... Si vive, me comprometo á que lo sea; y si... si...—añadió balbuceando el viejo y acercándose á su interlocutor.—Si... no lo creo... pero hay que ponerse en lo peor... si ha muerto...

—No será culpa mía—interrumpió Monk con una mirada terrible y apretando con crispada mano el brazo del judío.—¡Fíjese bien, Fagin: yo no intervengo en ello! «¡Todo, menos su muerte!», dije á usted desde el primer instante. Me repugna la sangre; siempre quedan huellas. Sin contar el fantasma del crimen que nos persigue. Si le han matado ha sido sin la menor intervención mía. ¡Maldita sea esta infernal madriguera! ¿Qué es eso?

—¿Qué?—preguntó el judío alzando con ambos brazos á su amedrentado interlocutor, que acababa de desplomarse á sus pies.—¿Dónde?

—Allí—contestó el misterioso personaje, indicando con la mirada la pared de enfrente.—¡La sombra!... ¡Vi la sombra de una mujer, con capa y sombrero, pasar rápidamente!

Ambos salieron precipitadamente del cuarto; la vela estaba en el mismo sitio en que la habían dejado, y su luz les permitió ver la escalera vacía. Estaban pálidos. Escucharon con ansiedad; un profundo silencio reinaba en toda la casa.

—¡Ha sido su imaginación!—exclamó el judío alzando la vela del suelo y volviéndose hacia su compañero.

—¡Juraría que la vi!—replicó Monk estremeciéndose.—Se inclinaba hacia adelante cuando la vi primero, y cuando hablé, desapareció.

El judío miró con desdén el rostro lívido de su cómplice, y diciéndole que le siguiera si quería, subió las escaleras para examinar todos los cuartos, fríos y destartados, de la casa. Estaban todos vacíos. Luego descendieron hasta los sótanos, donde las paredes verdeaban por la humedad.

—¿Qué dice usted ahora?—preguntó el judío.—Fuera de nosotros, no hay en la casa más almas vivientes que Tobías y los muchachos, y están encerrados.

Y el viejo sacó de su bolsillo las dos llaves, pues para evitar alguna salida indiscreta los había encerrado con llave durante su diálogo con el misterioso personaje.

Ante tantas y tan evidentes pruebas, el terror de Monk se calmó, siendo cada vez menos vehementes

y rotundas sus protestas. Al fin concluyó por reírse de su miedo, conviniendo en que sólo era ilusión de sus sentidos. Sin embargo, rehusó seguir el coloquio, acordándose súbitamente de que eran las dos de la madrugada, y la estimable pareja se separó.

CAPÍTULO XXII

EN EL QUE SE REPARA UNA FLAGRANTE DESCORTESÍA
COMETIDA EN EL CAPÍTULO VIGÉSIMO

Como no sería decente que un humilde autor hiciera aguardar á un personaje tan importante como un muñidor, y sería aún más punible y lesa delito de galantería hacer cosa semejante con una señora á quien ese muñidor había mirado tiernamente y en cuyos oídos había murmurado dulces palabras que, procediendo de tan notable persona, hubieran hecho palpar con placer el corazón de cualquier doncella ó dama, el historiador cuya pluma traza estas líneas, fiel á sus sentimientos de respeto y veneración por cuantos representan la autoridad humana, se apresura á reparar esa descortesía.

En el primer momento, y para que la reparación fuese más amplia, concibió el propósito de hacer una disertación acerca del derecho divino de los muñidores, deduciendo de ello que un muñidor no puede errar ni cometer acto alguno que pueda desagradar al lector; pero, desgraciadamente, se ve obligado á desistir de ello, falto de tiempo y espacio suficientes.

Volviendo, pues, sin más preámbulos á encontrarnos con el Sr. Bumble, que, después de haber examinado el servicio de té y valuado de una ojeada concienzuda y escrutadora los muebles, como ningún ruido remoto indicara la vuelta de la señora Corney, el respetable muñidor tuvo otra idea tan original como las anteriores: entretenerse en examinar el contenido de la cómoda.

Pegó primero una oreja al agujero de la cerradura para asegurarse de que no llegaba nadie, y comenzó la inspección de los tres grandes cajones, bien repletos de ropa en muy buen uso y cuidadosamente plegada: en un lado del de arriba había una cajita cerrada, con la llave puesta: el muñidor la pesó, la movió y, encantado del sonido metálico que oía, volvió á su puesto, se acomodó en el sillón como antes cerca del fuego, murmuró un «¡Estoy resuelto!» con tono de gravedad envidiable y empezó á balancear la cabeza como hombre satisfecho y á contemplar los contornos de sus robustas piernas.

De pronto entró la Sra. Corney precipitadamente, se dejó caer en una silla, se tapó los ojos con una mano, llevóse la otra al corazón y respiró con fuerza.

—Sra. Corney—dijo el muñidor adelantando ha-

cia la matrona,—¿qué hay? ¿Le ha sucedido algo? Contésteme usted; se lo suplico. Estoy sobre... sobre—no encontraba modo de soltar la palabra «ascuas», que se negaba á acudir á su pensamiento y á sus labios, y completó la frase diciendo:—sobre... *cascos de botella*.

—¡Ah, Sr. Bumble; qué emociones!

—¿Emociones, señora? ¿Y quién ha tenido la insolencia...?—pero recobrándose de pronto, añadió:—¡Ah, comprendo! Esos miserables desvalidos...

—¡Es horrible pensar en ello!—dijo la dama estremeciéndose.

—Pues nó piense usted, señora—dijo el muñidor.

—¡No puedo remediarlo!—siguió la dama entre sollozos.

—Entonces, tome usted algo, señora—dijo el muñidor con su voz más dulce.—¿Un poco de vino?

—¡Por nada del mundo; nó puedo! ¡Ah! ¡Allá en lo alto de aquella alacena, á la derecha...

Cuando creyó que la habían entendido, prosiguió con sus sollozos lastimeros. El muñidor alcanzó una botella verde, llenó una taza de las de té del contenido de ella y presentó el licor á la matrona, quien bebió de un trago casi la mitad. El Sr. Bumble cogió la taza mediada y se la acercó á la nariz para olerla.

—Ya estoy mejor—exclamó la dama.

Y al ver lo que hacía el muñidor, se apresuró á sacarle de dudas, diciendo:

—Es menta; licor de menta. Pruébelo usted.

El Sr. Bumble lo aproximó á sus labios, lo probó con la punta de la lengua, bebió luego un sorbo paladeándolo, y, decidido ya, vació el contenido de la taza.

—Es muy reconfortante—dijo la dama.

—Sí; en efecto, señora—afirmó el muñidor.

Y luego, sentándose cerca de ella, le preguntó qué le había sucedido de enojoso.

—¡Ah!... Es que soy una criatura tan impresionable, tan sensible, tan débil...

—¡Oh; débil, nó!—exclamó Bumble arrimando más su silla.—¿Es usted débil, señora?

—Todos somos criaturas débiles, Sr. Bumble—afirmó la dama sentando un principio general.

—Cierto—corroboró el muñidor.

Y durante dos minutos reinó el silencio en la estancia. El Sr. Bumble, convencido de su debilidad, pasó lentamente su brazo por la cintura de la dama, abrazándola cariñosamente.

—Todos somos débiles—repitió.

Ella lanzó un hondo suspiro.

—No suspire usted, Sra. Corney—dijo Bumble.

—No puedo remediarlo.

—Esta habitación es también muy confortable. Otro cuarto más completaría la vivienda.

—Sería demasiado para una persona sola.

—Demasiado para una; pero para dos...—exclamó con su voz más tierna.—¿Qué dice usted?

Á estas palabras, la dama bajó la cabeza; el caballero la bajó también para mirar el rostro de la señora Corney; ésta, con mucha serenidad, se volvió á un lado, soltó su mano de la del muñidor para buscar el pañuelo, y después de limpiarse se la abandonó de nuevo; el Sr. Bumble se la estrechó afectuosamente.

La Comisión le da á usted el carbón, ¿verdad?

—Y la luz.

—¡Fuego, luz y casa gratis!—exclamó el caballero.—¡Oh, señora, es usted un ángel!

La dama no pudo resistir esta prueba de ternura y se dejó caer en los brazos del caballero, quien la dió un casto beso en la punta de la nariz.

—¡Qué parroquial perfección!—exclamó Bumble transportado.—¿Sabe usted, hechizo mío, que el Sr. Llocet está peor esta noche?

—Sí—repuso ella con timidez.

—No puede durar ni una semana; el médico lo afirma—prosiguió Bumble. Es el encargado del establecimiento y su muerte producirá una vacante... que tendrá que llenarse. ¡Oh, Sra. Corney, qué perspectiva se nos ofrece! ¡Qué ocasión para unir dos corazones y dos hogares!

Ella sollozó.

—¡Diga usted una palabra: deme usted el sí, adorada señora!

—¡Sí!—suspiró la matrona.

—¡Otra más!—agregó él.—¡Reprima su emoción para contestar á una sola pregunta.—¿Cuándo nos casaremos?

Por dos veces intentó hablar y no pudo; al fin echó los brazos al cuello de su prometido y murmuró que cuando él quisiera, pues no le era posible resistir su voluntad.

Arreglado amistosa y satisfactoriamente este punto, ratificaron el compromiso bebiendo á medias otra taza de licor de menta, cosa necesaria para calmar la agitación de aquellos vehementes enamorados.

—Ahora, pues, amor mío, voy á casa de Sowerberry á encargarle la caja para la muerta. ¿Es eso lo que te ha entristecido?

—No; nada, nada, querido—contestó la novia evasivamente.

—Entonces, habrá sido otra cosa, pimpollo—insistió él.—¿No quieres decirselo á tu muñidor?

—No; ahora no. Uno de estos días. Después de casados.

—¡Después de casados!—exclamó Bumble.—¿Es, por ventura, que alguno de esos pordioseros habrá tenido la audacia de...?

—No, no, corazoncito mío, no.

—¡Si lo supiera! Si alguno de esos miserables hubiera osado poner sus vulgares ojos sobre tan hermoso rostro...

—¿Qué harías, amor mío?—preguntó la dama.

—¡Más le valdría no haber nacido! Si algún individuo, parroquial ó extraparroquial, se permitiera tamaña profanación, me atrevo á decir que no podría hacerlo otra vez.

—¡Tranquilízate, amado mío, tórtolo mío!

El muñidor cerraba el puño y acompañaba sus palabras de ademanes y gestos tan terribles y belicosos, que la matrona no pudo menos de conmoverse ante tan verdaderas pruebas de amor ardiente.

Después de despedirse de su amada con un largo y tierno beso, salió á afrontar de nuevo el frío de la noche, sin detenerse más que unos cinco minutos en el departamento de los hombres para brutalizar un poco, convenciéndose de que tenía condiciones de encargado del Asilo, sin necesidad de estar exacerbado y de mal humor.

En breves momentos llegó á la tienda, que no estaba todavía cerrada, aunque había transcurrido con exceso la hora ordinaria de cerrar, pues el Sr. Noé Claypole por nada del mundo era capaz de alterar sus apacibles digestiones. Los Sres. Sowerberry habían salido á tomar el té y á cenar fuera de casa, y Carlota había preparado para los dos que quedaban un verdadero festín.

Encima del mantel había una botella de vino, vasos, platos, pan con manteca y una fuente vacía. El Sr. Noé, en la silla del maestro, estaba medio echado de través, con el cuerpo recostado en uno de los brazos, y las piernas colgando por encima del otro. Acababan de cenar. Carlota estaba vaciando una lata de ostras en conserva.

—Toma, Noé; otra más. Pruébala; verás qué rica.

—¡Qué cosa más deliciosa es una ostra!—exclamó Noé engulléndosela.—¡Qué lastima que no se puedan comer muchas sin que hagan daño! ¿Verdad, Carlota?

—Cierto—replicó Carlota.—¡Anda; cómete esta otra; la última!

—No, no, no puedo más; para ti.

—¡Oh! Yo prefiero vértelas comer.

—¡Ah, qué buena eres! ¡Ven, que te dé un beso! En aquel momento el muñidor asomaba la cabeza por la puerta de la trastienda y se indignó al oír la frase de Noé.

—¡Cómo se entiende!—exclamó entrando como un rayo.—¡Repita usted eso, caballero!

Carlota lanzó un grito y ocultó el rostro con su delantal; el Sr. Claypole, sin hacer más movimiento que el indispensable para quedar honestamente sentado, tocando con los pies el suelo, miraba á Bumble con el aspecto de un ebrio aterrado.

—¡Repita usted eso, miserable, desvergonzado!—rugió el muñidor.—¿Cómo se atreve usted á manifestar semejante propósito? ¡Besar á una mujer! ¡Qué escándalo! Y usted, ¿cómo se atreve á animarlo en ese sentido, bribona?

—No lo iba á hacer—balbuceó Claypole con lágrimas en los ojos.—Es ella la que siempre me está besando, aunque yo no quiera.

—¡Oh Noé!—dijo Carlota en tono de reproche.

—¡Sí, sí, Sr. Bumble! Es ella, ella la que...

—¡Basta! ¡Silencio!—exclamó severamente el muñidor.—¡Usted, á la cocina, señorita; y tú, Noé, cierra la tienda, y mañana di á tu amo que envíe al Asilo una caja para una vieja que ha muerto esta noche!... Después de almorzar, ¿eh? ¡Y cuidadito!...

Y mientras regresaba al Asilo iba exclamando:

—¡Un beso! ¡Qué relajación de costumbres! ¡Qué falta de moralidad! Si el Parlamento no toma en consideración estos departamentos, el país está perdido. ¡Un beso!...

Y ahora cree el narrador que ya es tiempo de saber lo que ocurría á Oliverio en la cuneta donde le dejó Tobías Crackit.

CAPÍTULO XXIII

DONDE CONTINÚAN LAS AVENTURAS DE OLIVERIO

—¡Así os devoren los lobos!—gruñó Sikes rechinando los dientes.—¡Si os tuviera en mi poder, yo os haría aullar de veras!

Profiriendo estas imprecaciones con toda la rabia que podía esperarse de su natural ferocidad, colocó sobre una de sus rodillas al infantil herido y volvió la cabeza para ver si le alcanzaban sus perseguidores. No había modo de verlos á través de la niebla que hacía más densas las tinieblas; pero en todas direcciones parecían oírse los gritos de los hombres, los ladridos de los perros y las campanadas de alarma.

—¡Detente, miedoso!—gritó el bandido apuntando á Tobías, que, haciendo el mejor uso de sus largas piernas, había tomado la delantera.—¡Alto!

Tobías se detuvo porque no estaba seguro de hallarse fuera del alcance de la pistola de Guillermo, y con éste no habían bromas.

—¡Ven á echar una mano al niño!—ordenó Sikes, haciendo un gesto terrible á su asociado.—¡Pronto!

Tobías hizo ademán de volver, pero á regañadientes y murmurando. El otro se impacientaba.

—¡Más á prisa!—dijo depositando el muchacho en la cuneta y amenazando con la pistola á Tobías.—¡No juegues conmigo!

En aquel instante redobló el ruido perseguidor. Volvió Sikes de nuevo la cabeza y vió que los hom-

bres y los perros se disponían á entrar en el campo cercado en que se habían internado los bandidos.

—¡Sálvese el que pueda, Guillermo!—gritó Tobias. —¡Deja al chico y llama á talones!

Y al mismo tiempo, prefiriendo morir á manos de su amigo que caer en las de sus perseguidores, escapó como un rayo.

Sikes, rechinando los dientes, echó una rápida ojeada á su alrededor; arrojó sobre el cuerpo inanimado de Oliverio el tapabocas en que lo envolvió apresuradamente al principio de la huida, para llevarlo con más comodidad; corrió al extremo opuesto para desviar la atención de sus perseguidores del sitio en que había dejado el niño, se detuvo un instante, disparó su pistola al aire y desapareció.

—¡Hola, oh!—clamó una voz lejana. —¡Aquí, Pincher! ¡Toma, Neptuno! ¡Aquí, aquí!

Los perros, á quienes parecía no agradar la persecución más que á sus amos, se apresuraron á obedecer; y los tres hombres que habían penetrado en el campo referido se detuvieron para deliberar.

—Mi opinión es, ó, por mejor decir, mis órdenes son, que volvamos á casa—dijo el más gordo de los tres.

—Todo lo que dispone el Sr. Giles está bien dispuesto—afirmó un hombrecillo de insignificante porte, muy pálido y cortés, como suelen serlo todos los hombres cuando tienen miedo.

—Por mi parte, no deseo que se me considere como discolo—agregó el tercero, que era el que había mandado volver á los perros.—El Sr. Giles debe de saberlo.

—Ciertamente—repuso el hombrecillo.—Y sea lo que fuere lo que diga el Sr. Giles, nosotros no somos los llamados á contradecirle. ¡Oh, no, no! Yo conozco mi posición. ¡Gracias al Cielo, conozco mi posición!

Á decir verdad, el hombre parecía conocerla perfectamente, y hasta haberse dado cuenta de que no era nada envidiable, porque daba diente con diente al hablar.

—Usted tiene miedo, Britles—le dijo el Sr. Giles.

—No—contestó éste.

—Sí, sí—repitió aquél.

—¡Es mentira, Sr. Giles!

—¡Quien miente es usted, Britles!—dijo Giles.

Provocó este altercado la observación burlona del Sr. Giles; y esa observación habíala provocado la indignación del mismo al ver que se echaba sobre él toda la responsabilidad de la retirada. El tercer personaje cortó la discusión diciendo filosóficamente:

—La verdad es, caballeros, que, en pura plata, los tres tenemos miedo.

—¡Hable usted por sí y no por los demás, hombre!—replicó Giles sin querer darse á partido, á

pesar de ser el que más pálido estaba de los tres.

—Eso hago—replicó el otro.—No puede ser más lógico y natural el tener miedo en tales circunstancias. Yo confieso que lo tengo.

—Yo también—se apresuró á decir Britles;—pero siempre subleva la sangre que se lo digan á uno, así, á boca de jarro.

Estas sinceras reflexiones calmaron á Giles, quien acabó por reconocer que también *temía*; establecido lo cual, dieron vuelta los tres y pusieron pies en polvorosa con unanimidad conmovedora, hasta que el obeso Giles, falto de aliento, mandó hacer alto con pretexto de explicar sus arrebatos de palabra, un momento antes.

—¡Es asombroso—dijo después de haberse excusado con el pequeño Britles—lo que un hombre es capaz de hacer cuando está acalorado!—Seguro estoy de que hubiera llegado hasta á cometer un asesinato si atráparamos á uno de esos bribones.

Como los otros dos eran de la misma opinión, y los tres habían ya recobrado en gran parte la calma, echáronse á pensar qué causa podía haber sido la que había cambiado tan repentinamente en miedo su justa y animosa excitación.

—¡Ya sé lo que era!—dijo Giles.—La cerca.

—¡No me extrañaría!—repuso Britles, comprendiendo la idea

—No lo duden ustedes. Al penetrar por asalto en una propiedad ajena, nos abandonó el valor, con la conciencia de que cometíamos un delito. Lo sentí precisamente al atravesar la cerca; pero en aquel momento no me di exacta cuenta de ello.

Por una coincidencia digna de nota, los otros dos habían precisamente experimentado la misma sensación y en el mismo momento; no quedando duda alguna sobre ello, máxime cuando los tres unánimemente recordaban que, al saltar la cerca, vieron á los ladrones.

Esta conversación sosteníanla los dos hombres que habían sorprendido á los bandidos y un calderero ambulante que se había echado á dormir en un cobertizo con sus dos perros y había sido despertado por la algarada que armaron Giles y Britles, tomando parte en la persecución. El primero de estos personajes tenía la doble función de administrador y dispensero de la anciana propietaria; el último estaba para todo el servicio: había entrado desde muy niño en la casa, y se le trataba como á un joven de porvenir, aunque ya pasaba de los treinta.

Hablaban, como hemos visto, para darse ánimos mutuamente, pero andaban muy juntos y lanzaban en torno suyo miradas inquietas á poco que el viento agitase con ruido las ramas de algún árbol próximo. Se dirigieron hacia uno de éstos al pie del cual habían dejado la linterna, y la levantaron con temor

de que su luz sirviese de guía segura á los bandidos para hacer sus disparos; luego se encaminaron nuevamente á la casa, más bien corriendo que andando.

El aire se hacía más frío á medida que se acercaba el día, y la niebla envolvía la tierra como espesa nube de humo; la hierba estaba mojada, los caminos llenos de fango, y un viento húmedo é insano comenzaba á dejar oír sus silbidos. Oliverio continuaba inmóvil y sin sentido en la zanja donde lo depositara Sikes.

El Sol salía lentamente, anunciando su próxima aparición una débil claridad que bajaba del Cielo ahuyentando las tinieblas y marcando el fin de la noche. Los objetos que en la obscuridad parecían condensar formas espantables y terribles, se distinguían ya con su inofensivo habitual aspecto. La lluvia espesa y menuda caía azotando los arbustos sin hojas; pero Oliverio no la sentía, yacente y sin auxilio en su lecho de tierra.

Al fin exhaló un grito de dolor que rompió bruscamente el silencio de aquella soledad. El niño, al ser allí lanzado, despertó; su brazo izquierdo, gloseamente envuelto en un gran pañuelo de cuello, caía inerte, cubriendo de sangre el tosco vendaje. Estaba tan débil, que le costó trabajo incorporarse; miró lánguidamente á su alrededor, y el dolor le arrancó algunos gemidos. Temblando de frío y extenuado, hizo esfuerzos desesperados para ponerse en pie; mas, apenas lo hubo conseguido, un intenso escalofrío recorrió todo su cuerpo y cayó al suelo.

Después de un breve retorno al estado de estupor en el cual permaneciera tanto tiempo sumido, Oliverio sintió una tremenda opresión al corazón, que parecía indicarle, si se quedaba allí, su muerte sin remedio. Púsose en pie, no sin trabajo, y trató de andar; tenía la cabeza pesada, y vacilaba como un ebrio: de este modo, y con la cabeza caída sobre el pecho, empezó á andar sin saber adónde iba.

Multitud de ideas extrañas y confusas asaltaba su mente: parecía que caminaba entre Sikes y Crackit, que cuestionaban agriamente, sonando en sus oídos las palabras coléricas que ellos pronunciaban; y al hacer un violento esfuerzo para evitarse una caída, se halló con que estaba hablando con ellos; luego se veía solo con Guillermo, y sentía los apretones que le daba su compañero en el brazo, como le había sucedido la víspera, cuando algún caminante se cruzaba con ellos. De repente se estremeció al ruido de un pistoletazo, empezó á oír gran bullanga á su alrededor y le pareció que le encadenaba una mano invisible. Á estas visiones se unía un sentimiento vago y penoso de dolor continuo, incesante.

Avanzaba así, tambaleándose, apartando maquinalmente los obstáculos que hallaba á su paso, y al fin llegó á un camino... Entonces la lluvia comenzó

á caer con tal fuerza que le despejó por completo.

Miró en torno y vió cerca una casa, hasta la que acaso pudiera arrastrarse; al ver su estado, tendrían compasión de él; y, en todo caso, más valía morir cerca de seres humanos que en el campo y á la intemperie. Reunió, pues, todas las fuerzas que le restaban para esta suprema tentativa y adelantó con inseguro paso.

Al acercarse á la casa, tuvo el vago presentimiento de que no era la primera vez que la veía; el aspecto general del edificio no le era desconocido. ¡Ah, esa valla del jardín!... Sí; sobre el césped, al otro lado, era donde había caído de rodillas implorando la compasión de los bandidos. ¡Aquella era la casa que habían tratado de robar!

Al descubrir dónde se hallaba experimentó tal terror que se olvidó de su debilidad y de sus dolores por un instante, no pensando más que en huir. ¡Huir, cuando apenas podía sostenerse en pie!... Empujó suavemente la puerta del jardín, que no estaba cerrada, y aquella giró sobre sus goznes, dejándole adelantar trabajosamente hacia adentro. Llamó, y, abandonándole del todo las fuerzas, cayó pesadamente en el quicio de la puerta.

En aquel momento, el Sr. Giles, Britles y el calderero estaban en la cocina, reponiéndose de las fatigas de la noche con té y pastas, no porque entrase en las costumbres del Sr. Giles familiarizarse con sus inferiores jerárquicos, respecto de los cuales usaba siempre una benevolencia altanera, propia para recordarles su inferioridad, sino porque ante la muerte, el incendio y el ataque á mano armada todos los hombres son iguales. El respetable administrador estaba, pues, sentado cómoda y solemnemente en la cocina, cerca del fuego, en el mejor sitio, y comentando los sucesos de la noche.

—Eran próximamente las dos y media de la mañana—decía el Sr. Giles,—más bien cerca de las tres, cuando me desperté y revolviéndome en el lecho... ¡así!...—y para unir la acción á la palabra se volvió en su silla, atrayendo hacia sí la punta del mantel como si fuera una sábana,—me pareció oír cierto ruido.

La cocinera palideció y pidió á la doncella que fuera á cerrar la puerta; la doncella transmitió la petición á Britles, y éste al calderero, que aparentó no oírla.

—Me pareció oír cierto ruido—prosiguió el señor Giles,—y en el primer momento me dije: «Es una ilusión de mis sentidos»; y trataba de recobrar el sueño, cuando oí otra vez el ruido distintamente.

—¿Qué clase de ruido?—preguntó la cocinera.

—Un ruido sordo—dijo Giles mirando alrededor.

—Más bien el ruido de una lima sobre una barra de acero ó hierro—observó Britles rectificando.

—Eso sería cuando usted lo oyó, señor—replicó Giles;—pero lo que yo oí era un ruido sordo. Nada más. Separé las ropas—continuó el administrador, rechazando el mantel y dejando parte de la mesa al descubierto,—me senté en la cama y escuché.

La cocinera y la doncella exclamaron al mismo tiempo:

—¡Cielos!

Y acercaron sus sillas mutuamente.

—Entonces oí con toda claridad—añadió Giles—el ruido inconfundible de una puerta ó ventana que quiere abrirse por fuerza. ¿Qué hacer? Y decidí llamar al pobre Britles, para impedir que fuera asesinado en su propio lecho. De otro modo, me dije, le cortarían el cuello sin que se dé cuenta siquiera.

Aquí todos los ojos se volvieron hacia Britles, que tenía los suyos fijos en el narrador, contemplándolo con la boca abierta y revelando en su expresiva faz el mayor espanto.

—Rechacé las sábanas—prosiguió el orador mirando fijamente á la cocinera y á la doncella, salté sin hacer ruido de la cama, me puse un par de...

—¡Que hay señoras delante, Sr. Giles!—interrumpió el calderero.

—¡De zapatos, señor!—replicó el administrador, volviéndose hacia el calderero y apoyando con énfasis la palabra al pronunciarla, como si la subrayase;—cogí la pistola cargada que hay siempre junto al armario de los cubiertos y me dirigí á paso de lobo á la alcoba de Britles, y después de despertarle le dije: «¡No tenga usted miedo!»

—Es verdad—corroboró el aludido.

—Podemos considerarnos como hombres asesinos—prosiguió diciéndole;—pero no le dé á usted cuidado.

—Se aterroraría mucho—interrumpió la cocinera.

—¡Ca! Estaba lo más sereno... Casi tan sereno como yo. Bajamos la escalera á tientas... ¡así!—y, levantándose, cerró los ojos y dió dos ó tres pasos con los brazos extendidos; pero de repente abrió los ojos, palideció y volvió á su silla:

—¡Han llamado! Que vaya alguno á abrir.

Nadie se movió. Todos estaban lívidos y aterrorizados. Giles, tan pálido como los otros, trató de mostrarse sereno y dijo:

—¿Quién puede ser á estas horas, tan temprano? ¡Es singular! No importa; hay que ir á abrir. Que vaya uno.

Britles, demasiado modesto, no creía ser uno y se consideró exento de obedecer; en cuanto al calderero, parecía haberse dormido súbitamente. Con las mujeres no había que contar.

—Si Britles quiere abrir la puerta ante testigos, por lo que pudiera tronar—añadió el Sr. Giles,—me ofrezco á acompañarle.

—Y yo también—dijo el calderero despertando de pronto.

Britles capituló en esas condiciones, y todos juntos, los perros á la vanguardia y las mujeres á retaguardia, bajaron á abrir, haciendo en el vestíbulo ladrar á los perros apretándoles la cola, para asustar al que había llamado.

En el quicio, tendido, estaba el pobre Oliverio Twist, que, falto de aliento, sólo pudo con la mirada implorar socorro.

—¡Calle!... ¡Un muchacho! Pero ¿qué veo? ¡Britles, acérquese!... ¿No le reconoce?

Britles contestó sin aproximarse con un grito de sorpresa. Giles, levantando al muchacho por una pierna y un brazo—felizmente no era el brazo herido—lo metió en el vestíbulo, cerró de una patada la puerta y lo depositó en el suelo.

—¡Este es! Es uno de los ladrones. El que yo herí mientras Britles me alumbraba.

Las dos mujeres subieron corriendo para llevar arriba la noticia de que el Sr. Giles había capturado uno de los ladrones, y el calderero trataba de hacer volver en sí al muchacho, temiendo que muriera sin ser ahorcado.

—¡Giles!—llamó una dulce voz femenina, que hizo enmudecer á todos.

—Mande usted, señorita. No se asuste usted, señorita; estoy ileso; no ha hecho gran resistencia; se ha convencido pronto de que había hallado la horma de su zapato.

—¡Chist!—dijo la joven apareciendo en el descansillo superior de la escalera.—Asusta usted á mi tía tanto ó más que los ladrones. ¿Está gravemente herido?

—Mortalmente herido, señorita—dijo el criado muy satisfecho.

—Creo que curará, señorita. ¿No quiere usted verlo?—exclamó Britles.

—¡Silencio, os lo ruego! Aguardad á ver qué dispone mi tía.

La joven se alejó con paso gentil, volviendo en breve para ordenar á Giles que transportase al herido á su alcoba (la del administrador), y á Britles que ensillase el caballo y corriese á Chertsey á buscar al médico y un policía.

—¿No quiere usted verle, señorita?—preguntó Giles con tanta satisfacción como si Oliverio hubiera sido un ave de singular plumaje y él la hubiera hecho caer de un tiro difícil que hiciese honor á su destreza.—¡Una ojeada sólo, señorita! Yo fui quien le hirió.

—No, no; por nada del mundo—replicó la joven.—¡Pobre muchacho! ¡Oh, trátelo bien, Giles, aunque sólo sea por mí!

El anciano servidor la miró al alejarse con tanto

orgullo y satisfacción como si se hubiera tratado de una hija suya, y luego, inclinándose sobre Oliverio, ayudó á subirlo por las escaleras con la delicadeza y solícitud de una mujer.

CAPÍTULO XXIV

FORMENORES ACERCA DE LOS INQUILINOS DE LA CASA DONDE SE HALLABA OLIVERIO

En un hermoso comedor, adornado á la antigua más bien que á la moda moderna, dos damas, sentadas ante una bien servida mesa, disponíanse á almorzar. El Sr. Giles, escrupulosamente vestido de negro, de pie entre el aparador y la mesa, estaba dispuesto á servir las. Hallábase con la cabeza erguida y un tanto inclinada hacia atrás, la pierna izquierda doblada, su mano derecha en la hombrera del chaleco, y la izquierda caída, sosteniendo un plato y mostrando bien á las claras que estaba penetradísimo, convencidísimo de sus propios méritos y de la importancia de las funciones que desempeñaba.

De las dos damas, la una era de edad más avanzada, pero no era más derecho que su cuerpo el alto respaldo de su sillón de encina. Su tocado exquisito ofrecía una mezcla de las modas antiguas con algunas concesiones hechas al gusto moderno, que más bien servían para realzar el antiguo que para deslucirlo ó atenuar sus efectos. Digna y distinguida en su aspecto, con las manos juntas sobre la mesa, miraba atentamente á la joven con ojos cuyo brillo no habían apenas empañado los años.

La joven se hallaba en la primavera de la vida y en todo el esplendor de su belleza; y si alguna vez los ángeles, para cumplir designios del Todopoderoso, toman forma humana, podría decirse sin impiedad que se presentarían á las personas escogidas con facciones y cuerpo muy semejantes á los de aquella criatura.

No tenía más de diez y siete años. Su mirada era tan casta y pura, sus facciones tan dulces y correctas, tal virginal hermosura se encerraba en aquel ser, que no parecía la Tierra su elemento, ni las demás mujeres sus semejantes.

Mientras la anciana la contemplaba, alzó por casualidad la vista, rechazó hacia atrás los cabellos que ensombrecían su frente, y mostró en sus encantadores ojos una expresión de afecto y de ternura que era imposible contemplar sin sentirse dulcemente atraído por aquella criatura á quien parecían haber bendecido, al nacer, los espíritus celestes.

—Y Britles hace ya más de una hora que se marchó; ¿verdad?—preguntó la anciana después de una pausa.

—Una hora y doce minutos—respondió Giles consultando un reloj de plata suspendido de una cinta negra.

—No se da prisa nunca—observó la anciana.

—Britles siempre ha sido un muchacho pesado, señora.

Con esto quería decir Giles que, si en treinta años no se había *avivado*, no era de creer que se volviera ya más listo.

—Lejos de corregirse, creo que empeora—dijo la dama.

—Es muy excusable, si se detiene para jugar un rato con los otros chicos—añadió riendo la joven.

El Sr. Giles estaba reflexionando si le sería permitido celebrar la frase de la señorita con una sonrisa respetuosa, cuando un carruaje se detuvo á la puerta del jardín, y poco después un caballero grueso entraba en el comedor y casi derribaba á Giles y hasta la misma mesa.

—Nunca oí cosa como ella—exclamó el caballero,—mi querida señora Maylie... ¡Bendito sea Dios! En el silencio de la noche... ¡Nunca oí cosa como ella!

Hablando de esta manera, el gordo caballero estrechó las manos de ambas señoras, preguntándole afectuosamente por su salud.

—Había pará morir; sí... para morir de susto. Esa circunstancia sobre todo... ¡Señor, Señor! ¡Tan inesperado!... ¡Venir á una cosa así de noche! ¡En el silencio de la noche!...

El doctor parecía sobre todo contrariado porque los ladrones llegaran, sin sospechar nadie que iban á ir, de improviso, y sobre todo de noche, como si esos caballeros tuviesen por costumbre evacuar sus asuntos en pleno día y anunciar con algunos de anticipación sus visitas.

—Y usted, señorita Rosa, ha debido de...

—Mucho, mucho—interrumpió la joven—pero hay arriba un infeliz á quien mi tía desea que preste usted sus auxilios.

—Voy, voy. Y ¿es usted, Giles, á lo que parece, quien le ha puesto en ese estado?

El Sr. Giles, que alineaba en aquel momento las tazas, dijo que, en efecto, él era quien había tenido tal honor.

—Honor, ¿eh?—repuso el doctor.—Bueno; no sé: acaso es un honor, tanto el tirar sobre un ladrón en una cocina, como matar á un hombre á doce pasos en duelo, pero cuando él ha descargado su arma, disparándola al aire.

El Sr. Giles, que veía en este modo ligero con que trataba el médico la cuestión un propósito decidido de empañar su gloria, respondió respetuosamente que no le correspondía á él juzgar un asunto que de tan poco agradable modo había acabado para su adversario.

—¡Ah! Es cierto. ¿Dónde está? Condúzcame á su lecho. Tendré el honor de volver á saludar á ustedes antes de irme, señoras. ¡Ah! ¿Es ésa la ventana? Verdaderamente no hubiera creído que se podía pasar por ahí.

Y continuando sus reflexiones, subió la escalera en seguimiento del Sr. Giles.

El Dr. Losberne era el médico del contorno, conocido en todo el país por su título más que por su apellido, y parecía deber su gordura más al buen humor que á su glotonería; era un solterón bondadoso y muy original y aun escéptico; tanto, que no tenía semejanza en cinco leguas á la redonda.

Estuvo arriba mucho más de lo que él mismo y las señoras habían sospechado. Hizo que le llevaran del coche una gran caja; llamó varias veces, haciendo subir y bajar más de veinte á los criados, y todo parecía indicar que se trataba de algo grave. Al fin volvió; ante las preguntas solícitas que le hicieron ambas señoras á propósito del paciente, adoptó un aire misterioso y cerró la puerta con cuidado.

—Es una cosa muy extraordinaria, Sra. Maylie—exclamó el doctor apoyando su espalda en la puerta del comedor, como para impedir que la abrieran.

—Supongo que no corre peligro—dijo la anciana.

—Eso no sería una cosa extraordinaria, señora, en estas circunstancias—replicó el médico,—aunque yo creo que no corre ningún peligro... Pero ¿ha visto usted al ladrón?

—No—repuso la dama.

—¿Ni le han dado pormenores acerca de él?—insistió el médico.

—Ninguno.

—Dispense la señora; pero iba á darle algunos, cuando entró el doctor—interrumpió el Sr. Giles.

El hecho es que éste no había podido decidirse en los primeros momentos á empañar su gloria heroica, confesando que había tirado sobre una criatura. Su bravura le había valido tantos elogios, que nada en el mundo hubiera sido bastante á impedirle diferir un tanto la explicación para poder gozar, á lo menos unos instantes más, de su reputación de valiente é intrépido. No es lo mismo herir á un hombre que á un niño.

—Rosa quería ver á ese hombre—añadió la señora Maylie;—pero yo no quise oír hablar de tal cosa.

—¡Hum!—prosiguió el doctor.—No hay nada alarmante en su aspecto. ¿Tiene usted algún inconveniente en verle en mi presencia?

—Ninguno, doctor—dijo la anciana;—sobre todo si es necesario.

—Sí; opino que es necesario y estoy plenamente seguro de que, lejos de arrepentirse, sentirá usted haber tardado tanto. Está muy bien y tranquilo ahora. ¿Vamos?

—Cuando usted guste.

—Señorita Rosa, ¿quiere usted permitirme?... Le aseguro á usted que no hay la más mínima sombra de peligro. Palabra de honor.

CAPÍTULO XXV

LO QUE SUS NUEVOS HUÉSPEDES PIENSAN DE OLIVERIO

Reiterándoles las seguridades de que serían agradablemente sorprendidas ambas damas á la vista del criminal, dando el brazo á la joven y la mano á la anciana, las condujo ceremoniosamente escaleras arriba.

—Ahora—suspiró el doctor al llegar á la puerta de la alcoba, y dando vuelta á la llave para abrirla,—me harán ustedes el favor de decirme lo que piensan de él. Aunque no se ha afeitado desde hace mucho, no son del todo feroces sus barbas; palabra de honor. Esperen un momento; voy á ver si está visible.

Entró ante ellas, echó una ojeada á la estancia, hizo señas de que entraran, volvió á cerrar la puerta tras ellas, y apartó suavemente las cortinas del lecho. Sobre él, en vez del moreno, curtido y repugnante rostro del rufián que ellas esperaban contemplar, yacía un niño extenuado de fatiga y sufrimiento, y sumido en un profundo sueño. Tenía un brazo en cabestrillo, descansando sobre el pecho, y apoyaba sobre el otro su cabeza infantil medio oculta por el largo cabello que caía flotante sobre la almohada.

El honrado caballero, sosteniendo la colgadura con la mano para que pudieran ver bien al niño, estuvo más de un minuto contemplando á Oliverio en silencio. Mientras lo miraba, la más joven de las señoras deslizóse hacia el lecho; se sentó junto á la cabecera, apartó los cabellos que ocultaban las facciones de Oliverio, inclinóse sobre él, y sus lágrimas cayeron sobre la frente del niño.

Éste se estremeció y sonrió en sueños, cual si esas muestras de lástima y amor le hubieran hecho soñar con afectos nunca conocidos; lo mismo que los sonidos de una música armoniosa, el murmullo del agua en el silencio de la selva, el aroma de las flores, y hasta el empleo de una palabra que nos es familiar, retrotraen á veces á nuestra imaginación el vago recuerdo de escenas sin realidad en nuestra vida, recuerdos que se disipa como un soplo, y que parece alguna reminiscencia de una existencia más feliz y lejana, que la mente humana no podría reproducir ni aun fijar.

—¿Qué significa esto?—dijo la señora de más edad.—El pobre niño no puede haber sido cómplice de los ladrones.

—El vicio—exclamó el doctor lanzando un suspiro,—el vicio tiene tantos aspectos, que ¡quién sabe si no se oculta bajo tan seductora y simpática forma!...

—Pero... ¡si es tan niño!—se apresuró á decir Rosa.

—Mi querida señorita—dijo el médico, moviendo triste y dubitativamente la cabeza.—El crimen, como la muerte, no es sólo patrimonio de la vejez y decrepitud; con mucha frecuencia toma el aspecto atractivo de la juventud y de la belleza.

—Pero ¿es posible que usted... es posible que realmente crea que este delicado muchacho haya sido el compañero voluntario de esos salteadores?—preguntó Rosa.

El médico se encogió de hombros para indicar que no veía en ello nada de imposible; después hizo observar que la conversación podría turbar el reposo del herido, y condujo á las damas á la sala vecina.

—Pero aun cuando haya sido culpable—prosiguió Rosa,—consideren ustedes cuán joven es; piensen que quizás nunca ha conocido el amor de una madre, el bienestar y la paz del hogar doméstico, y que acaso los malos tratamientos, los golpes y el hambre le han obligado á asociarse con esos hombres que le han arrastrado al crimen. ¡Tía mía, mi buena tía, yo te lo suplico; piensa en todo eso antes de permitir que lleven preso á ese pobre niño herido, lo que implicaría renunciar á convertirlo al bien! Tía, tú que eres tan buena, que tanto me amas y que me has servido de madre, piensa que preservándome del abandono y la miseria has evitado que fuera mala, pues yo podía haber caído como este pobre niño. ¡Te lo ruego, te lo suplico; ten compasión de él ahora que es tiempo todavía!

—¡Querida niña, amor mío!—exclamó la buena señora estrechando contra su corazón á la emocionada joven.—¿Crees que permitiría que arrancaran un solo cabello de su cabeza?

—¡Oh, no!—dijo Rosa efusivamente.

—No, no por cierto—agregó la dama.—Mi vida declina, y en esta edad, aunque no sea por bondad natural, piensa uno más en perdonar á sus deudores para que le sean perdonadas sus deudas. ¡Ojalá encuentre yo la misma compasión que experimento por los demás! ¿Qué puedo hacer para salvarle, señor?

—Déjeme usted que lo piense, señora; permítame usted que reflexione.

Y el señor Losberne metió las manos en los bolsillos y comenzó á pasearse por la estancia. Con frecuencia se detenía, fruncía las cejas, y exclamaba:

—¡Eso es; magnífico!

Pero casi en seguida movía la cabeza con desaliento:

—No; no es buen medio—agregó.

Por fin, después de muchas idas y venidas y de

poner en tortura su imaginación, se detuvo definitivamente y habló en estos términos:

—Creo que, si me concede usted plenos poderes para confundir á Giles y á Britles, podré arreglar el asunto satisfactoriamente. Giles es un antiguo y leal servidor, ya lo sé; pero usted puede recompensarle de mil modos su destreza y habilidad en el tiro de pistola. ¿Tiene usted algo que objetar?

—No, si es que no hay otro medio de salvar al niño.

—No, no hay otro—insistió el doctor.—Doy á usted mi palabra de honor; no hay otro.

—Mi tía concede á usted plenos poderes—dijo Rosa sonriendo á través de sus lágrimas;—pero, se lo suplico á usted, no sea más duro con esos pobres hombres que lo absolutamente necesario.

—Parece que cree usted—replicó el doctor—que todos tienen hoy mal corazón excepto usted, señorita Rosa. Sólo deseo que cuando un joven digno haga un llamamiento á su compasión la encuentre á usted en esas mismas disposiciones de ternura, y que no sea usted capaz, por no hacerle padecer, de negarle su mano. Y sólo siento no ser más joven para aprovechar tan hermosa ocasión de lanzar mi candidatura.

—¡Es usted tan niño como Britles!—murmuró Rosa ruborizándose.

—Bueno—agregó el médico riendo alegremente. Eso no tiene nada de particular. Pero volvamos al muchacho. Tenemos antes que puntualizar y acordar un punto importante. Casi puedo asegurar que dentro de una hora, poco más ó menos, despertará de su sueño; y aunque he dicho á ese estúpido agente de policía que no se le podía mover ni hablar sin riesgo para su vida, creo que podremos conversar con él sin cuidado. He aquí, pues, mi plan: Le interrogaré en presencia de ustedes; juzgaremos, por lo que diga, si merece que se le proteja ó si está del todo pervertido (que es lo más probable); y si es así, le abandonaremos á su suerte y no me meteré en nada más.

—¡Oh, no, tía!—exclamó Rosa.

—¡Oh, sí, tía!—repitió el doctor.—¿Queda convenido?

—No puede estar encenagado en el vicio—insistió Rosa.—¡Es imposible!

—Pues, entonces, razón de más para que acepten ustedes mi proposición.

Por fin se concluyó el tratado, y las partes interesadas se sentaron, aguardando con impaciencia que Oliverio despertase.

La paciencia de las damas fué puesta á prueba; pues, no obstante las previsiones del médico, pasó una hora tras otra sin que el niño despertara de su profundo sueño. Era ya por la tarde cuando el bon-

dadoso doctor les llevó la noticia de que el enfermo estaba en condiciones de hablarle.

—El chico está muy enfermo—dijo,—y bastante débil por la pérdida de sangre; pero se muestra tan ansioso de contar algo, que prefiero condescender más bien que insistir en que calle y permanezca tranquilo hasta mañana, como hubiera ordenado en otras circunstancias.

La conferencia fué larga. Oliverio les contó sencillamente toda su historia, viéndose obligado á menudo á interrumpir su relato por los padecimientos y la debilidad que le agobiaban. Tenía algo de solemne aquella enumeración de miserias, persecuciones y desgracias que habían acumulado hombres desalmados y groseros sobre aquel niño herido, hecha por él mismo con voz apagada en aquella alcoba sombría. ¡Ah, si los hombres supieran el daño que hacen con su rudeza y su falta de compasión! Si pensáramos en las iniquidades de la justicia humana, en los fatales errores, en todas las maldades engendradas por la insensibilidad, la indiferencia ó el egoísmo, y que tan fervientemente claman al Cielo, no sería posible que cada día se diesen continuos y nuevos ejemplos de violencia y de crueldad!

Las almohadas de Oliverio fueron ahuecadas y preparadas por gentiles manos femeninas aquella noche, y la belleza y la virtud velaron el sueño del niño, que se sintió tranquilo y feliz, al punto de haber podido morir sin exhalar una queja.

No bien terminado el conmovedor relato y dispuesto á descansar de nuevo Oliverio, el doctor, enjugándose las lágrimas de ternura que habían afluido á sus ojos, y reprochándose su debilidad, bajó las escaleras en busca del Sr. Giles, á quien no halló en el recibimiento. En vista de ello, y calculando que estaría en la cocina, se dirigió á ella, pensando que acaso valdría más y produciría mayor efecto atacarle en presencia de todos.

Estaban en plena asamblea, en aquella especie de Cámara parlamentaria doméstica, las sirvientas, Britles, el Sr. Giles, el calderero (que había sido invitado á regalarse en recompensa de sus fatigas de la noche anterior) y el agente de policía, que tenía grandes manos, gran cabeza, gran bastón, grandes botas (altas por lo menos), gran abdomen, y parecía haber bebido una cantidad no menos grande de cerveza.

Las aventuras de la noche se hallaban á la orden del día, y se discutían con animación. El Sr. Giles ponderaba su extraordinaria presencia de ánimo en ella, cuando entró el doctor. Britles, con un vaso de cerveza en la mano, apoyaba todo cuanto su superior decía.

—Continuad tranquilos—dijo el doctor, haciendo señas con la mano de que no se moviesen.

—Muchas gracias, señor—replicó Giles.—La señora dispuso que obsequiase á todos con cerveza, y, por no quedarme solo, he venido á hacerles compañía.

Britles y sus compañeros agradecieron con un leve murmullo la amable condescendencia del administrador; el cual, paseando sobre ellos su protectora mirada, parecía significarles que, mientras se portaran correctamente, no los abandonaría.

—¿Cómo está esta noche el paciente, señor?—preguntó Giles.

—No muy bien—contestó el doctor.—Temo que se haya metido usted en un mal negocio, señor Giles.

—Supongo, señor, que no querrá usted significar con lo dicho—replicó alarmado el administrador—que el chico va á morir. Si así sucediera, no me consolaría nunca. Por todo el oro del mundo no quisiera, no, ni Britles tampoco, ser causa de la muerte del niño.

—No es ésa precisamente la cuestión—observó el doctor con aire misterioso.—¿Es usted protestante Sr. Giles?

—Sí, señor; creo que sí—afirmó, poniéndose lívido.

—¿Y tú, muchacho?—interrogó á Britles con tono severo.

—¡Dios me ampare, señor!—repuso aquél levantándose vivamente.—Soy... soy... lo mismo que el señor Giles.

—Entonces, decidme, però los dos, ¡ambos á dos! exclamó el médico:—¿podéis afirmar de un modo terminante, bajo juramento, que el niño que yace arriba es el mismo que se introdujo anoche por la ventana? ¡Cuidado con ello!... ¡Vamos, os escuchamos!

El doctor, considerado por todos como uno de los más dulces y reposados caracteres del mundo, hizo aquella pregunta en tono tan terriblemente violento, que Giles y Britles, turbados por el calor de la cerveza y el de la conversación, se miraron uno á otro, estupefactos é inmóviles.

—¡Preste usted atención á la respuesta, guardias! agregó el doctor.—Después veremos lo que resulta.

El agente enarboló el bastón, insignia de sus funciones, y adoptó en lo posible aires de magistrado.

—Observaré—continuó el médico—que se trata de una simple cuestión de identidad.

—Así es, señor—corroboró el agente, tosiendo á causa de la precipitación con que se había tragado la cerveza.

El doctor prosiguió:

—Tratan de asaltar una casa. Dos hombres ven con rápida ojeada un niño que los salteadores han metido por la ventana, sin duda para que les abra la puerta. Le ven en la obscuridad, al resplandor

de la pólvora inflamada que produce un relámpago de luz y una densa humareda. Al día siguiente, un niño se presenta en la misma casa; y porque tiene el brazo herido, esos hombres se apoderan de él con violencia, aunque al obrar así ponen en grave riesgo su vida, y aseguran que es el ladrón!... Falta saber si los hechos les dan la razón; y, en caso contrario, ¿en qué situación se colocan esos hombres?

El agente asintió con la cabeza.

—Y os pregunto otra vez — continuó el doctor: — ¿sois capaces con solemne juramento de identificar al muchacho?

Britles miró indeciso á Giles; éste miró á aquél vacilando; el agente puso su mano tras la oreja como para oír mejor; las dos criadas y el calderero se inclinaron hacia adelante para escuchar, y el doctor dirigió en torno suyo miradas penetrantes. De pronto se oyó el ruido de un carruaje, y casi al mismo tiempo llamaron á la puerta.

—¡Ya está aquí la policía! — dijo Britles, aliviado por tan imprevisto incidente.

—¿Qué policía? — preguntó el doctor turbándose.

—La policía de Bow-Street, señor — contestó Britles, cogiendo una vela. — El Sr. Giles y yo enviamos á buscarlos esta mañana.

—¿Cómo? — volvió á preguntar el doctor.

—Sí — replicó Britles; — les envié un mensaje con el cochero de la diligencia, y lo que me sorprende es que no hayan venido antes.

—¡Ah, ah!... ¿Han hecho ustedes eso? — dijo el doctor dando media vuelta y saliendo de la cocina. — ¡Malditas sean las diligencias!

CAPÍTULO XXVI

DE LAS COMPLICACIONES QUE CAUSÓ LA OFICIOSIDAD DE BRITLES

—¿Quién? — preguntó Britles, entreabriendo la puerta, pero sin soltar la cadena, y poniendo una mano detrás de la vela para ver al que llamaba.

—¡Abran la puerta! — contestó una voz desde afuera. — Somos los oficiales de la policía de Bow-Street que han enviado á buscar.

Tranquilo con esta seguridad, abrió Britles de par en par la puerta y se encontró con un hombre de porte majestuoso, envuelto en un cumplidísimo gabán, que adelantó sin decir palabra y fué á limpiar-se los pies en el felpudo, tan indiferentemente como si estuviera en su casa.

—Envíe inmediatamente alguien para que ayude á mi colega, que se ha quedado guardando el coche. Tienen aquí cochera donde meterlo durante unos minutos?

Britles respondió afirmativamente y mostró la co-

chera con la mano; el hombre volvió pasos atrás y ayudó á su colega á meter el coche, alumbrádoles Britles, que los contemplaba con admiración. Luego entraron en la casa, y al llegar al recibimiento quitaronse abrigos y sombreros.

El que había llamado á la puerta era un hombre grueso, de pelo negro lustroso, carirredondo, de ojos escrutadores, con patillas, y de unos cincuenta años de edad. Su colega tenía el cabello rojo, era mal encarado, flaco; tenía la nariz arremangada, la mirada siniestra, sin duda por ser bisojo, y su aspecto nada tenía de simpático.

—Diga usted á su amo que Blathers y Duff están aquí — dijo el primero de ellos, pasándose la mano por la cabeza para alisarse el cabello y quitándose los mitones que llevaba. — ¡Ah, buenas noches, señor! ¿Quiere usted oírme dos palabras en particular?

El saludo y la pregunta iban dirigidos al Sr. Losberne, que acababa de aparecer, y que, después de ordenar con una seña á Britles que se retirase, hizo pasar adelante á los dos inspectores y cerró la puerta.

—Aquí está la dueña de la casa — dijo volviéndose hacia la Sra. Maylie.

El Sr. Blathers saludó con una reverencia. Les invitaron á sentarse, y éste cogió una silla y obedeció con cierto desembarazo; pero su compañero Duff, que no parecía tan habituado á frecuentar la sociedad, se dobló, dejándose caer de golpe, y para darse aire de desenvoltura y elegancia se puso á chupar el puño de su bastón.

—Y ahora, hablemos del crimen. ¿Cuáles son las circunstancias que concurren en él?

El Sr. Losberne, que parecía deseoso de ganar tiempo, comenzó á contar el suceso con gran copia de pormenores y muchos circunloquios. Los señores inspectores cambiaban entre sí ojeadas significativas, y de cuando en cuando alguna que otra palabra durante el largo relato.

—No puedo decir nada con seguridad hasta que examine el lugar del suceso — exclamó Blathers cuando el médico hubo terminado su prolijo relato. Pero desde luego mi opinión es, y no creo apresurarme demasiado al emitirla, que no ha sido llevado á cabo este atentado por hampones; ¿eh, Duff?

—Indudablemente — contestó el interrogado.

—Bueno; ahora sólo falta explicar á estas señoras lo que significa la palabra *hampones*.

—Supongo que con ella quieren manifestar que los que intentaron robar en esta casa no eran ladrones de campo — dijo sonriendo el Sr. Losberne.

—Así es, señor — replicó Blathers. — ¿No hay más datos sobre el robo?

—No.

—Bueno; y ¿quién es ese chico de que hablan los criados?

—Nada entre dos platos—replicó el doctor.—Un sirviente aturdido por el miedo, á quien se ha le metido entre ceja y ceja que ese niño tenía algo que ver en el atentado; pero es una tontería, un absurdo.

—Eso es muy fácil de decir—observó Duff,—pero hay que probar su inocencia.

—Tiene razón—añadió Blathers, moviendo afirmativamente la cabeza y jugando con los mitones como si fueran un par de castañetas.—¿Quién es ese niño? ¿Qué dice de sí mismo? ¿De dónde ha venido? Porque no habrá caído desde el Cielo; ¿no le parece á usted, señor?

—¡Claro que no!—contestó el médico, dirigiendo una nerviosa mirada á las señoras.—Pero yo conozco su historia, de la cual hablaremos en otro momento... porque ahora supongo que querrán ustedes examinar el lugar del suceso.

—Así es—replicó Blathers.—Primero, el examen del lugar del suceso; después, el interrogatorio á los criados... Es el modo de proceder ordinario.

Llevaron luces, y los dos inspectores, acompañados del agente, de los dos sirvientes y de todos los demás que había en la cocina, examinaron ventana, zaguán, jardín, verja, etc.; cogieron una vela para examinar la ventana, una linterna para las huellas de las pisadas, y una horca para registrar los matorrales. Hecho esto, en medio del más religioso silencio por parte de los asistentes á la interesante pesquisa, volvieron á la casa, é hicieron á Giles y Britles dar una melodramática representación del papel que habían desempeñado ambos la noche anterior: esta comedia fué representada algunas seis veces seguidas, contradiciéndose el uno al otro en un solo punto importante la primera vez, y en no más de unos doce puntos la última. Después, Blathers y Duff hicieron salir á todo el mundo y se pusieron á deliberar con tanto misterio y solemnidad, que comparado con su conciliábulo una consulta de celebridades médicas ante un caso difícil y grave, hubiera parecido un simple juego de niños.

Mientras se verificaba esta conferencia, el doctor paseábase intranquilo por el gabinete, y las damas le miraban llenas de ansiedad.

—¡Palabra de honor que no sé qué hacer!—exclamó el médico, haciendo alto después de dar innumerables vueltas á la estancia.

—Seguramente—observó Rosa—que la historia de ese pobre niño, fielmente repetida á esos hombres, sería suficiente para disipar las sospechas que hubieran concebido de él.

—Lo dudo, mi querida señorita—repuso el doctor meneando la cabeza.—No creo que baste, ni ante ellos ni ante otros funcionarios legales de más alta categoría. ¿Quién es ese niño, después de todo?, se dirían: «Un vagabundo». Por otra parte, su historia,

desde el punto de vista de las consideraciones y probabilidades mundanas, es muy sospechosa.

—Pero usted la creyó, seguramente—interrumpió Rosa.

—La creí, á pesar de ser tan extraña, y acaso fui un necio. Pero no creo que tenga más valor que el de una novela para un inspector de policía práctico.

—¿Por qué no?—interrogó la joven.

—Porque, mi hermoso fiscal, esta historia, á sus ojos, tiene muchos lunares y sólo puede probar lo adverso y no lo favorable á ese niño. Esa gente no se emociona fácilmente y quiere saber el por qué y el dónde, no admitiendo nada sin pruebas. Según él mismo, ha vivido desde hace algún tiempo con ladrones; fué detenido y llevado ante un comisario, como autor del hurto de un pañuelo á un caballero; ha sido arrebatado del lado de ese caballero y arrastrado á una casa que no sabe dónde está situada; después le trajeron á esta casa, de grado ó por fuerza, fué metido por la ventana para abrir esa puerta; y, precisamente cuando iba á dar la voz de alarma, recibe un pistoletazo, como si todo conspirase para impedirle cometer una buena acción. ¿No ve usted todos los puntos vulnerables del relato?...

—Lo que no veo—repuso Rosa, sonriendo ante la impetuosidad del doctor—es nada que pruebe la culpabilidad del pobre niño.

—No, ¡por supuesto!—replicó el doctor.—¡Dios les conserve á ustedes la vista! Nunca ven ustedes, para bien ó para mal, más que un aspecto de la cuestión: el que primero las impresiona. Se diría que piensan ustedes y ven con el corazón.

Y tras esta profunda reflexión, el médico se metió las manos en los bolsillos y volvió á recorrer la estancia.

—Cuanto más pienso en ello—dijo al cabo de un instante,—más me convenzo de que será motivo de dificultades y embrollos contar á esos hombres la historia del niño. Estoy seguro de que no la creerán; y, aunque no le condenen á la postre, el escándalo, la publicidad dada á las sospechas, serían un obstáculo para que lleve usted á cabo, mi excelente señora Maylie, la obra misericordiosa que se propone.

—¿Qué hacer, entonces?—observó con ansiedad Rosa.—¡Ah! ¿Por qué se le ocurriría avisar á esa gente?...

—Verdaderamente—agregó la dama.—¡Por nada del mundo quisiera que hubiesen venido!

—No hay más que un medio—exclamó al cabo el Sr. Losberne, sentándose con aire desanimado.—Tratar de burlarlos. El objeto que nos proponemos es loable y nos excusa. El niño tiene mucha fiebre y no puede hablar... Ganemos tiempo... y si no conseguimos salvarlo, no será culpa nuestra... Aquí vuelven... ¡Adelante!...

—Bueno, caballero —dijo Blathers, cerrando cuidadosamente la puerta después de entrar y hacer pasar a su colega;—no es un golpe convenido.

—¿Y qué diablos es eso de *golpe convenido*?—preguntó impaciente y malhumorado el médico.

—Llamamos *golpe convenido*, señoras—continuó Blathers volviéndose hacia ellas y como si tuviera lástima de su ignorancia, al paso que despreciaba la del doctor,—al que se maquina en complicidad con los criados de la casa.

—Aquí nadie ha sospechado de ellos—dijo la señora Maylie.

—Es posible; pero podían haber estado de acuerdo con los bandidos, sin embargo—replicó Blathers.

—Tanto más, cuanto que gozaban de la confianza de los amos—agregó Duff.

—Creemos—continuó el gordo—que el golpe parte de Londres, pues está combinado a la alta escuela; los bandidos eran dos, y es evidente (no hay más que examinar la ventana) que llevaban con ellos un niño. Es todo lo que podemos decir por el momento. Ahora vamos a interrogar al chico.

—Antes querrán, acaso, tomar algo, Sra. Maylie—dijo el doctor, cuyos ojos brillaron, cual si se le hubiera ocurrido una idea feliz.

—¡Oh, sin duda!—añadió apresuradamente Rosa. Ahora mismo.

—Muchas gracias, señorita—exclamó Blathers. Pero la verdad es que este trabajo nuestro despierta bastante la sed.

—¿Qué desean ustedes tomar?—les preguntó el doctor.

—Un sorbo de licor, caballero, si le es a usted lo mismo. La verdad es que no hacía calor por el camino, y nada conforta como una copita de licor.

Blathers hacía esta confidencia interesantísima a la Sra. Maylie, que la acogió con una sonrisa. El doctor aprovechó la distracción de los inspectores para esquivarse.

—¡Ah, señora!—añadió cogiendo la copa con toda la mano y llevándola a la boca,—he visto muchas cosas de éstas.

—Blathers, ¿se acuerda usted del robo de Edmouton?—dijo su colega.

—Algo semejante a esto, ¿verdad? Fué cosa de Conkey Chickweed.

—Siempre se lo atribuye usted a él, y estaba tan complicado en ello como yo. Fué cosa de la familia Pet—observó Duff.

—¡Vaya! Conozco muy bien el suceso. ¿Se acuerda usted cuando fué robado el mismo Conkey? ¡Qué ruido hizo el golpe! Fué una verdadera novela.

—¿Qué fué?—preguntó Rosa, fingiendo gran curiosidad.

—Vean ustedes, señoras: el llamado Conkey...

—Conkey significa *narigudo*, señorita.

—Pero ya lo saben estas señoras, Duff; tiene usted la costumbre de interrumpirme siempre... Pues bien; este Conkey, señorita, tenía una taberna en el camino de Battlebridge.

Era un establecimiento muy favorecido por la juventud aristocrática, atraída para ver las riñas de gallos y otros espectáculos semejantes. Una noche le robaron trescientas veintisiete guineas (1) que tenía en su alcoba. El ladrón era, al parecer, un hombre de seis pies de estatura, que llevaba un parche en el ojo. Se había escondido bajo la cama; y cometido el robo, saltó por la ventana (la estancia era del primer piso) y escapó; pero Conkey estaba alerta, se despertó al ruido, disparó su pistola sobre el ladrón y alarmó a toda la vecindad. Acude todo el mundo en seguida, y se observa que Conkey ha herido al bandido, pues hay huellas de sangre hasta la muralla que cerca la casa... pero allí se pierden las huellas. El robo arruina a Chiekweed, quien se declara en quiebra... Se inicia una subscripción para auxiliar al pobre hombre, pero esto no pareció levantar su espíritu y animarle. Corría de una parte a otra como un loco, se mesaba los cabellos y la gente toda creía que iba a morir de dolor. Un día se presenta asustadísimo en la Comisaría, tiene una entrevista particular con el comisario, y éste llama y ordena a Santiago Spyers, un agente activísimo y de talento, que le ayude. ¿Creerá usted—dijo Conkey—que ayer mañana le vi pasar ante mi puerta?—¿Al ladrón? ¿Y cómo no le echó usted la mano encima?—¡Estaba tan trastornado... tan estupefacto!... El agente se puso en observación tras una ventana, fumando en pipa, y pronto a echar el guante al criminal. Ya, al llegar la noche, oye gritar al tabernero y echar a correr: «¡Al ladrón, al ladrón!...» Salta, corre, y cuando ya extenuado alcanza a Conkey, éste dice que lo ha perdido de vista. Este juego se repitió varios días. El hombre de los seis pies y el parche en el ojo no se dejaba coger. La gente empezó a decir que el ladrón del tabernero era el mismo diablo en persona humana.

—Y Santiago Spyers, ¿qué decía?—preguntó el doctor, que hacía un momento había vuelto sin ruido al gabinete.

—Durante mucho tiempo—continuó Blathers—Santiago no dijo nada, pero vigilaba a todos haciéndose el indiferente; lo que prueba que entendía su oficio. Pero una mañana se acercó al mostrador y, abriendo su caja de rapé y tomando un polvo y mirando fijamente al tabernero, le dijo: «¡Ya sé quién es el ladrón!» ¿Le ha descubierto usted? ¡Ah! Si me vengo, moriré contento. ¿Dónde está ese pillo?—To-

(1) Unas 8.200 pesetas oro.

me usted un polvo. El ladrón ha sido usted mismo, y hay que convenir en que lo ha hecho usted bastante bien.—Era verdad; y quizás no se hubiera descubierto si hubiera aparentado más tranquilidad Conkey, si no hubiera querido apresurarse demasiado á salvar las apariencias. El golpe le había producido bastantes miles de duros. ¿Qué les parece?—terminó el Sr. Blathers, dejando la copa y agitando en el aire los mitones.

—Muy curioso—observó el doctor.—Y ahora, si usted gusta, vamos á ver al niño.

—Cuando usted quiera.

Subieron con el médico y Giles, que los precedía alumbrándoles. Oliverio había dormido, pero parecía estar peor y con más fiebre. Ayudado por el doctor, consiguió incorporarse y quedar sentado en la cama, mirando en torno suyo sin fijarse en nada ni comprender lo que sucedía.

—Éste—exclamó el médico en voz baja, pero con gran vehemencia,—éste es el muchacho que habiendo sido herido por accidente al pasar por la propiedad del Sr. Em... ¿Cómo se llama? Rem... Bueno; ésa de ahí cerca. Vino aquí esta mañana á pedir socorro, y fué inmediatamente cazado y maltratado por ese ingenioso caballero que nos alumbraba, bajo pretexto de ser el niño que iba con los ladrones, y poniendo en grave peligro su vida, como puedo certificar en calidad de médico.

Los inspectores dirigieron su mirada hacia Giles, quien en su turbación se estremecía y volvía los ojos tímidamente, tan pronto hacia Oliverio como hacia el Sr. Losberne, irresoluto y asustado.

—¿Creo que no tendrá usted la intención de negar?—preguntó el doctor, acostando de nuevo sólitamente al herido.

—¡Lo hice... lo hice... creyendo acertar, señor!—tartamudeó el pobre Giles.—Cree que era el muchacho... De otro modo... yo no soy inhumano, señor.

—¿Qué muchacho?—preguntó Duff.

—El de los ladrones; llevaban un muchacho, estoy seguro.

—¿Y qué piensa usted ahora?—interrogó á su vez Blathers.

—No sé qué pensar—balbuceó Giles.—¿Ahora dice usted?

—Sí, ahora; ¿cree usted que este niño es el que entró anoche con los ladrones?...—dijo Blathers impaciente.

—¿Con... con los ladrones?...

—Sí; hable usted...

—No sé; no sé; no puedo jurarlo.

—Pero... ¿es estúpido este hombre?—exclamó el inspector.

—No sé qué pensar; no creo que sea; estoy casi se-

guro de que no es; ustedes saben bien que no puede ser...

—¿Este hombre ha empujado el codo ó qué?—preguntó colérico Blathers.

—¡Qué idiota!—agregó Duff.

El Sr. Losberne había estado pulsando y atendiendo al muchacho durante este diálogo; al terminar observó que se podía interrogar á Britles en la pieza vecina.

Pasaron todos á la estancia próxima, y hecho comparecer á Britles, le interrogaron. El pobre diablo se embrolló de un modo lastimoso; dijo que no podría reconocer al chico, porque casi no le había visto; que dijo ser Oliverio porque así lo declaró antes el señor Giles; pero que éste, cinco minutos después, manifestaba sus dudas en la cocina, y su temor de haberse equivocado.

Entre otras conjeturas ingeniosas, el doctor sugirió hábilmente la idea de averiguar si el Sr. Giles había herido á alguien en realidad. Se examinó la otra pistola compañera de la descargada y resultó que no tenía bala, sino pólvora y tacos de papel. Esto asombró sobremanera á todos, menos al médico, por ser él quien, diez minutos antes, había sacado el plomo del cañon; pero á nadie produjo el descubrimiento tanta impresión como á Giles, que, después de haber estado durante varias horas atormentado por la idea de haber herido á un prójimo, dió un suspiro de alivio y se aferró con ardor á la idea de que la pistola de que se sirvió estaba descargada, como quien dice.

Al fin los inspectores, sin preocuparse mucho de Oliverio, dejaron en la casa al guardia de Chertsey, y se fueron á dormir á la ciudad, prometiendo volver á la siguiente mañana; pero no pudieron cumplir su propósito.

En Kingston acababan de ser detenidos dos hombres con un chico, y allá se fueron ambos inspectores. Después de prolijo examen descubrieron que las sospechas sólo se apoyaban en haberlos encontrado durmiendo bajo un montón de heno, lo cual, aunque constituye un gran crimen, sólo merece prisión y no es considerado por la misericordiosa y tutelar ley inglesa como prueba de que el que así se acuesta á campo raso haya forzosamente intentado ó cometido un robo con fractura en despoblado, mereciendo en consecuencia la pena de muerte.

Al cabo, después de muchas más investigaciones y no pocas conferencias, se convino en que la señora Maylie y el Sr. Losberne responderían de Oliverio, en el caso de que fuera requerido por los tribunales; y un magistrado de la vecindad recibió la caución correspondiente.

Blathers y Duff, gratificados espléndidamente, regresaron á Londres, satisfechos de su pesquisa y

en desacuerdo; pues bien examinado todo, Duff se inclinaba á creer que el delito había sido cometido por la cuadrilla de Pet, y Blathers se lo atribuía todo al célebre Conkey Chickweed.

Oliverio se curó lentamente, merced á los afectuosos cuidados que le prodigaron tanto la señora

Maylie, como su sobrina Rosa y el Sr. Losberne.

Si Dios escucha los fervientes ruegos que le dirigen los corazones agradecidos (¿y qué plegarias más dignas de ser atendidas?), las bendiciones que el huérfano imploraba para sus generosos protectores debían inundarlos de felicidad.

FIN DE «OLIVERIO TWIST»

La continuación de esta obra ocupará el tomo xxx de LA NOVELA DE AHORA y llevará el título de *Premio y castigo*.



ÍNDICE

	Págs.		Págs.
CAPÍTULO I.—En que se designa el lugar del nacimiento de Oliverio Twist y se refieren las circunstancias que en él concurrieron.....	5	XIV.—En que se dan nuevos pormenores de la estancia de Oliverio en casa del Sr. Browlow y se da á conocer la predicción del Sr. Grimwig.....	37
II.—Crecimiento y educación de Oliverio Twist....	6	XV.—En que se verá cuán apasionados de Oliverio estaban el alegre viejo judío y Anita.....	41
III.—Donde se verá que Oliverio Twist estuvo á punto de lograr una plaza, que no era precisamente una canonjía.....	11	XVI.—De la vuelta forzosa de Oliverio á poder de Fagin.....	43
IV.—Donde se ve cómo Oliverio hizo su entrada en la vida pública.....	12	XVII.—En el que se verá que los hados continúan adversos á Oliverio, pues hacen que llegue á Londres un respetable personaje para mancillar su reputación.....	46
V.—Oliverio se reúne con nuevos compañeros: asiste á un funeral y forma desfavorable concepto de la ocupación de su amo.....	14	XVIII.—De cómo vivía Oliverio en compañía de sus respetables amigos.....	48
VI.—Oliverio, harto de las burlas de Noé, se rebela y hace una de las suyas que llena de asombro á todos.....	18	XIX.—En el que se relatan las tristes consecuencias que tuvo para Oliverio un intento de robo con fractura.....	50
VII.—En el cual se ve que continúa la rebeldía de Oliverio.....	20	XX.—Donde sucede algo interesante para la presente historia.....	52
VIII.—Del singular joven que encontró en el camino de Londres Oliverio Twist.....	23	XXI.—De la conversación que tuvo Fagin con un misterioso personaje acerca de Oliverio.....	54
IX.—En el que se dan pormenores acerca del agradable anciano y de sus venturosos discípulos...	26	XXII.—En el que se repara una flagrante descortesía cometida en el capítulo vigésimo.....	58
X.—Donde Oliverio conoce mejor á sus compañeros y adquiere á gran precio experiencia: corto, pero importante capítulo de esta historia.....	28	XXIII.—Donde continúan las aventuras de Oliverio.	59
XI.—Del modo y forma con que hacía justicia el comisario Fang.....	30	XXIV.—Pormenores acerca de los inquilinos de la casa donde se hallaba Oliverio.....	63
XII.—En el que Oliverio se ve mejor atendido y cuidado que lo estuvo en su vida.....	32	XXV.—Lo que sus nuevos huéspedes piensan de Oliverio.....	64
XIII.—En que se vuelve á hablar del alegre Fagin y sus pupilos.....	34	XXVI.—De las complicaciones causadas por la oficiosidad de Britles.....	67

